

M. FERNÁNDEZ RUANO

---

COLECCIÓN DE POESÍAS

PUBLICADAS Á EXPENSAS

DEL

Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO DEL

Sr. D. Francisco de B. Pavón

Cronista de la Ciudad



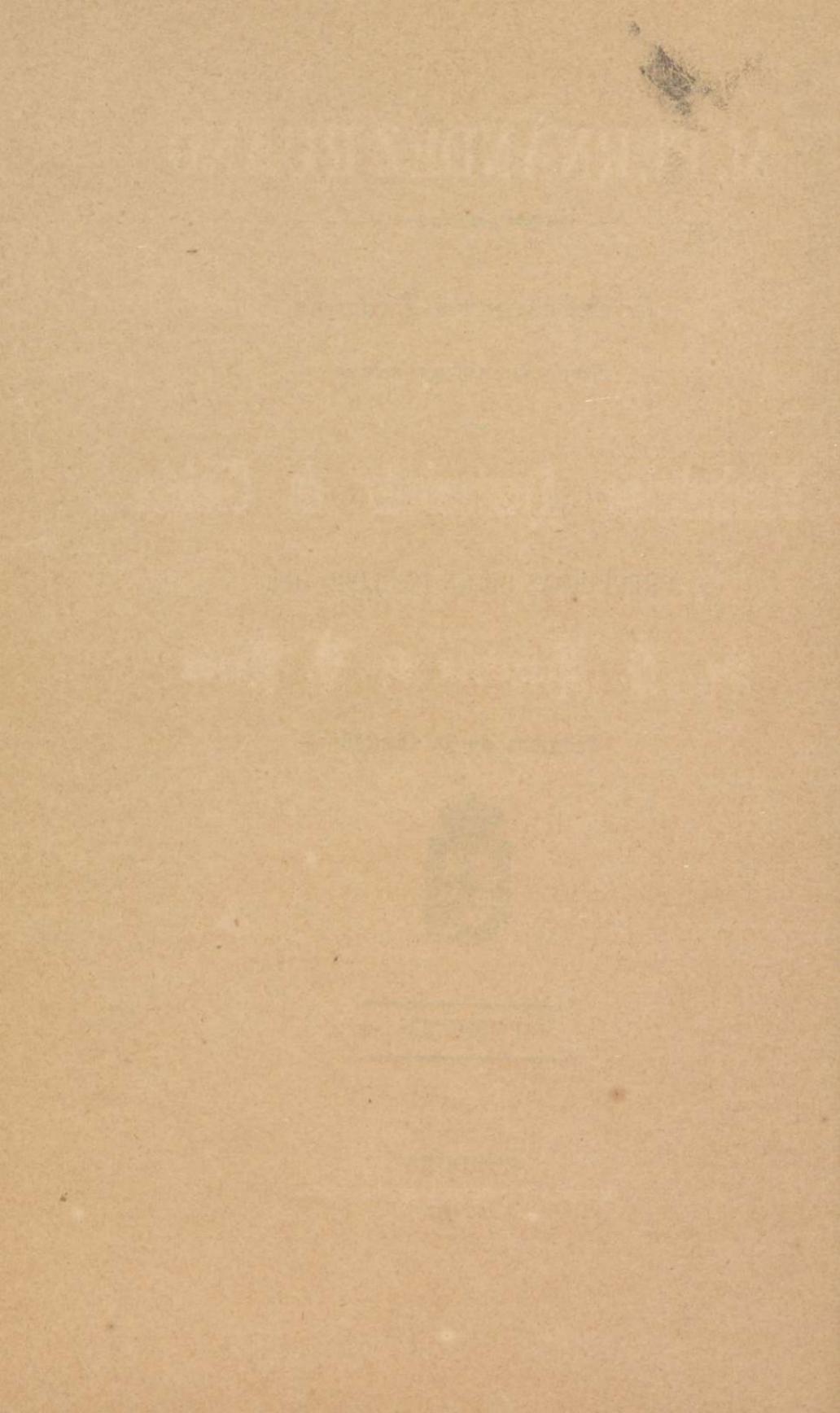
---

TOMO IV

---

CÓRDOBA

IMPRESA Y PAPELERÍA DE "LA UNIÓN."  
1892



# Bufón y Alquimista

ZARZUELA EN TRES ACTOS

# PERSONAJES

---

EL REY D. FELIPE IV.

EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.

EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.

EL CONDE DE MIRALLÓS.

RAMIRO.

ROSETO NIÑO.

D. JULITA.

D. FERNANDO DE HARO.

YBRAHIM, EMBAJADOR DE CONSTANTINOPLA.

UN NEGRO, SU SECRETARIO.

LA REINA DOÑA ISABEL.

DOÑA BLANCA.

VARIAS DAMAS, CORTESANOS, ARCABUCEROS, UN COMISARIO  
DE LA INQUISICIÓN Y DISTINTOS AIGUACILES.

*La escena es en Madrid  
en los últimos días de la privanza  
del Conde-Duque de Olivares*



# Bufón y Alquimista

ZARZUELA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

Salón de Palacio.—Puertas en el fondo y á los lados.—Al levantarse el telón aparecen el Conde de Mirallós, el Marqués de la Florida, el poeta Roseto Niño y varios cortesanos vestidos de guerreros romanos.—Máscaras.

Música.

ESCENA I.

CORO. —En la alegre corte  
del Rey mi señor  
jamás pasa un día  
sin su diversión.

- MARQUÉS. —Hay apuestas damas  
bellas como el sol;  
— más no son Virginias  
ni Lucrecias son.
- CONDE. —Cualquier cortesano  
es *conquistador*;  
pero en todo el reino  
no hay un Escipión.
- CORO. —En la alegre corte, etc.
- ROS. —Grande hemos llamado  
al monarca ¡oh Dios!  
y tan sólo es grande  
por su corrupción.
- CORT. 1.º —Hoy somos romanos  
no por el valor  
que es un Bajo Imperio  
el reino español.
- CORO. —En la alegre corte, etc.
- CORT. 2.º —¡Vivan las hermosas,  
y viva el amor  
los dulces placeros  
y la seducción!
- CORO. —En la alegre corte, etc.  
Hablado.
- MAR. —Este casco y esta espada  
me pesan: soy un confite.
- ROS. —Vamos, no vale un ardite  
nuestra juventud dorada.
- CONDE. —Siempre entre damas apuestas  
en cuyos ojos se mira  
solo enervada respira  
el perfume de las fiestas.
- MAR. Por cierto que estamos mal.

- CORT. 2.º Soy de distinta opinión.  
 ROS. —Y la santa Inquisición  
 no se mete en la moral.  
 Como diga un fiel vasallo  
 cristiano soy muy sincero  
 bien puede, si es caballero,  
 gozar hasta de un serrallo.
- CORT. 2.º —Calla por Dios!  
 ROS. —Quién se apura  
 por palabras?
- CORT. 2.º —Sándio eres!  
 ROS. —Hombre cobarde!  
 COT. 2.º —Tù quieres  
 tomar una tostadura?
- CONDE. —Dejad á la Inquisición  
 aunque enculque la ley.
- CORT. 2.º —Sí, que con ella y el Rey  
 ¡chitón!
- CONDE. —Chitón!  
 CORT. 1.º —Y chitón!  
 ROS. —Toquemos á otro registro,  
 que yo anhele murmurar.
- CORT. 1.º —Pues hoy te puedes cebar  
 á tu gusto en el Ministro.
- CONDE. —El Rey le mira muy serio.  
 ROS. —Ya vá de capa caida.  
 MAR. —Corta vida, corta vida  
 pronostico al Ministerio.
- ROS. —Tiene una especie de tísis  
 el reino, que desconsuela.
- CORT. 1.º —Por eso todo hombre anhela  
 la crisis.
- MAR. —Venga la crisis!

- ROS. —Hoy nadie en España come.
- MAR. —Ya puso el dedo... en el pan.
- CORT. 1.º —Dar de comer es su afán.
- CONDE. —Y es raro que dé y no tome.
- ROS. —Y las flotas de los mares  
llegan ¡pese á la justicia!  
sólo á saciar la codicia  
de ese Conde de Olivares;  
pero á lograrlo no basta  
todo el Potosí.
- CORT. 1.º —Sin duda.  
Y el pueblo suda que suda,  
y el Conde gasta que gasta.
- CORT. 2.º —Deja al pueblo.
- ROS. —Dá dolor  
de verlo tan desdichado!
- MAR. —Eres quizás su abogado?  
Eres su procurador?  
Ten presente, y no te afanes  
por los negocios ajenos,  
que hubo, es fuerza, ó por lo menos  
debió haber muchos Adanes.  
Unos nacen á gozar,  
á ser ricos y reír;  
otros vienen á sufrir,  
ser fuertes y trabajar;  
deja al pobre que sea pobre  
y al rico con su tesoro;  
procura nadar en oro  
y ni te acuerdes del cobre.
- CORT. 1.º —Si tú quieres prosperar,  
si intentas vivir tranquilo,  
guardar debes gran sigilo,

ser discreto y no pensar.

ROS. —Aunque me esfuerce no puedo.

CORT. 2.º —Pues por tu vida no doy  
ni un rábano.

ROS. —Nada, soy  
discípulo de Quevedo.

CORT. 1.º —Si tú aspiras, pobre mozo,  
á ingresar hoy en el gremio  
de los valientes, el premio  
tendrás en un calabozo.

MAR. —Al fin lograrás la gloria  
de que los necios te alaben.

CORT. 1.º —Y en ayunas ¡qué bien saben  
las páginas de la Historia!

CORT. 2.º —Mira que en esta nación  
el camino que yo veo  
para llegar á un empleo  
principia en la adulación.

CONDE. —El que adula tiene bula,  
nadie le dá calabaza;  
todos dicen: ¡plaza, plaza  
al intrigante que adula!

ROS: —Un poetastro del infierno  
hizo un soneto muy malo...

TODOS. —Sí?

ROS. —Y en vez de darle un palo  
le dieron... (Riéndose.)

TODOS. —Habla.

ROS. —Un gobierno.

CONDE. —A un bellaco que su novia  
vende á los gustos del Rey,  
hoy le han hecho ¡pobre ley!  
Corregidor de Segovia.

## ESCENA II.

*Los mismos. D. Julita, varios cortesanos y señoras.*

Música.

D. JUL. —Yo soy el tipo acabado  
en quien unidos están  
el encanto del talento,  
la magia de la beldad,  
de las hembras el donaire  
y el despejo militar.  
Yo soy, señores,  
la tempestad;  
vivo relámpago,  
rayo fatal,  
tromba terrible,  
y soy al par  
de miel y azúcar  
y mazapán  
y mis palabras son el maná.  
Oigo requiebros,  
sé coquetear,  
el abanico  
nuevo á compás  
y enamorado  
cualquier Don Juan  
tierno me invita  
para bailar.  
Yo soy la síntesis  
de Eva y Adán;  
de los dos sexos  
hago el total;  
yo puedo altivo  
significar

de la doble raza humana  
la fusión y la unidad.

CORO. —Ay qué figuras!  
Ay qué mirar!  
Qué contracciones  
las de su faz!  
Naturalistas,  
venid acá;  
¿dónde ha nacido  
este animal?

D. JUL. —Oh qué grandes pensamientos  
encerrados tiene ya  
en sus cóncavas esferas  
mi cráneo piramidal.  
A escribir voy un poema  
que se puede titular  
«en mí acaba, en mí termina  
la perfectibilidad.»  
Yo soy, señores,  
la tempestad, etc.

CORO. —Ay qué figuras!  
Ay qué mirar, etc.

Hablado.

D. JUL. —Orden!... que cayó que hacer:  
hoy se saca á oposición...

TODOS. —Qué?

D. JUL. (Alzando la voz) —La plaza de bufón,  
y se habrá de proveer  
en quien resulte agraciado  
á las doce.

ROS. —En una hora!

D. JUL. —Sobra tiempo.

ROS. —No señora. (En tono de burla)

D. JUL. —El Rey así lo ha mandado.

CONDE. —Me huelen como á pastel  
estos extraños concursos.

D. JUL. —Yo ya no haré más discursos:  
vé al punto y fija el cartel. (A un criado.)

(El criado fija el cartel; las damas y cortesanos pasean y quedan solos D. Julita, Roseto y el 2.º cortesano; todos se rien y hacen burla del cartel.)

D. JUL. —El Rey quiere respirar  
ancho, muy ancho, y reir.

ROS. —Porque el Conde, en mi sentir,  
le hace, y no poco, llorar.

CORT. 2.º —Y dime: ¿qué condiciones  
se exigen cual necesarias  
para este certámen?

D. JUL. —Varias,  
y por muy varias razones.  
Se quiere, si bien discurro  
y si muy mal no me acuerdo,  
un hombre entre loco y cuerdo,  
que no haya montado en burro  
sino en soberbio alazán,  
que no coma en bodegón,  
que tema á la Inquisición  
sin temer al ¿qué dirán?  
que sepa con eficacia  
burlar y acatar la ley,  
que entienda el gusto del rey  
y, por fin, que tenga gracia.

ROS. —¡Cosas de España!

CORT. 2.º —¡Despacio!  
¿Quieres visitar al juez?

ROS. —Pues dirélo de una vez.

CORT. 2.º ¡Cómo!

- Ros. —¡Cosas de Palacio!
- CORT. 2.º —Eres un gran majadero.  
No me llega la camisa  
al cuerpo.
- Ros. —Me causa risa.  
La primera por postrero.
- D. JUL. —Y manda su Magestad  
que anuncie... bajadla frente... (Lo hacen riendo.)  
que cualquier alma viviente  
puede hoy decir la verdad.
- Ros. —Está bien, y apuntes tomo,  
pues la ocasión aprovecho  
para sacar de este pecho  
verdades de tomo y lomo.  
¡Oh, precepto soberano,  
tú vas á darme la vida!
- D. JUL. (Aparte) Ya está la verdad lucida  
en boca de un cortesano.

### ESCENA III.

*Doña Blanca que se presenta enmascarada, vestida de valenciana con un lazo verde en la cabeza y una firmeza en el pecho. D. Fernando entra tras ella. Los cortesanos y las damas pasean entre tanto.*

- D. FER. —¡Tú también hermana?  
¿Tú también aquí?  
Mira valenciana,  
que te conocí.
- D.ª BLAN. —Eres tú muy diestro  
hermano y señor.
- D. FER. —Soy algo maestro  
en lances de amor.
- D.ª BLAN. —No obstante tu ciencia  
padeces errores.

D. FER. —Dime tú en conciencia  
si abrigas amores.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Mi amor dí al olvido,  
pues que no te agrada.

D. FER. —¿Y por qué has venido  
aquí enmascarada?

D.<sup>a</sup> BLAN. —Un gran personaje  
con gran frenesi  
hace gran viaje  
en redor de mí;  
y yo que una vida  
sosegada quiero,  
siempre perseguida  
de ese caballero  
que á veces me llama,  
sin razón ninguna,  
hechicera dama,  
sol, estrella y luna,  
con astucia rara  
voy á su excelencia  
dejando á la clara  
luna de Valencia;  
por eso he venido  
con este disfraz,  
Fernando querido:  
quedemos en paz.

D. FER. —Tu salida es chusca...  
¿Y esa verde cinta?

D.<sup>a</sup> BLAN. —La reina me busca  
siempre por la pinta.

D. FER. —Buen recurso es ese;  
más... ¿un dominó?

(Mirando lo que lleva en las manos.)

- D.<sup>a</sup> BLAN. —Que se lo trajese  
la reina mandó.
- D. FER. —¡La reina... ó el diablo!  
¡Ya tantas señales...!  
Cada vez que hablo  
con la reina sales.  
A fe que importuna  
un testigo ausente...  
y esa es tu fortuna;  
pero ten presente  
lo que como amigos  
tratemos los dos  
sin otros testigos  
que tu honor... y Dios.  
Yo quise sacarte  
del pueblo natal  
para separarte  
de un amor fatal:  
un pobre hidalgüelo  
cuyo nombre ignoro  
quiso por el suelo  
echar tu decoro...
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Fué noble, fué pura  
su ardiente pasión.
- D. FER. —Más ¿fué por ventura  
la de un infanzón?  
Aunque te dijera  
delirios de amante,  
ni tan sólo era  
un pobre estudiante...  
Pero no merece  
ni aun esta memoria  
lo que pertenece

á ignorada historia.  
Diz que el rey te mira  
— con grande afición.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Será una mentira  
como muchas son.

D. FER. —Pues Blanca, es preciso  
que vivas alerta:  
no olvides mi aviso,  
ó con honra ó muerta.

(Váse precipitadamente tras el grupo de damas y cortesanos que todos abandonan el salón dejando sola á Doña Blanca.)

#### ESCENA IV.

*Doña Blanca (Mirando al sitio por donde se fué su hermano.)*

Cuál creciera tu recelo  
si supieses que en Madrid  
está el oscuro hidalguelo  
pronto á entrar en nueva lid.

(Colócase el dominó sobre su vestido de valenciana.)

Y apesar de mi valor  
no dudo que me merece,  
porque es tan noble el amor  
que cuanto toca ennoblece.  
Si la fortuna es esquivá  
con él, si nunca le dá  
riquezas, mientras yo viva...

(Entra Ramiro también enmascarado, vestido de dominó y con otra cinta verde.)

D.<sup>a</sup> BLAN. —Mas ¡ay!... ¡el és!... ¡¡¡aquí está!!!

(Reconócense los dos silenciosamente, y después de mirar á todos lados con cautela se quitan los antifaces y se abrazan. Después arrancan ambos de su cabeza las cintas y vuelven á cubrirse el rostro. Esta escena muda debe ser momentánea.)

## ESCENA V.

*Doña Blanca. Don Ramiro.*

Música.

RAM. —Dulce prenda, Blanca hermosa,  
pura diosa  
pronto ven;  
estrechemos nuestros lazos  
y tus brazos  
sean mi eden.  
¡Mira que en delirios  
se abrasa mi frente!  
¡Mira que impaciente  
te busca mi amor!  
En tí sus delicias  
cifró mi deseo.  
En tu rostro veo  
del cielo una flor.  
Si contraria fué mi estrella  
por tí ¡oh bella!  
despreciar  
pude sus fieros rigores,  
mis dolores  
devorar.  
Mira que en delirios  
se abrasa mi frente, ect.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Fino galan, fiel Ramiro,  
mi suspiro  
te llamó  
á mis brazos ven amante  
tan constante  
como yo.

Los latidos oye  
 de mi pecho ardiente:  
 mira que impaciente  
 te aguarda mi amor.  
 Al fin triunfaremos  
 del hado enemigo,  
 pues en tí consigo  
 ver un protector.  
 Los preceptos de un hermano  
 muy tirano  
 desprecié  
 por tu amor que ya me augura  
 la ventura  
 que soñé.  
 Los latidos oye  
 de mi pecho ardiente, etc.

(Pasean del brazo.)

Hablado.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Y á qué vienes á la corte?

RAM. —Y tú lo preguntas?

D.<sup>a</sup> BLAN. —Necia

en verdad, Ramiro, estuve  
 preguntándolo; más era  
 por lo que á mí me complacen  
 tus razones. Yo sujeta  
 de un hermano tan soberbio  
 á los caprichos que fuerzan  
 mi voluntad, soy juguete  
 de la fortuna. Tutela  
 tan dura no sufrió nadie  
 Aquí estoy porque él en pena  
 del amor que yo te tuve  
 y te tengo y te tuviera

cien y cien vidas ¡tirano!  
de mi pátria me destierra.

RAM. —Ya sé que me aborrecía  
sin conocerme siquiera,  
y es natural; tus blasones  
suben hasta las estrellas:  
nobles, heróicos, honrados,  
más de quince abuelos cuentas;  
yo soy un pobre estudiante  
y un hidalgo de gotera.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Lo serás; pero mereces  
por tu amor y por tus prendas,  
el brillo de una corona,  
la mano de una princesa.

RAM. —Y tú verás los prodigios  
que el hombre que te venera  
sabe obrar; amor me guía:  
noble ambición hoy enjendra  
en mi pecho, y yo sabré  
por acercarme á tu esfera,  
conquistar en esta corte  
gloria, poder y grandeza.

D.<sup>a</sup> BLAN. —El cielo te ayude.

RAM. —Fío  
en su protección suprema.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Mucho en verdad te propones;  
grande, muy grande es tu empresa,  
que frívolos cortesanos  
sin dignidad, sin conciencia,  
olvidando su decoro,  
sólo aquí viven y medran.

RAM. —Aunque me fuere preciso  
derribar al que gobierna

la nación, al insensato  
valido...

D.<sup>a</sup> BLAN. —Vamos, tú sueñas!

Derribar á ese funesto  
opresor, tú, que aquí llegas  
pobre, oscuro!...

RAM. —Tales lauros

alcanza la inteligencia.  
Pero viene el Conde-Duque  
y es preciso que no sepa  
nuestro amor. Tendré que hablarle.  
Adios.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Que Dios te proteja! (Váse)

RAM. —Sondearle es conveniente  
antes de empezar la guerra.

(Ocúltase tras las colgaduras.)

## ESCENA VI.

(Entra el Conde-Duque contoneándose, y de vez en cuando se detiene.  
Ramiro le observa, despojándose del dominó.)

CONDE-DU. —Yo soy el hombre más grande  
que ha nacido de mujer,  
porque sé regir dos mundos:  
uno llevo en cada sién,  
y la cabeza ceñida  
de inmarcesible laurel.  
Que vengan todos los sábios  
desde Moscou á Jerez;  
vengan todos los nacidos  
y los que están por nacer;  
los presentes, los futuros,  
los pretéritos también,  
y veamos si consiguen

conquistar tan alta prez. (Una pausa.)  
 Yo ya tengo en un bolsillo  
 á la Reina, en otro al Rey;  
 mi rival está ocupada  
 sólo en hilar y coser,  
 tomando tan noble ejemplo  
 de la primera Isabel;  
 Felipe tiene un serrallo  
 que envidiara Abd-el-Melek,  
 y sometido al influjo  
 seductor de la mujer,  
 no se ocupa del gobierno;  
 mi voluntad es la ley.  
 Ese rival insensato,  
 ese ministro francés,  
*Riche-lieu* siempre habrá sido,  
*Pauvre-lieu* yo le he de hacer.  
 Soy dichoso, soy dichoso;  
 vamos bien, vamos muy bien. (Lee el cartel.)  
 Más, por Cristo, que me admira  
 lo que anuncia este cartel.  
 Dónde estamos? El Rey obra  
 sin tomarme parecer?

(Ramiro, despojado del dominó y vestido de aldeano, se acerca al Conde-Duque presentándole una carta.)

### ESCENA VII.

*El Conde-Duque. Ramiro.*

- RAM. —A tus plantas, gran señor.  
 CONDE-DU. —Hablaste á la usanza antigua.  
 (AP.) Con respeto y con temor  
 se me acerca el estantigua.  
 RAM. —Vengo de parte de un hombre

que quiere à vucencia tanto!...

(Le dá la carta.)

CONDE-DU. —Cómo tiembla! Ya mi nombre  
infunde pavor , espanto.

(Guarda la carta sin mirarla.)

RAM. —Vos sois la ley en persona.

CONDE-DU. —En persona yo la ley!

RAM. —Y aunque estais sin la corona.

CONDE-DU. —Mira que no hablas al Rey.

RAM. —Perdonad; bésoos la mano.

CONDE-DU. (Ap.)—Será imbécil? Tiene buenos  
recursos!

RAM. —Sois soberano  
sobre poco más ó menos.

CONDE-DU. (Ap.)—Parece más bien un loco.

(Alto.) Tú no sabes dónde estás.

Yo el Rey... yo?... (Muy ufano.)

RAM. (Inclinándose.) —Y he dicho poco.

Quito el menos, dejo el más.

CONDE-DU. —O el querer que entre en razón (Ap.)

es pedir al olmo peras,

ó es éste un gran bellacón

que adula, pero de veras.

RAM. —Pienso que á su... Magestad

coronado habré de ver...

CONDE-DU. —Acaso digas verdad.

(Ap.)—Si no soy Rey podré ser...

RAM. —Vucencia que tanto vale

debe reinar... y muy pronto.

CONDE-DU. —Será verdad? Sí, que sale (Ap.)

de entre los labios de un tonto.

(Alto.) ¿Y vienes bueno?

RAM.

—En un burro

que me trajo ayer al trote

llegué bien.

CONDE-DU. (Ap.) Qué tal discurro?...

Es tonto de capirote.

No lo dije?

RAM.

—Me ha molido

por lo bravo y trotador;

pero es bueno, bien nacido

y de uced muy servidor.

CONDE-DU. —Por vida de Balcebú  
que es delicioso tu cuento;

pero apeándote tú

me apeas el tratamiento.

RAM.

—Teneis razón, ¡ay de mí!

Soy un topo. Perdonad.

El crimen que cometí

es de lesa vanidad.

Como antes os dije mucho,

y vos sois hombre modesto,

rebajé; yo estoy muy ducho

en contar, y sumo y resto.

CONDE-DU. —Semi-tonto semi-sábio,  
eres un viviente enigma:

ora me adula tu labio,

ora marcas con estigma

mi frente.

RAM.

—¡Yo soy un tipo!

CONDE-DU. (Aparte.) ¿Será que tonto se finge?...

Pero yo, moderno Edipo,

sabré vencer á la esfinge,

y andaré con gran cuidado

pues por las trazas infiero

que es este un lobo encerrado

en una piel de carnero.

(Alto.) Y tú querrás dar esmalte  
con tu ingenio á la nación.

¿Buscas un cargo?

RAM. —El que salte,  
desde ministro á bufón.

CONDE-DU. —Tienes bastante arrogancia.

RAM. —No señor, ni de eso trato;  
pero en puestos de importancia  
¿quién no ha visto á un mentecato?  
¿Qué tonto capaz no es hoy  
de hacer una suerte inmensa?  
Mi desgracia es que no soy  
tan tonto como se piensa.

CONDE-DU. —Es verdad.

RAM. —¿Qué entendimiento  
el de ucencia!... No os injurio...

CONDE-DU. —Si alcanzara tu talento  
para hacer de dios-Mercurio...

RAM. —Probaremos: yo imagino  
que puede un hombre de bien  
desempeñar el destino  
de proveedor del harem.

CONDE-DU. —Y más tú.. sin adularte  
que tantas dotes reunes.

(Ap.) Lo conocí: todo el arte  
estriba en frases comunes.

RAM. —En esto yo no me mancho,  
y aunque rudo y algo necio  
tengo gancho, y para gancho  
de damas no tengo precio.

### ESCENA VIII.

*Los mismos. D. Juliá vestido de mujer.*

D. JUL. —Bésoos la mano y el pié. (A Olivares.)

CONDE-DU. —Dios te guarde. (Ap.) A tiempo llega.  
(Alto.) Te presento...

D. JUL. —Decid qué.

CONDE-DU. —Un neófito, un colega,  
(Le hace una seña maliciosa.)

D. JUL. —Pero señor; un patán,  
si la presencia no miente,  
¿podrá decirle su afán  
á dama medio decente?

RAM. —Como uced, hembri-varón,  
á juzgar por su presencia,  
llevará la dirección  
no habrá en ello inconveniencia.

CONDE-DU. —A doña Blanca del Haro  
adora el Rey.

RAM. (Ap.) —¡Dios me asista!...  
¡Mi dama!

CONDE-DU. —Luego...

RAM. (Alto) —Está claro.  
Será mi primer conquista. (Con intención.)  
Supongo que esa doncella  
no será de las que piden.  
Y es del Haro. Pues á ella  
le haré yo entrar por el *idem*.

D. JUL. —Es rústico.

CONDE-DUQ. —¡Vive Dios!  
pero no te lo decía.

D. JUL. Por el *aro*. Ya veis vos.  
No sabe ni ortografía.

CONDE-DU. —Nada.

RAM. —Y pues yo no me ensucio  
emprendiendo este negocio,  
la pondré sobre mi rucio  
sin ayuda del consocio.

- CONDE-DU. —Del burro está enamorado,  
pues tantas veces le nombra.
- RAM. —Estoy más, estoy casado.
- CONDE-DU. /  
D. JUL. / —¡Já, já, já!
- RAM. —Y él es mi sombra.
- CONDE-DU. —Es un simple.
- D. JUL. —Come paja.  
Pongo la mano derecha.
- RAM. —Mi pollino es una alhaja  
desde la cruz á la fecha.
- CONDE-DU. —Hoy está de buen talante.
- D. JUL. —Y es hombre de más talento  
que su burro.
- RAM. (Señalando en redor.)—No; delante  
de todos va mi jumento.
- D. JUL. —Mucho podría adelantar  
este mozo con las niñas,  
porque les ha de enseñar  
cómo se cavan las viñas.
- CONDE-DU. —¡Qué gran figura! ¿No ves?  
Parece la del dios ciego.
- D. JUL. —¿Y serás aragonés?
- RAM. —No señor, que soy manchego.
- D. JUL. —Mancheguito no manchado,  
en la corte harás carrera. (Se vá.)
- CONDE-DU. —Pero el momento ha llegado.  
El Rey viene; salte fuera. (Se vá Ramiro.)

### ESCENA IX.

*El Conde-Duque. Entran el Rey y la Reina con su acompañamiento de damas y cortesanos, sin máscara y vestidos al uso de la corte. D.<sup>o</sup> Blanca, D. Fernando de Haro, el*

*Marqués de Mirallós y el Conde de la Florida.*

Música

EL REY. —En los deliciosos días  
de este bello Carnaval  
todos los dulces encantos  
de la vida he de gozar

COBO. —¡Qué alegres fiestas  
preparará!  
Goce en buen hora  
su magestad.

EL REY. —Versos, hermosas mujeres...  
y un bufón quiero buscar  
que pasar me haga los años  
en eterna hilaridad.

COBO. —¡Qué alegres fiestas, etc.

Hablado.

(El Conde-Duque de Olivares se aproxima al Rey.)

CONDE-DU. —Señor, ante los altares  
del trono yo me arrodillo. (Dobla la rodilla.)

EL REY. Alza y siéntate, Olivares.  
(Ap.) Tiene miedo el pobrecillo

LA REINA. —Señor, ¿en nuestra presencia?...  
Se opone al ceremonial ..

EL REY. —Son muestras de deferencia...  
¡Van á tratarle tan mal!

CONDE-DU. —¡Oh qué cerca estoy del trono!  
¡Tanto honor me maravilla!  
¡Cielos! Mañana coronó  
mis timbres con una silla.

EL REY. —Se comienza el ejercicio.

CONDE-DU. —Hoy triunfan los maleantes. (Ap.)

EL REY. —Después he de hacer el juicio.

(Hace seña al portero.)

PORTERO. —Entren ya los aspirantes.

### ESCENA X.

*Los mismos D. Julita vestido de mujer y con antifaz.*

D. JUL. —Yo soy la flor hermosa  
 encanto del pensil,  
 que viene á vuestras plantas,  
 señor don Amadís.  
 El Duque de Olivares,  
 egregio paladín,  
 de amores me requiere  
 tenaz sólo por tí;  
 que amante de novela  
 ha dado en perseguir  
 á todas las muchachas  
 que encuentra el infeliz;  
 y pródigo me ofrece  
 si tierna doy el sí  
 el oro y los diamantes  
 recuerdo del Brasil.

(Se descubre.)

Soy linda y hechicera:  
 mirad, soy una huri,  
 y enamorada pulso  
 el arpa de David,  
 la cítara sonora  
 y el dulce bandolín.  
 Con farsas y comedias  
 os puedo divertir,  
 que de galán y dama  
 alguna vez finjí  
 las voces y los gestos  
 con gracia femenil,

y canto cual la alondra  
 y soy un colorín  
 y á veces bajo á do  
 y á veces subo á sí  
 y á veces yo soy Gila  
 y á veces yo soy Gil;  
 y sé muchas historias  
 de amores del Sofí,  
 máscaras en Venecia  
 y guerras en Pekín

- MIR. —Mirad esos ojos.  
 D. FER. —Mirad que nariz  
 FLO. —Mirad esas cejas  
 que pueden servir  
 de adorno en la frente  
 de algún jabalí.  
 MIR. —Mirad esas manos  
 y luego decid  
 si en caso de apuro  
 su amante feliz  
 podrá en cada dedo  
 colgar un candil.  
 D. FER. —Ni mujer ni hombre,  
 que es bicho ruín  
 y no doy por ella  
 seis maravedís.  
 FLO. —En casa de fieras  
 deberá vivir  
 la que fiel imagen  
 es del puerco-espín.  
 D. JUL. —Yo soy la muchacha  
 mas bella y gentil  
 que hay desde Pirene

al Guadalquivir.  
 Soy un angel puro,  
 soy un serafín:  
 las nítidas perlas,  
 el oro de Ofir,  
 señor, á mi lado  
 son materia vil,  
 que exhala mi aliento  
 mares de ambar gris  
 y donde yo piso  
 nacen el jazmín,  
 el lirio, la rosa  
 y el fresco alhelí.  
 Amadme, que soy  
 la rosa de Abril,  
 mis dientes aljofar,  
 mi lábio rubí,  
 mi semblante nacar,  
 mi mano marfil.  
 Yo sabré adoraros  
 y haceros feliz,  
 que para bufona  
 de reyes nací.

REY. —Márchate ya: no te quiero.

D. JUL. —¿Mi belleza no os agrada?

REY. —No me den dama pasada  
 y sin rostro pasadero.

CONDE-DU. —¡D. Julita es un traidor! (Aparte.)

D. JUL. —Ardiendo está mi semblante. (Aparte.)

REY. —Llamad y que entre al instante  
 el segundo opositor.

(Entra Roseto vestido de un modo que imita al Conde-Duque de Olivares hasta en la coreba.)

ROS. —Señor á tus régias plantas

serviré yo de escabel.  
 Tú que el brillo del dosel  
 hasta los cielos levantas.  
 Augusto Cuarto Filipo,  
 vencedor como Alejandro,  
 amante como Leandro  
 y sábio como Aristipo,  
 Señor de tierras y mares,  
 á tus pies mira sediento  
 de honores al opulento  
 Conde-Duque de Olivares.  
 Mírale aquí cabiloso,  
 pues se queda sin dormir  
 por el afán de regir  
 un reino tan poderoso.

El se embelesa, se emboba  
 pensando en tus excelencias,  
 y haciéndote reverencias  
 no vé crecer su corcoba.

REY. —¿Quién ha visto igual desorden?...  
 El discurso es insultante.  
 es agresivo. ¡Aspirante  
 al orden!

Ros. —¡Señor!

REY. —¡Al orden!

Ros. —Señor, con mi tono enfático  
 en este instante tan crítico  
 me declaro gran político  
 y eminente diplomático.  
 Con mi arrojo y ardor bélico  
 infundo ya terror pánico:  
 me juzgan un ser satánico,  
 aunque soy un hombre angélico.

Yo tengo talentó sólido,  
 por eso me veis tan pálido  
 y tan triste, tan escuálido,  
 que casi parezco estólido.  
 Antes que asome el crepúsculo  
 con mis siervos entro en pláticas  
 buscàndoos niñas simpáticas,  
 que es mi negocio mayúsculo.  
 En decadencia tan rápida  
 va el reino desde que un Icaro  
 quise yo ser que por pícaro  
 debí estar bajo una lápida.

EL REY.

—Aspirante, no prosigas.

ROS.

—Vuestra Majestad es juez...

EL REY.

—Al orden segunda vez  
 y cuenta con lo que digas.

ROS.

—Yo hablaré muy en razón  
 de la España y de sus glorias,  
 de las insignes victorias  
 recuerdo de Rosellón;  
 y diré que son muy grandes,  
 que de plumas y pinceles  
 son muy dignos los laureles  
 que recogemos en Flandes,  
 ¿Y en Italia? Estoy ufano  
 y á veces dudo si sueño:  
 á nuestro lado pequeño  
 fué César y fué Trajano.  
 La América, ese pensil  
 de Colón y de Cortés  
 nos saluda, ya lo vés,  
 con los triunfos del Brasil;  
 y si un renombre inmortal

puro y sin mancha buscamos,  
por mi fe que lo encontramos  
muy cumplido en Portugal.

Ya por todo el universo  
de la Fama en alas voy:  
la opinión dice que soy  
del Sumo Dios el reverso;  
que si Dios con su mirada  
y con su aliento fecundo  
hizo de la nada el mundo,  
yo del mundo haré la nada.

EL REY. — Tanto escarnio ya me altera,  
ya me disgusta.

ROS. — ¡Señor!

¡Si es aplaudir!

EL REY. — Orador,

al orden y es la tercera.

ROS. — De mis frases importunas  
el rumor no llegará  
nunca al pueblo, porque está  
el pobre pueblo en ayunas...  
de la ventura que labra  
el Gobierno y la nación.

EL REY. — Si es tanta tu obstinación  
te retiro la palabra.

ROS. — Pero señor...

EL REY. — Adelante.

CONDE-DU. — Va mal, muy mal el asunto (Aparte.)

EL REY, — Avisad y que entre al punto (Al portero.)  
si queda algún aspirante.

ROS. — Mandaste que la verdad  
dijera.

EL REY. — Lo toleré.

- ROS. —Por eso yo confié  
en mi inviolabilidad.
- EL REY. —Te mostraré más amor  
ya que el reino es tan injusto.
- OLIV. —Gracias, pues, señor augusto.
- ROS. —Gracias, augusto señor.

(Imitando á Olivares en la voz, el gesto y la actitud. Luego se marcha.)

### ESCENA XI.

*Los mismos. D. Ramiro que entra en traje de mago.*

Música.

- RAM. —Yo soy un hechicero,  
un sábio encantador,  
y tráigote dinero,  
goces y risas, juventud y amor.
- EL REY. —¡Oh Dios! ¡Si fuera  
todo verdad!
- OLIV. —Es un bellaco  
y un charlatán.
- RAM. —Hallé la piedra  
filosofal.  
Soy ángel y soy diablo  
y soy mortal al fin;  
todas las noches hablo  
con Circe la muy bruja y con Merlín.
- EL REY. —¡Oh Dios! ¡Si fuera  
todo verdad!
- OLIV. —Es un bellaco  
y un charlatán.
- RAM. —Hallé la piedra  
filosofal.  
Yo soy un Ganimedes

y traigo un elixir  
precioso con que puedes  
joven y rico sin cesar vivir.

EL REY. —¡Oh Dios! ¡Si fuera  
todo verdad!

OLIV. —Es un bellaco  
y un charlatán.

RAM. —Hallé la piedra filosofal.  
Yo, señor, con mi mágica ciencia  
he de hacer venturoso al país;  
al momento verás la excelencia  
de las artes del brujo Merlín;  
y tu pueblo que mil pesadumbres  
hoy llorando misérrimo está,  
pronto, en vez de groseras legumbres,  
la merluza y el rico faisán  
mirará coronando su mesa  
sobre limpio nevado mantel.  
Noble, grande sin duda es la empresa;  
pero es mucho mayor mi poder,  
que repleto verás el tesoro  
de mil joyas velando la luz,  
rodará por las calles el oro  
y en tu corte tendrás un Perú.

REY, CORO. —¡Oh Dios! ¡Si fuera  
todo verdad.

OLIV. —Es un bellaco  
y un charlatán.

RAM. —Hallé la piedra  
filosofal.

CORO. —Pero dínos, hechicero,  
á nosotros qué nos das,  
porque somos cortesanos

- muy amigos de medrar.
- RAM. —Mi poder es tanto  
que tornaros puedo  
en pavos, gallinas,  
perdices y cerdos.
- CORO. —¡Tristes de nosotros  
si quieres cenar!  
¡Oh desventurados  
luego en Navidad!
- RAM. —Entonces ¿os hago  
carneros ó toros?
- CORO. —No, no, porque tienen  
pésimos adornos.
- RAM. —¿Cabalgar quereis  
en palos de escoba?
- CORO. —Más vale un jumento  
por poco que corra,  
aunque nos fastidie,  
nos canse y aburra  
con su inalterable  
paso de tortuga.
- RAM. —La más alta estrella (Señalando á Olivares.)  
eclipsar podría;  
la dama más bella (Señalando á D.<sup>a</sup> Blanca.)  
lograré hacer mía.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Por tí late el pecho  
con honda pasión;  
dueño ya te has hecho  
de este corazón.
- EL REY. —¡Oh, quién poseyera  
tan divino encanto!  
¡Oh, si el Rey pudiera  
decir otro tanto!

CORO. —Todas esas son palabras  
con que quieres regalar  
de los necios el oído;  
pero en obras ¿qué nos das?  
Admiremos los milagros  
de tu ciencia singular.  
Veamos tus hechos,  
señor charlatán.

RAM. —Si dudais de mis prodigios  
esta duda os costará  
muy caro cuando mi ciencia  
probeis para vuestro mal,  
y á fe que vuestros cabellos  
lo habrán de experimentar.

(Extendiendo su vara y dirigiéndose al grupo de cortesanos de la izquierda.)

¡Eh... pronto... cabelleras,  
volad, volad, volad;  
decid á vuestros amos  
que soy un charlatán.

(Quedan calvos los cortesanos pertenecientes al primer grupo, volando sus cabelleras.)

CONDE. —¿Dónde se ha ido?

MAR. —¿Dónde se va?

CONDE. —Nuestros cabellos  
saben volar.

MAR. —Pelo de tonto  
no tengo ya.

CORODELA (¡Já, já, já, já!

DERECHA. (¡Qué bueno, que lindo  
está el melonar!

CORO DE (¡Bribones, bribones

CALVOS. (burlándose están,  
y ni los cabellos

me puedo arrancar.

(A los de la derecha.)

RAM. —Vosotros que haceis burla  
de aquellos sin piedad  
quedad al punto ciegos  
dejándolos en paz.

(Quedan ciegos los cortesanos de la derecha.)

1.º —¿Qué es esto, qué es esto?

2.º —No sé donde estoy

3.º —¿Por qué tiene nubes  
tan densas el sol?

4.º —No hay medios humanos  
de abrir el balcón.

(Se acercan unos á otros y se dan cabezadas.)

1.º —Mira que me has dado  
un golpe feroz.

2.º —Tú á mí.

1.º —Te equivocas

3.º —¡Ay! ¡que me mato!

4.º —¡Me han roto el bautismo!

1.º —¡Socorro! ¡favor! (Se sacuden.)

2.º —¡Otra testarada!

3.º —¡Otro coscorrón!

4.º —Me quitan la vida

2.º —Ampáreme Dios.

4.º —¡Soy ciego y ví estrellas!

3.º —¡Otro tolondrón!

CORO { —Son buenas las gracias

GENERAL. } del encantador:

vamos á dar cuenta

á la Inquisición.

RAM. —Si tal es la venganza  
que tomareis de mí,  
quedándoos tartamudos

corred, volad, partid.

CORO DE TARTAMUDOS. { —¡Vi...il vi...il vi...il!  
 No lo pue... no lo pue... no lo pue pue...  
 no lo pue... no lo puedo decir.

LA REINA. —Este mago me conviene  
 porque habrá de derribar  
 á ese duque de Olivares  
 mi enemigo y mi rival.

OLIV. —Este mago me conviene  
 pues por él he de encontrar  
 los secretos de la alquimia,  
 la piedra filosofal.

EL REY. —Este mago me conviene  
 porque ¿qué mujer podrá  
 resistir á sus hechizos,  
 al influjo de su imán?

RAM. —Viviré siempre en la corte  
 mientras logro conquistar  
 la mano de doña Blanca  
 que es de mi amor la deidad.

D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Quién pensára que Ramiro  
 se mostrase tan audaz!  
 Hombre que se atreve á tanto  
 mucho, mucho debe amar.

EL REY. —De bufón y de alquimista  
 en la corte quedarás  
 porque dignos tus talentos  
 son de mi gracia real.

CORO. —De bufón y de alquimista  
 en la corte quedará  
 porque dignos sus talentos  
 son de la gracia real.

(Cae el telón.)

## ACTO SEGUNDO

Laboratorio de Ramiro.—Puerta en el fondo y á ambos lados, y una ventana en el de la derecha.—Véanse distribuidos por la habitación, esferas armilares, astrolabios y otros varios instrumentos científicos.—En medio un velador en forma de trípode.—Al lado derecho un horaillo y en él un crisol.

### ESCENA I.

*Roseto, el Marqués, el Conde, los cortesanos envueltos en sus capas.*

Música.

- MAR. —Pisemos la morada  
del bárbaro hechicero,  
y cruces y calvarios  
haciendo con los dedos  
pidamos conmovidos  
su protección al cielo  
que pródigo nos libre  
de algún lance funesto.
- CORO. —Pidamos conmovidos  
su protección al cielo  
que pródigo nos libre  
de algún lance funesto.
- CONDE. —Que no perezcamos  
ni nos condenemos;  
que Jesús nos libre  
del agua y el fuego,

de diablos y brujas,  
de duendes y espectros  
culebras y sapos  
y hasta de los huesos  
de los vagabundos  
tristes esqueletos.

CORO. —Pidamos conmovidos  
su protección al cielo, etc.

ROS. —Pero si aquí hubiere  
doblones y buenos,  
sin la infame liga  
que es triste recuerdo  
del Duque de Lerma  
y de su gobierno,  
vengan á mis manos  
preñados, repletos,  
de brillantes doblas  
sonoros talegos  
aunque sean debidos  
al encantamento.  
Hacedlo, San Lucas,  
San Juan y San Pedro;  
porque con la plata  
y el oro no temo  
de Satán las iras  
ni las de Asmodeo.

CORO. —Pidamos conmovidos  
su protección al cielo, etc.

CONDE. —¡Qué noche tan horrible!

ROS. —¡Cómo nos hemos puesto!

MAR. —Están todas las calles  
más negras que el infierno.

CORT. 1.º —Los dedos de mi mano

- por vez primera veo
- CONDE. —Hay huracán y lluvia  
—relámpagos y truenos.
- MAR. —Después, cuando salgamos  
nos roban... el aliento.
- ROS. —Yo aquí me quedaría...  
más no, que tengo miedo  
y para dar mil tumbos  
¡Pardiez!... no hace buen tiempo.
- CORT. 2.º —Sólo yo me expusiera  
á tan temibles riesgos  
por ver si hallo el tesoro  
de Midas ó de Creso.
- CONDE. —En tanto que se acerca  
el pícaro hechicero  
decidme las hablillas  
que corren por el reino.
- ROS. —Oid.
- CONDE. —Hable el poeta  
y los demás silencio.
- ROS. —Díjome un galopo  
que donde él habita  
no basta el hisopo  
ni el agua bendita,  
porque el hechicero  
entró una vez sola,  
y hay un marrullero  
diablillo con cola  
que tenaz se atreve  
con un batallón.
- CORO. —Pero demos punto,  
pues en conclusión  
parece el asunto

- MAR.            muy grave ¡chitón!  
—Por doquier que pasa  
ese nigromante  
quémase la casa  
que está por delante;  
se secan las flores  
las yerbas y mieses,  
y los labradores  
al pie de sus reses  
muérense de espanto  
pidiendo perdón.
- CORO.        —Pero demos punto, etc.
- ROS.            —Ayer ha salido  
orgullosa y fiero  
y se ha convertido  
¡hasta un usurero!  
Y es tan dominante  
del mago la estrella,  
que al ver su semblante  
parió una doncella  
un camaleón
- CORO.        —Pero demos punto, etc.
- CONDE.        —Llegó una tapada  
buscando al galán,  
de quien esperada  
era con afán;  
y ya entre sus brazos,  
de delicias llena,  
buscó los pedazos  
de la ansiada cena  
y halló solamente  
ceniza y carbón!
- CORO.        Pero demos punto, etc.

MAR. —Leonor y Belisa  
 fueron de paseo,  
 y en pos de su risa  
 don Marcos el feo,  
 que encontró las damas  
 al anochecer  
 arrojando llamas  
 como Lucifer  
 y á su lado un paje  
 hecho un chicharrón.

CORO. —Pero demos punto, etc.

(Entra D. Fernando silenciosamente sin ser visto y escucha con gran cuidado. Puerta de la izquierda.)

ROS. —Diz que no le asustan  
 al Rey los hechizos,  
 y diz que le gustan  
 ciertos bebedizos,  
 porque enamorado  
 de la hermosa Blanca  
 tal vez ha logrado  
 hallar puerta franca  
 con algún elixir  
 en su corazón.

CORO. —Pero demos punto, etc.

D. FER. —¡Maldición, maldición!

(Desnuda la daga y se vá)

Hablado.

CONDE. —¿Qué es esto?

ROS. —Terrible grito!

MAR. —Ya empezaron los asombros.

## ESCENA II.

*Los mismos. Ramiro que entra por el fondo.*

RAM. —Compañeros, Dios os guarde.

Estais parados, absortos.  
¿Teneis miedo?

CONDE. —No es extraño.

En vuestra casa...

RAM. —Yo me honro...

CONDÉ. —Hace el diablo de las suyas.

RAM. —Me habeis causado un bochorno.

El diablo no se desmanda  
en las casas de los propios  
jefes y fieles amigos,  
pues aún conserva en el rostro  
color, y jamás se olvida  
de las leyes del buen tono.

ROS. —¿Tú lo sabes?

RAM. —Según dicen

yo con los diablos me asocio;  
aun cuando juro mil veces  
no ser judío ni moro  
sino buen cristiano viejo  
y en todo muy ortodoxo:  
y si quereis una prueba  
dadme jamón, dadme lomo,  
y no saçarán mis dientes  
á mis labios mentirosos.

CORT. 1.º —Pero posees de la alquimia  
los secretos.

RAM. —Poco á poco.

Aun no he llegado á la cúspide  
del templo: estoy en el pórtico.

MAR. —Entonces ¿de dónde sacas  
las riquezas, los tesoros  
que repartes?...

ROS. —Pues del reino

- eres el rico más pródigo.
- RAM. —Alquimia son las ideas  
que engendrar suelen el oro;  
alquimia son los arranques  
de los pechos generosos,  
y alquimia los sentimientos  
de los hombres filantrópicos.
- ROS. —Yo no entiendo esa palabra  
y soy lingüista.
- RAM. —Galopo,  
tanto tú de griego sabes  
como yo de domar potros.
- ROS. —Advierte que yo estudiaba  
en un convento.
- RAM. —¿Gerónimo?...  
Pues de dos palabras griegas  
nace el vocable.
- ROS. —¡Eres docto!...
- RAM. —Consúltalo con Quevedo  
y si el dijese «lo ignoro»  
no habrá de saberlo nadie  
hasta el siglo diez y ocho.
- CORT. 2.º —Quiero escuchar de tus labios  
(Llevádole aparte.)  
en este instante un un pronóstico.  
Yo tengo una dama...
- RAM. — Es justo.
- CORT. 2.º —Lindísima, en cuyos ojos  
me quemó.
- RAM. —Vamos, estás  
de amor en el purgatorio.
- CORT. 2.º —Más es lo bueno del caso  
que sabe amar á sus prójimos.

- RAM. —Bueno será. Tú lo afirmas;  
pero yo no me conformo,  
y si es malo condenarla  
absolverla es peligroso.
- CORT. 2.º —¡Muy voluble!
- RAM. —¡Vade retro!
- CORT. 2.º —Y es lo mejor que muy pronto  
los dos debemos unirnos.
- RAM. —¿Sí?
- CORT. 2.º —Con despachos redondos.
- RAM. —Pues su signo en ese caso (Ap.)  
habrá de ser Capricornio.  
En los cuernos de la luna (Alto.)  
tienes escrito tu horóscopo.  
Condenado estás, y en costas,  
qué es lo grave del negocio.
- CORT. 2.º —Pues éste poco conoce (Ap.)  
el arte divinatório,  
que yo le dije mentira  
y se queda tan orondo.
- RAM. —Si no es cierto lo que dice (Ap.)  
su necedad es de á fóllo.
- ROS. —¿Y me darán el empleo?  
¿Qué opinan los astros?
- RAM. —Sólo  
cuentan que ya son iguales  
los copleros y los topos.  
Después de tus travesuras,  
mientras no se vaya á fondo  
el Ministro, no pretendas.  
Mas... alguien viene; conozco  
sus pisadas; escondéos.
- CONDE. —Vámonos.

- RAM. —¡Nunca! Vosotros  
vais á servirme.  
(Llaman.)
- MAR. —No entiendo.  
RAM. —Para espantar á ese lobo  
de diablos he de vestiros.
- CONDE. —Jesús mil veces!  
RAM. —Demonios  
sois; de la corte al infierno  
el trecho que media es corto.  
(Vuelven á llamar.)  
Entrad pues en este cuarto.  
(Señala el del fondo.)
- ROS. —Fero ¿no habrá duendes?  
RAM. —¡Voto!...  
CONDE. —¿Calderas de aceite hirviendo  
no habrá?  
MAR. —¿Ni lluvias de plomo  
derretido?  
(Llaman con fuerza.)
- RAM. —¡Voto al diablo!...  
¿Cortesanos sois y bobos?  
(Entran por el fondo.)

### ESCENA III.

*Ramiro solo, manifestando una carta que distraidamente  
deja sobre el trípode.*

Una principal señora  
me previene que á las ocho  
vendrá, y antes es preciso  
quitarnos de enmedio estorbos.

(Abre la puerta de la izquierda.)

## ESCENA VI.

*El mismo. El Conde-Duque de Olivares.*

OLIV. —¡Mucho has tardado en abrirme!

RAM. —Perdonadme; era forzoso  
acabar la operación  
en que estaba.

OLIV. —Te perdono.  
Mas dime, ¿con quién hablaste?

RAM. —Con unos diablillos cojos  
y tuertos que á mí me sirven  
de familiares, de mozos,  
pues escudero y lacayo  
tengo y también mayordomo.

OLIV. —Y si el infierno les paga  
en verdad que es un ahorro.  
Más... ¡esos diablos lisiados!...  
No lo entiendo.

RAM. —Es que nosotros  
sabemos quebrarle un ala,  
porque son voluntariosos  
indóciles y propensos  
á los abusos y al robo.

OLIV. —¿Y no hay humana persona  
que me escuche?

RAM. —No, que todos  
mis sirvientes son espíritus.

OLIV. —¿De verdad?

RAM. —Mudos y sordos,  
porque los tengo encerrados  
en cuerpos muy monstruosos.  
Hable vucencia.

OLIV. —Yo quiero

- ser alquimista. Te nombro  
mi preceptor, mi maestro,  
— pues bien sé que eres un pozo  
de ciencia.
- RAM. —Pero señor,  
yo sólo soy un neófito...
- OLIV. —No me engañes: tu conoces  
aun los misterios más hondos  
y dar lecciones pudieras  
á Merlín que es tu patrono.
- RAM. —Y vos, entre los cuidados  
del gobierno, vos custodio  
de esta nación...
- OLIV. —Yo sabré  
no dormir... ¡soy ambicioso!...  
Quiero llegar con mis armas  
á los climas mas remotos,  
ir por incógnitos mares,  
ir al Africa, ir al Polo,  
convertir toda la tierra  
en un reino poderoso;  
más no será D. Felipe  
el que luzca en ese trono:  
seré yo... ¡los dos seremos!  
Vengan tesoros, tesoros;  
Penetrar quiero la alquimia  
en un momento.
- RAM. —¿De un sorbo  
tragaros el mar quereis?
- OLIV. —Pues si es un arte diabólico  
¿ha de aprenderse á retazos  
como si fuera algún tomo  
de aritmética ó gramática

que enseñase un pedagogo?

RAM. —Pero tiene ciertas fórmulas.

OLIV. —Veamos pues.

RAM. —¡Yo no respondo!

(Con aire misterioso.)

(Ramiro coloca al Conde-Daqué en el trípode que deberá estar cerca de la ventana, y después entra por la puerta del fondo.)

Música.

OLIV. —¿Por qué vino á la corte  
vestido de patán  
un hombre que se muestra  
en todo tan sagaz?

RAM. —Señor Conde-Duque.

(Asomando la cabeza por la puerta del fondo.)

por Dios no chistad  
que así se repele  
lo electricidad.

OLIV. —Por tal de tener oro  
diamantes y zafir  
seré como de piedra.

¡Chitón... chitón y chist!

RAM. —No moved los ojos. (Dentro.)

OLIV. —Pues ya no los muevo

RAM. —Parados los brazos. (Dentro.)

OLIV. —Soy santo de yeso.

RAM. —Un poco flexibles id.)

el cuello y el pie:  
cerrada la boca,  
la nariz también.

OLIV. —Parezco una estatua  
sobre un pedestal:  
así podrá verme  
la posteridad.

CORO. —Parece una estatua (Dentro.)

- sobre un pedestal:  
 así podrá verle  
 la posteridad.
- OLIV. —Repiten los ecos  
 do quiera mi voz:  
 ¡Pícará morada  
 del encantador!
- (Ramiro sale y se adelanta hasta mitad de la escena haciendo varias garatusas con la varilla mágica.)
- RAM. —¡Cris, cris, cris, cris!  
 Vénganos, vénganos.
- OLIV. —¿Qué hace este hombre  
 con tanto estrépito?  
 ¿Le dá estocadas  
 al diablo pérfido,  
 ó es que se bate  
 con los murciélagos?
- CORO. —¿Qué hace este hombre (Dentro.)  
 con tanto estrépito, etc.
- (Ramiro se acerca al Conde-Duque y le presenta un anteojo.)
- RAM. —Mirad á las estrellas  
 con estos anteojos.
- OLIV. —Allí noté un guarismo:  
 parece que es un ocho.
- RAM. —¡No hay duda que tengo  
 un brillante alumno!  
 Pues bien, es preciso  
 elevarle al cubo;  
 y multiplicando  
 el producto todo  
 luego por la altura  
 de los equinoccios  
 dividir debemos  
 después el total

del rádio terrestre  
 por una mitad  
 tendremos los granos  
 de cobre y de zinc  
 de que el oro puro  
 habrá de salir.

OLIV. —Así que descubra (A media voz.)  
 todo el embeleco

(Ramiro se dirige de nuevo á la puerta del fondo donde se detiene ha-  
 ciendo algunos signos con su vara.)

mandaré á presidio  
 á mi buen maestro,  
 y desde América (Alto)  
 hasta el Mogol  
 seré magnífico  
 emperador.

CORO. —Y desde América (Dentro.)  
 hasta el Mogol  
 será magnífico  
 emperador.

(El Conde-Duque se baja de la mesa y al hacerlo repara en la carta  
 que sobre ella había dejado Ramiro.)

OLIV. —Más aquí una carta  
 de la Reina veo.  
 ¡Hallazgo precioso! (La guarda.)  
 Guardemos, guardemos. (Risas dentro.)  
 (Con ira.) ¿Quién diablos nos escuchã  
 burlándose de mí?

RAM. —Los diablos de mi casa  
 que están en un festín,

OLIV. —No, no, que son hombres.

RAM. —No, que tienen rabo  
 y son unos tuertos  
 y otros jorobados.

OLIV. —Pues yo quiero verle  
las barbas al diablo.

(Empuja la puerta del fondo que antes habrá cerrado Ramiro.)

RAM. —Señor, estaos quieto.

OLIV. —Salid, mamarrachos,  
que soy el ministro.

VOCES DENT. —¿Quién es?

OLIV. —Vuestro amo.

RAM. —Señor ¿estais loco?

OLIV. —No. (Empuja.)

RAM. —¿Ni endemoniado?...  
¿Quereis que os embistan  
los ángeles malos?

OLIV. —No, que esos demonios  
son los cortesanos  
y á fe que los tengo  
de poner á caldo.

(Empuja con violencia la puerta. Cede ésta y en el momento se apagan repentinamente las luces, y la pared del fondo se trasparenta, presentando una imagen del infierno con hogueras encendidas, duendes, trastos, enanos, serpientes y mónstruos de todas clases. Los cortesanos salen uno á uno, vestidos de diablos y aparentan buscar algo en la oscuridad. Olivares retrocede aterrado.)

## ESCENA V.

*Los mismos. Roseto. El Marqués. El Conde y los demás cortesanos.*

OLIV. —Más no, que son demonios  
Jesús, Jesús qué feos!

RAM. —Callad, señor, seguidme.

OLIV. —Escóndeme y y te premio.

(Asiéndose del brazo de Ramiro, y ambos andan en dirección del tripode.)

Son diablos y muy diablos;  
son diablos del infierno.

(Se va encontrando sucesivamente con varios que sin detenerse pasan tocándole.)

Aquí tiento unas uñas!  
 Aquí unas patas tiento!  
 Aquí topéme un rabo!  
 Aquí sentí unos pelos!  
 Aquí toco unos dientes!  
 Aquí son unos cuernos!

RAM. —Callad, no nos escuchen.

OLIV. —Si ya no tengo aliento.

ROS. —¿Adónde está Olivares?

RAM. —Huyamos en silencio.

MAR. —¿Adónde está el ministro?

OLIV. —Ramiro, tengo miedo.

RAM. —Debajo de este trípode  
 será fuerza meternos. (Lo hacen.)

(Júntanse todos los cortesanos.)

ROS. —El infierno sus puertas abre;  
 los demonios se salen de allí,  
 que buscar aventuras quieren  
 en la corte real de Madrid.

(Baile infernal.)

CORO DE | —Al arma y al arma!

DEMONIOS. (El fuego romped,  
 que un pronunciamiento  
 nos está muy bien.  
 Embistamos  
 al ministro  
 y pidamos  
 mil destinos,  
 y tesoros  
 infinitos;  
 que ha de verse  
 convertido,  
 si nos niega  
 sus auxilios

á los génius  
del abismo,  
en carbones  
encendidos.

ROS. —Donde astutos ministros haya,  
donde esté sosegado el Gobierno,  
allí viven en paz los diablos,  
allí tiene su corte el infierno.

CORO. —Al arma y al arma!  
El fuego romped,  
que un pronunciamiento  
nos está muy bien.  
Embistamos  
al ministro, etc.

Hablado.

(Los diablos revuelven los muebles dando rugidos al final de cada una de las respuestas del siguiente diálogo.)

RAM. —¿Veis, señor?

OLIV. —Yo me confundo.

RAM. —El motín cundiendo va.

OLIV. —Pues hombre, lo mismo está  
el infierno que este mundo.

RAM. —En inmenso pelotón  
por todas partes se agitan  
los sublevados, y gritan...

LOS DIA. —Viva la revolución!

OLI. Mas ¿en ese loco afán  
qué buscan, qué les altera?

RAM. —Quieren libertad por fuera,  
y quieren, por dentro, pan.

OLI. —¿Quién ha llevado al infierno  
ese vicio de comer?

Vamos; allí debe haber

desórden y mal gobierno.

### ESCENA VI.

*Los mismos. El primer cortesano que entra con luz y reconoce á Olivares.*

1.<sup>er</sup> CORT. —Aquí está!

OLIV. (Ap.) —Qué parasismo siento! (Alto.) ¿Me conoces tú?

MAR. —Más fama que Balcebù tienes.

OLIV. —Dónde?

MAR. —En el abismo.

(Se apoderan de él y le maltratan.)

CORT. 1.<sup>o</sup> —Muera ya!

CORT. 2.<sup>o</sup> —Muera el tirano!

OLIV. —Vade retro, vade retro!  
Si vuestro favor impetro  
seré justo, seré humano.

CORT. 3.<sup>o</sup> —Arrancadle los cabellos.

CORT. 4.<sup>o</sup> —Arrancadle las orejas

OLIV. —Cielos! Escuchad mis quejas  
Qué inútiles atropellos! (A los diablos.)

CORT. 1.<sup>o</sup> —Dale, dale!

CORT. 4.<sup>o</sup> —Aprieta!

ROS. —No. \*\*  
(Interponiéndose.)

OLIV. —Sed clementes. ¿No estais hartos?

MAR. —Debemos hacerle cuartos.

CONDE. —Por los muchos que robó.

OLIV. —Respetadme, que yo soy  
el ministro universal,  
y el ardiente tribunal  
habrá de buscaros hoy.

- CONDE.       =No hay presa más regalada  
                  que un ministro.
- CORT. 1.º     —  —Qué bien huele!
- MAR.         —Ni las que tostarnos suele  
                  la legión de Torquemada!
- OLIV.         —Calmad ese frenesí  
                  que es ya del Tártaro mengua,  
                  y explicad, pues teneis lengua,  
                  qué cargos hay contra mí.
- MAR.         —Infinitos.
- CONDE.       —Muchos
- ROS.   —Varios.
- OLIV.         —Decidlos pronto.
- ROS.   —Pues bien...
- OLIV.         —Porque los diablos también  
                  deben ser parlamentarios.
- ROS.         —Se dice, en primer lugar,  
                  y es la mayor de las plagas  
                  que á ningún viviente pagas  
                  y á todos sabes cobrar:  
                  de holgazanes á un enjambre  
                  alimentas en los vicios,  
                  y haciendo mil sacrificios  
                  el reino se muere de hambre  
                  En el pueblo gran miseria,  
                  que con su sangre y su llanto  
                  paga el lujo y el encanto  
                  de esa corte grave... sería.

(Murmulo en los cortesanos.)

Esto tiene tres bemoles,  
y debo hacerte saber  
que inspiran á Lucifer  
compasión los españoles.

- OLIV. —Pues yo juro que deseo  
poner fin á tanto mal. (Le sueltan.)
- CONDE. —Con hacerme general...
- ROS. —Nombrarme para un empleo  
que en verdad me corresponde.
- OLIV. —¿Y á quién meteré en un buque  
para Argel?
- MAR. —Harásme Duque.
- CORT. 1.º —Y á mí Marqués.
- CORT. 2.º —Y á mí Conde.
- OLIV. —Ya están los diablos contentos  
y ya es feliz la nación:  
iréme sin dilación  
por ahorrarme cumplimientos (Quiere irse.)
- CORT. 1.º —¡Que se escapa, que se escapa!
- CORT. 2.º —¿Dónde?
- CORT. 3.º —¿Dónde?
- CORT. 1.º —No le ves
- OLIV. —¡La puerta! (Se va.)

**ESCENA VII.**

*Los mismos, menos Olivares.*

- CORT. 1.º —¡No soy Marqués!
- CORT. 2.º —Aquí se deja la capa (Descúbreanse todos.)
- ROS. —¡Qué cosa tan divertida!
- RAM. —Pero fué broma pesada.
- MAR. —¡Y que ésta calaverada  
puede costarnos la vida!
- RAM. —¡No haya miedo! Yo me alzo  
mañana con el poder.
- MAR. —Mañana tengo de hacer  
una novena descalzo.

- ROS. —Y luego dirá la gente  
lo que quiera.
- MAR. —San Antonio,  
sacadme bien.
- ROS. —Hoy demonio  
y mañana penitente.
- RAM. —Por la puerta del jardín  
podeis iros.
- CONDE. —No, que estamos  
bien aquí.
- RAM. —¡Marchad! (Con tono imperativo.)
- ROS. —¡Eh! vamos!  
¡Tirano en ciernes al fin!

(Desaparece la imagen del infierno y los cortesanos se retiran por el fondo. Dan las ocho en un reloj.)

### ESCENA VIII.

*Ramiro solo.*

Las ocho dan: es la hora  
convenida en que yo espero  
cual galante caballero  
á la tapada señora

(Abre cuidadosamente la puerta de la izquierda.)

### ESCENA IX.

*El mismo. La Reina, con manto, que entra por la puerta de la izquierda. Deja una caja sobre la mesa.*

- RAM. —Pasad, pasad.
- LA REINA. —¿Sóla estoy  
con vos?
- RAM. —Sí, nadie nos vé.
- LA REINA. —¿Ni nos oye?
- RAM. —¡Por mi fé!

LA REINA. Pues bien, miradme; yo soy. (Descúbrese.)

RAM. —¡Su Magestad!

LA REINA. —Alza pues,  
que una amiga, una aliada  
de favor necesitada,  
no la Reina, es la que véis.

RAM. —Yo rendido á vuestros pies  
sólo mandatos espero.

LA REINA. —Y yo tus auxilios quiero,  
que oculta bajo este manto  
busco el poder de un encanto  
ó el valor de un caballero.

RAM. —Mandadme pronto, señora,  
que yo os juro obedecer.

LA REINA. —Aunque soy una mujer,  
no ya la que sufre y llora,  
guerra á muerte desde ahora  
le declaro á mi rival;  
á ese ministro fatal  
que en torpes obras se emplea,  
aunque usar preciso sea  
virtud sobrenatural.

RAM. —Confiad en mi adhesión,  
en mi arrojo y en mi fe.

LA REINA. —No sé, Ramiro, no sé  
tus encantos si lo son;  
pero noble corazón  
y elevado entendimiento  
sé que tienes, y contento  
mi espíritu me preságia  
que has de vencer con la mágia  
de la ciencia y el talento.

RAM. —Nunca dudeis de mi ayuda,

- aunque con adversa suerte  
haya de arrostrar la muerte.
- LA REINA. De tu valor nadie duda.  
Quizás el cielo te escuda.  
Ya es fuerza enjugar el lloro  
de la España á quien adoro.
- RAM. —¡Oh, qué admirable mujer!
- LA REINA. —La caridad sabe hacer  
hasta las piedras de oro.
- RAM. —Y es la fe virtud divina  
que á mares y montes manda.
- LA REINA. —O perezco en la demanda,  
ó ante mí su frente inclina  
el déspota.
- RAM. —Su ruina  
os dará noble corona.
- LA REINA. —¿Tú me ayudas?
- RAM. —Quien blasona  
de noble, cortés y honrado  
¿no ha de estar á vuestro lado?  
¡Dios lo está! ¡Dios os abona!
- (Una pausa.)
- LA REINA. —De tí espero un gran servicio,  
una merced singular...
- RAM. —Decidme.
- LA REINA. —¿Vas á dudar?
- RAM. —¡Nunca!
- LA REINA. —Es grande el sacrificio.  
Todo lo consume el vicio,  
y en manejos inmorales  
gasta del Rey los caudales  
el dueño de nuestros bienes.
- (Le conduce al sitio donde está la caja.)
- En aquesta caja tienes

mis joyas mas principales... (Conmovida.)  
 Empéñalas... la nación  
 padece... busca dinero...  
 Tú eres sábio, sí: yo espero  
 que obrarás con discreción.  
 ¡Qué dulce satisfacción  
 es hacer bien! ¡ay Ramiro!...  
 No por mis joyas suspiro...  
 Aunque dicen que eres mago  
 crees en Dios... ¡pues Dios el pago  
 te habrá de dar!

RAM. —¡Os admiro! (Llaman.)

LA REINA. —Pero... ¡llamaron! (Cábrese.)

RAM. —Entrad

en ese cuarto al momento.

(Señala al de la derecha.)

Estareis, mucho lo siento,  
 con suma incomodidad. (Vuelven á llamar.)  
 Siendo vos una deidad  
 yo ansiara rendido y fiel  
 poneros noble Isabel,  
 cuya grandeza me asombra,  
 mil estrellas para alfombra,  
 mil soles para dosel.

### ESCENA X.

(La Reina entra en el cuarto de la derecha. Ramiro abre la puerta de la izquierda y sale D. Julita llevando en sus brazos á doña Blanca desmayada á quien coloca en un sitial. Ramiro después de abrir sin mirar siquiera á los recién venidos, desaparece por la puerta del fondo.)

Música.

*D. Julita. Doña Blanca desmayada.*

D. JUL. —La palomita tierna y bonita  
 ya está en mis manos, ya la cacé:

mucha saliva, mucho trabajo  
y andar arriba y andar abajo  
-ello costóme; pero triunfé.

En este oficio  
yo no me mancho.  
Al Rey es justo  
siempre servir.  
Soy caballero  
de garra y gancho;  
muchos envidian  
mi porvenir.

¡Qué de invenciones, qué de disfraces!  
Soy un Mercurio de buena ley:  
así celebro pronto las paces  
con el privado y el mismo Rey.  
Ya fui criada, ya costurera,  
ya planchadora, ya lavandera,  
ya doña Marta, ya don Martín:  
ya con la aguja, con la tijera  
el guarda-infante y el figurín;  
ya con las plumas, con la venera,  
con el copete y el peluquín,  
la voz tonante, la vista fiera  
y entre las manos el espadín.

En este oficio  
yo no me mancho, etc.  
Ya gentil hombre fui entre holandas  
para la gloria de esta conquista:  
ya desplegando mis hopalandas  
manifestéme pobre sopista:  
á veces tuve voz de soprano,  
y en otros tiempos voz de tenor:  
fui sacamuelas, fui cirujano.

todas las formas dióme el amor.

En este oficio  
yo no me mancho.  
Al Rey es justo  
siempre servir.  
Soy caballero  
de garra y gancho;  
muchos envidian  
mi porvenir.

Todas las rubias que como el cielo  
tienen los ojos y el corazón,  
y las morenas, tragan mi anzuelo:  
todas se rinden á discreción.

Yo soy un ave noble y valiente,  
porque yo cazó más que un alcón:  
yo soy un bicho de férreo diente  
inteligente como el hurón.

En este oficio  
yo no me mancho, etc.

### ESCENA XI.

*Los mismos. Ramiro que vuelve por el fondo.*

Hablado.

RAM. — ¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Blanca mía! (Aparte)

D. JUL. — Aquí vengo á refugiarme.

RAM. — ¿Qué hiciste?

D. JUL. — ¡Poco!... Robarla.

RAM. — ¿Tú?

D. JUL. — Por orden de Olivares.

Yo marchaba tan sereno,  
con dos de mis gerifaltes  
y esta beldad, á la quinta

que el Rey tiene junto al Parque;  
 pero noté que su hermano  
 nos seguía ¡Dios le guarde  
 bajo una losa! ¡Qué susto  
 nos ha dado el muy pillastre!  
 Con un espadón terrible,  
 más largo que de aquí á Flandes  
 acercábase injuriándonos  
 con voces descomunales.  
 Lleno de heróica prudencia  
 le dejé que alborotase  
 á su gusto, y escondíme  
 en un rincón de la calle  
 con mi víctima inocente  
 que á pesar de ser un angel  
 de los cielos, te aseguro  
 que pesaba diez quintales.  
 El agresor iba sólo,  
 y hubiera sido el combate  
 desigual: éramos tres  
 los adversarios: bien sabes  
 que un honor escrupuloso  
 hace á cualquiera cobarde.  
 Y la niña en tanto muda.  
 ¡Bien que acertó en desmayarse,  
 y yo á Dios se lo pedía  
 entre congojas mortales,  
 porque pudo con sus gritos  
 echar á perder el lance!

RAM. —En verdad que eres valiente. (Con desprecio)

D. JUL. —¡Ay santa Virgen del Carmen!  
 Yo pensaba en mis pulmones,  
 en mis huesos, en mis carnes,

en mi estómago, en mis tripas,  
 en mis venas, en mi sangre.  
 ¿No conoces un elixir  
 para hacerme invulnerable?  
 ¿Y es posible que se pierda  
 un hombre que tanto vale  
 por las pícaras mujeres?  
 ¡Después que pasó mi madre  
 tanto para darme á luz!  
 ¡Ay Señor!... ¡quién fuera fraile!

RAM.

—Si tú no callas, villano,  
 fuerza será que te arranque  
 la lengua.

D. JUL.

—¿Tienes envidia  
 de mi elocuencia, bergante?

D.<sup>a</sup> BLAN.

—¡Ramiro! (Volviendo en sí.)

RAM.

¡Blanca!

D.<sup>a</sup> BLAN.

—¿Qué es esto?

¿Dónde estoy?

RAM.

(Al oído.) —De un tierno amante  
 en la morada.

D.<sup>a</sup> BLAN.

—Deseo  
 irme... lejos... donde nadie  
 pueda verme.

RAM.

—¡Blanca mía! ..

D. JUL.

—¿Blanca mía?... ¡Zape... zape!  
 Que hay aquí gato encerrado. (Llaman.)

D.<sup>a</sup> BLAN.

—¡Ven, huyamos... ven, no tardes!

D. JUL.

—Quieren irse los dos juntos...  
 pues me gusta ese donaire. (Llaman.)

RAM.

—Escóndete en ese cuarto.

D.<sup>a</sup> BLAN.

—Tengo miedo.

RAM.

—Ve al instante.

- D.<sup>a</sup> BLAN. —Se me ha perdido una joya,  
la firmeza.
- D. JUL. (Aparte.) —Esos son gajes  
del oficio: yo la tengo.
- RAM. —Despues la hallaremos.
- EL REY. (Dentro.) —Abre,  
Ramiro
- D. JUL. —¡Pues es el Rey!
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Hay desdicha semejante!  
(Vuelve á desmayarse.)
- D. JUL. —En premio de mis servicios  
ha de hacerme condestable.

(D. Julita abre la puerta de la izquierda y sale el Rey en el momento en que Ramiro arrebatando en sus brazos á doña Blanca iba á entrar por el fondo: entonces la deja en un sitio. El Rey se adelanta hasta el lugar de la escena.)

## ESCENA XII.

*Los mismos. El Rey.*

- EL REY. —Aquí está... ¡qué hermosa es!  
(Contempla estático á doña Blanca.)
- D. JUL. —Sí, señor: buenos afanes  
costóme.
- RAM. (Al oído.) —¡Calla!
- D. JUL. —No quiero.
- RAM. —¡Pues mueres! (Le aprieta un brazo.)
- D. JUL. —¡Ay Dios!... Dejadme.
- EL REY. —¿Qué es esto? (Volviendo el rostro.)
- RAM. —Que D. Julita  
está hechizado.
- EL REY. —Percance  
raro en verdad. ¡Un demonio  
hechizado! Es cosa grande.
- RAM. —¿Vuestra Magestad se acuerda

de Quevedo, del notable  
*alguacil alguacilado*,  
 que tanta gracia nos hace?

EL REY. —Sí!

RAM. —Pues ved que D. Julita,  
 mi amigo... (¡que en paz descanse!)  
 (Aparte á D. Julita.)  
*es demonio endemoniado.*

EL REY. —Enhorabuena. ¡Que rabie!  
 A mí lo que me interesa  
 no es el diablo, no; la imagen  
 divina que ves presente.  
 ¡Qué perfección de semblante!

(Le toca una mano.)

Pero está yerta. Ramiro,  
 un elixir pronto trae  
 para que vuelva á la vida  
 la mayor de las deidades.

(Váse Ramiro por el fondo.)

D. JUL. —Señor, señor, de esa dama  
 sé que es Ramiro el amante (Con precipitación.)

EL REY. —Calla, nécio, y no me digas...

D. JUL. —Yo lo sé

EL REY. —Tal disparate.

D. JUL. —Yo los ví...

EL REY. —¡Vamos!... de un loco  
 que más pudiera esperarse?

RAM. —Aquí teneis el elixir. (Volviendo.)

Señor; pero no tocadle  
 á las manos, que pudiera  
 morir. (Se lo aplica á la nariz.)

EL REY. —¡Calla, no me alarmes (Se retira.)

D. JUL. Si al Rey le dicen que vuelan (Aparte.)  
 los bueyes como las aves

y que son alas los cuernos  
se conforma. ¿Eres tú el Grande?...

EL REY. —Ya vuelve en sí. ¡Dios piadoso!

RAM. —Pues es raro.

D. JUL. (Aparte) —¡Qué farsante!

D.<sup>a</sup> BLAN. —¿Quién está aquí? ¿Donde estoy?

EL REY. —Tu bebida es admirable.

Eres un sabio, Ramiro.

Yo no sé como pagarte.

Música

EL REY. —Ya la pasión frenética

(Acercándose a doña Blanca.)

que tu belleza mágica  
en mi agitado espíritu  
vivísima encendió  
rompe su cárcel fúnebre  
con ímpetu volcánico:  
pura deidad adórame  
como te adoro yo.

RAM. —Señor, yo soy médico...

D. JUL. —¡Jesús! ¿que escuché?

RAM. —Está triste y lánguida.

EL REY. —Por Dios déjame.

D. JUL. —Conoce este pícaro,  
y no hay que dudar  
no pocos y rápidos  
medios de matar.

D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Oh noble Rey magnánimo  
tan sábio y tan espléndido  
en cuya mano el símbolo  
de la Justicia ví,  
escucha de una huérfana  
la dolorosa súplica

que pide ¡tenla lástima!

Justicia contra tí.

EL REY. —Mi cetro es sólo un látigo:  
empúñenle los rústicos:  
vale la lumbre olímpica  
menos que tu beldad. (Se arroja á sus pies.)

D.<sup>a</sup> BLAN. —Señor, señor; despiértate.  
¡Oh que dirán tus émulos  
al ver que cual un mísero  
postras tu magestad!

EL REY. —Ni reinos ni alcázares  
ni gloria ni púrpura  
ni sonoros títulos  
quiero sin tu amor.

RAM. —La faz teneis cárdena  
y llama sulfúrica  
devora esos párpados  
con inmenso ardor.

D. JUL. —Ramiro es un sátrapa  
que os sale con réplicas  
porque á vuestra sílfide,  
señor, quiere bien.

EL REY. —¡Oh Blanca bellísima!

D.<sup>a</sup> BLAN. —Esto es un escándalo.

RAM. —Charlatán ridículo  
me acusas pues ten. (Le da una bofetata.)

EL REY. —¿Qué es esto?

D. JUL. —Que el dómine  
rompió mis mandíbulas.

RAM. —Que estoy enseñándole  
á que sea bufón.

D. JUL. —Alumno de Hipócrates  
aplicame un bálsamo.

- RAM. — *Similia similibus* (Le da otra)  
*curantur.*
- D. JUL. — ¡Traición!
- EL REY. — Idos á bufonizar  
muy lejos de aquí.
- D. JUL. — ¡Señor!
- EL REY. — ¡Vete á la calle!
- (D. Julita se va por la izquierda.)  
Ramiro,  
en aquella habitación (Señala la del fondo.)  
espérame.
- D.<sup>a</sup> BLAN. — ¡Piedad, cielos!
- EL REY. — No hay piedad, que loco estoy.
- RAM. — Vendrá un angel, Blanca mía, (Ap.)  
á protejerte. ¡Valor! (Se vá.)

### ESCENA XIII.

*El Rey. Doña Blanca La Reina, saliendo de su escondite.*

- LA REINA. — Aunque yo no soy un angel  
la protejo.
- D.<sup>a</sup> BLAN. — ¡Gracias, oh!
- EL REY. — ¿Cómo, Isabel, vos aquí?
- LA REINA. — ¿Cómo, Felipe, aquí vos? (Pausa.)  
Vengo á buscar mis meninas  
que la mano de un raptor  
arranca de mi palacio.  
¡Oh vergüenza, oh confusión!
- EL REY. — Si os meteis á moralista,  
á fraile predicador  
pensad que habeis elegido  
una muy mala ocasión.
- LA REINA. — Blanca, retírate: es fuerza  
que hablemos solos los dos.

(Váse doña Blanca por la derecha.)

EL REY. —Ahora tengo que entonar  
el acto de contrición.

#### ESCENA XIV.

*El Rey. La Reina.*

LA REINA. —Señor, el reino se pierde.

EL REY. —¿Vos también teneis pavor?

LA REINA. —Es un bribón Olivores.

EL REY. —Porque sabe ser bribón  
me gusta.

LA REINA. —Tomad las armas.

EL REY. —A su tiempo, pero yo  
las armas que más conozco.  
son las armas del amor.

LA REINA. —Inventad vos algún medio  
que nos salve.

EL REY. —¿Qué invención  
quereis de mí? ¿Soy yo acaso  
quien la pólvora inventó?

LA REINA. —Despedid á ese ministro.

EL REY. —¿Y si viene otro peor?

LA REINA. —¿Pues qué hareis?

EL REY. —Vivir gozando,  
aunque me castigue Dios.

#### ESCENA XV.

*Los mismos. D. Julita que entra por la izquierda aterrado.*

D. JUL. —Hoy me tuestan, hoy me tuestan  
por mis pecados ¡qué horror!

El Rey se cubre con un antifaz. La Reina se echa el manto, quedando en el fondo. D. Julita colocado en medio de la escena, mira con terror á la puerta de la izquierda por donde sale un Comisario de la Inquisición y varios alguaciles.

- CORO } —Es un judaizante,  
 DE INQUISI- } es un nigromante:  
 DORES. } (debemos hacerle  
 ceniza y carbón.
- EL REY. —¡Oh suerte traidora!  
 Faltábame ahora  
 lidiar con la Reina  
 y la Inquisición.
- CORO. —Eres judaizante; (Rodeando al Rey.)  
 eres nigromante:  
 debemos al punto  
 ponerte en prisión.
- EL REY. —¡Buena está la broma,  
 que huye la paloma  
 y aquí me rodean  
 cuervos en montón!
- CORO. —Si non auscultatur  
 nos trorum sermones  
 homo transformatur  
 carbones, carbones.  
 Diaboli  
 fugite  
 satana  
 Lucifer.
- D. JUL. —Hórridos!  
 fúnebres!  
 Témoles,  
 húyoles.
- EL REY. —Válgame  
 Júpiter.
- LA REINA. —Súbito  
 cúbrome
- CORO. —Diáboli, diaboli, diaboli,

fúgite, fúgite, fúgite!  
 Satana, Satana, Satana  
 Lucifer, Lucifer, Lucifer.

D. JUL. —Hórridos, hórridos, hórridos!

Fúnebres, fúnebres, fúnebres!

Gárrulos, gárrulos, gárrulos!

Húyoles, húyoles, húyeles!

EL REY. —Válgame.. válgame.. válgame,

Júpiter, Júpiter, Júpiter!

LA REINA. —Súbito. súbito, súbito,  
 cúbrome, cúbrome, cúbrome.

Hablado.

COMI. —¿Quién es el vil hechicero  
 que ejerce la quiromancia,  
 la alquimia y la nigromancia  
 diabólica?

D. JUL. —Caballero,  
 yo no, que soy buen muchacho,  
 gran comedor de tocino,  
 apasionado del vino  
 y con fama de borracho.  
 ¿Yo alquimista?... ¡San Onofre!  
 Si ya ni la tez me brilla,  
 y no hay blanca ni amarilla  
 en la bolsa ni en el cofre!  
 Para mí la vida es broma:  
 el placer es mi tesoro;  
 más no espero sacar oro  
 de un crisol ni una redoma;  
 ni consulto á las estrellas  
 sobre mi suerte futura:  
 tengo por cosa segura  
 que más que yo mienten ellas.

- COMI. —Está bien.
- D. JUL. (Mirando al Rey) —Si al hechicero  
— intentáseis encontrar...
- EL REY. —Te mato si á delatar  
(Acercándose á D. Julita y hablándole al oído.)  
llegas á tu compañero.
- COMI. —¿Y tú?... ¡Descúbrete! (Al Rey.)
- EL REY. (Ap.) —¡Amor  
cuanto me debes!
- COMI. —¡Mi saña  
verás!
- EL REY. —Scy el Rey. (Descúbrese.)
- D. JUL. —De España  
y de las Indias.
- COMI. (Cayendo de rodillas.) —¡Señor!  
Perdonad... (Ap.) ¡Quien conociera  
su excelsitud...!
- D. JUL. —Críminales  
os hicísteis. ¿Los modales  
de un rey son los de un cualquiera?  
Eres un gran mentecato  
y no tienes porvenir,  
pues no sabes distinguir  
las gentes por el olfato.
- COMI. —No pasemos adelante.  
¿Y si el Rey es Rey fingido  
cuyas formas ha querido  
adoptar el nigromante?  
¿No sabe hacer de las suyas  
Belcebú?
- EL REY. —¿Qué estás hablando?
- COMI. —De parte de Dios te mando  
que á tu ser te restituyas. (Al Rey.)

- D. JUL. —No decid más disparates.  
 LA REINA. —¡Qué vergüenza, qué aficción!  
 D. JUL. —Señores: la Inquisición  
 es una casa de orates.  
 EL REY. —¡Vive Dios, viles bribones (Gretando.)  
 que mi paciencia se apura!  
 COMI. —Pues nó, Satanás no jura  
 ni tiene tales pulmones.  
 (Cae de nuevo de rodillas.)
- COMI. Y 1.<sup>er</sup> {  
 ALGUA. { —¡Viva el Rey!  
 LOS OTROS {  
 ALGUA. { —¡Y muera el diablo  
 en nuestrás hogueras!
- EL REY. —Basta de vivas y mueras. (Con ira.)  
 D. JUL. —Si pronuncian un vocablo  
 es una barbaridad.  
 EL REY. —No respetan Rey ni roque.  
 COMI. —En la gran piedra de toque  
 se probó su Magestad.

(El Rey se cubre de nuevo y se adelanta para salir por la puerta de la izquierda. D. Fernando entra por ella furioso y con la espada desnuda, encarándose con el Rey. La Reina permanece en el fondo. D. Julita se queda al lado derecho cerca del Comisario de la Inquisición que se detiene un momento.

ESCENA XVI.

*Los mismos. Don Fernando.*

Música.

- D. FER. —¡Bribonazo, bribonazo,  
 ya verás lo que es mi brazo!  
 Venga pues  
 sin excusas esa dama,  
 que mi fama

no has de hollar con esos pies.

CORO. —¡El es, él es, él es!

COMI. —¡Sus! alanos ¡sus! alanos  
que las manos  
no le valgan ni los pies.

CORO. —¡Sus! alanos ¡sus! alanos  
que las manos  
no le valgan ni los pies.

(D. Fernando después de un momento de duda se adelanta hácia la Reina intentando reconocerla. El Rey se pone delante sacando la espada.)

EL REY. —Vete, vete, desdichado,  
que aquí llegas engañado.

D. JUL. —Andad pues. (A los Inquisidores.)

D. FER. —Vengo en busca de mi fama

EL REY. —Esta dama  
no es la dama que tú crees.

D. JUL. —Andad pues  
que es el génio del abismo.

COMI. —¿Es?...

D. JUL. —¡El mismo!  
¡A una, á dos, á tres!

CORO. —¡El es, él es, él es!

COMI. —¡Sus! alanos ¡sus! alanos  
que las manos  
no le valgan ni los pies.

CORO. —¡Sus! alanos ¡sus! alanos, etc.

(Los inquisidores se apoderan de D. Fernando.)

D. FER. —¡Villanos!  
¡Traición!

COMI. —Cogedle  
y atadle:  
prendedle  
matadle  
y hacedle

- carbón.
- CORO. —Cogedle  
y atadle, etc.
- D. FER. —¡Infames!  
¡Traición!
- D. JUL. —Bien hecho,  
señores.
- D. FER. —Traidores.
- LA REINA. —¡Perdón!
- EL REY. —La suerte  
se muda:  
acepto  
la ayuda  
de aquesta  
legión.
- D. JUL. —Bien hecho,  
señores.
- D. FER. —¡Traidores!
- LA REINA. —¡Perdón!
- EL REY. —La suerte  
se muda:  
acepto  
la ayuda  
de la Inquisición.
- COMI. —Cogedle  
y atadle, etc. (Le atan.)
- CORO. —Cogedle  
y atadle, etc.
- LA REINA. —Salvadle, salvadle. (Con calor al Rey.)  
Señor ¡oh desdicha!  
que buscando viene  
la oveja perdida.
- EL REY. —Mañana, mañana,

- pues hoy en sus iras  
demente, su acero  
es fácil que esgrima.
- D. JUL. —Si de estas marañas  
yo salgo con vida  
no más embelecocos  
ni más bazarrias.
- COMI. —Atadle las manos  
al brujo alquimista.
- CORO. —Atemos las manos  
al brujo alquimista.

### ESCENA XVII.

*Los mismos. Doña Blanca. Ramiro que sale un momento después.*

- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Mi hermano! ¿Qué es esto?  
(Adelantándose hacia el Rey.)  
¡Justicia, justicia!
- RAM. —Yo soy el llamado  
bufón y alquimista.  
(Acercándose á los inquisidores que se detienen.)
- D. FER. —¡Oh pérfida hermana!  
¡Mujer fementida!  
Tus locos amores  
serán tu ruina.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Señor, perdonadle  
si ciego delira.  
¡Quien su sangre vierta  
verterá la mía!
- RAM. —¡El es inocente!  
No más le persigan  
por ajenas culpas.  
¡Justicia, justicia!  
Yo soy el llamado

bufón y alquimista.

LA REINA. —Salvadle, salvadle  
Señor ¡oh desdicha! etc.

EL REY. —Mañana, mañana  
pues hoy en sus iras, etc.

D. JUL. —Si de estos enredos  
yo salgo con vida  
no más mocedades,  
no más bazarrias.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Señor: perdonadle  
si ciego delira, etc.

D. FER. —¡Oh pérfida hermana!  
¡Mujer fementida!

RAM. —¡El es inocente!  
no más le persigan, etc.

(A una seña del Rey los inquisidores siguen su camino, llevándose á  
D. Fernando.)

CORO. —Atemos las manos  
al brujo alquimista.

(Cae el telón.)

## ACTO TERCERO

Sala de Palacio; la misma decoración del primer acto.—Al levantarse el telón aparecen Roseto, el Conde de Mirallos, el Marqués de la Florida, D. Julita y demás cortesanos, Ibrahim y el negro.

### ESCENA I.

*Los dichos.*

Música.

CORO. —Vamos á la guerra

- con el catalán,  
que un sólo enemigo  
no habrá de quedar.
- D. JUL. —A las doncellas  
puras y bellas  
con noble ardor  
haré yo amante  
guerra constante  
de dulce amor.  
«¡Qué delicia  
celestial  
los amores  
tiernos dan  
de una púdica  
beldad!»  
los platónicos  
dirán.
- CORO. —Vamos á la guerra  
con el catalán, etc.
- D. JUL. —Mientras vosotros  
sobre los potros  
dais en correr  
yo en los jardines  
entre festines  
canto el placer.  
¡Qué delicia  
celestial, etc.
- CORO. —Vamos á la guerra,  
con el catalán,  
que un sólo enemigo  
no habrá de quedar.
- Hablado.
- Ros. —Voy á decirte un secreto.

- CONDE. —¿Es un secreto de Estado?  
 ROS. —¡Mucho más!  
 CONDE. —Dímelo pronto.  
 ROS. —Que estoy chispo.  
 CONDE. —Pues mi brazo  
 toma y apóyate. (Tambaleándose.)  
 ROS. —Tú  
 también estás achispado.  
 CONDE. —Yo nó, que estoy más derecho  
 que un San Juan en un retablo.  
 CORT. 1.º —¡Pues no corre un airecillo (id.)  
 que se lleva hasta los cascos  
 de mi cabeza!  
 D. JUL. —¡Detente, (id.)  
 no te desboques caballo!  
 MAR. —Debe de haber terremoto,  
 pues dá vueltas el Palacio.  
 D. JUL. —No me empujes.  
 MAR. —Si es el duende  
 ó las brujas ó los diablos.  
 IBRAHIM. —O yo estoy algo barlú  
 ó está el mundo muy borracho.  
 ROS. —Con este vino de Oporto  
 me achispé. Yo dije: ¿Cuando  
 nos vemos en otra?  
 CONDE. —¡Cierto!  
 Que está el negocio muy malo,  
 y pronto los portugueses  
 nos van á dar ¡buenos tragos!  
 D. JUL. —Convite de embajadores  
 este fué; más ¡por dios Baco  
 que todos con el vinillo  
 diversas lenguas hablamos!

- ROS. —Comiendo y bebiendo así  
no hay duda que nuestros pasos...  
(Tropieza.)  
grandes *progresos* auguran  
que no estarán muy lejanos.
- IBRAHIM. —¡Secretario!
- NEGRO. —¿Vuecelencia  
que me manda?
- IBRAHIM. —Secretario,  
¿porqué tropiezas?
- NEGRO. —Yo imito  
á vuecelencia, mi amo:  
ucencia beber, yo bebo;  
ucencia cantar, yo canto;  
ucencia tambalearse,  
yo me voy tambaleando.
- D. JUL. —También hay lealtad *en negro*
- NEGRO. --Como traiciones *en blanco*.
- ROS. —¿Y este moro bebe vino?
- IBRAHIM. —Sí, soy filósofo.
- ROS. —¿Rancio?
- IBRAHIM. Moderno.
- ROS. —Más ¿de qué secta?
- IBRAHIM. --De la mejor, baconiano,  
y sé bien que en el Coram  
hay puntos negros y pardos.  
Español soy: en Granada  
de una mora y un gitano  
nacé, pero deseoso  
de vivir cual hombre honrado  
me fui á Constantinopla  
para hacerme millonario.
- CONDE. —¿Y lograste?...
- IBRAHIM. —En ocho días

- me tragué cuarenta barcos.
- MAM. —¿Y no fuísteis á presidio?
- IBRAHIM. —No señor: bien al contrario, pues el sultán exclamaba: «¡es muy listo ese muchacho, y su talento merece protección!»
- ROS. —¡Bravo!
- D. JUL. —¡Muy bravo!
- IBRAHIM. —Y al instante fuí ministro, porque aquel monarca sábio dijo «si de España viene deberá ser un maestrazo... en las cuestiones de Hacienda.»
- ROS. —¡Oh sultán digno del mármol y el bronce!
- IBRAHIM. —Por eso he sido un gran ministro del ramo.
- D. JUL. —¿De Hacienda?
- IBRAHIM. —Sin duda alguna: de ese que adorna las manos.
- D. JUL. —¿Y hoy eres Embajador?
- IBRAHIM. —Eminente diplomático. Español y turco soy: allí junté y aquí engaño, allí ejercito la industria y aquí miento con buen ánimo.
- D. JUL. —Pues cántanos una copla de tu tierra.
- IBRAHIM. —Voy volando.
- Música.
- Me dices que no me quieres  
y cariñosa me miras,

y si tus labios me matan  
 tus ojos me resucitan.  
 Vano será que mañana  
 quieran labrarme una tumba.  
 ¡Mas muerto que estoy ahora  
 quien piensa que estaré nunca!

Hablado.

- ROS. —¡Bravo!  
 CONDE. —¡Bien!  
 D. JUL. —¡Muy bien, salero!  
 ¡Qué granadino tan majo!  
 Ahora tú: canta negrito.  
 IBRAHIM. —Canta, así sea de Pilatos  
 las agonías.  
 NEGRO. —Si yo  
 no ser canónigo macho,  
 ni sacristán-abejorro,  
 ni sochantre, ni monago.  
 IBRAHIM. —Pues báilame un zarambeque  
 ó sinó, perro mulato,  
 pronto te dejo cesante.  
 NEGRO. —Eso no, que canto y bailo.

Música.

A la blanquita  
 mas seductora  
 pedí una cita  
 con tierno afan,  
 y en el instante  
 fuí á sus puertas  
 muy elegante  
 fino y galán.  
 ¡Ay si la viera

con gracias mil  
tan hechicera  
linda y gentil!  
Pero no hablaba  
la niña hermosa,  
y me miraba  
con gran pasión;  
y yo sentía  
que dando saltos  
se deshacía  
mi corazón.  
Ay si la viera  
con gracias mil! etc.  
Más en las flores  
de su semblante  
fuego de amores  
vivo encendí,  
y en dulces lazos  
el alma presa  
dióme los brazos  
antes que el sí  
¡Ay si la viera  
con gracias mil  
tan hechicera  
linda y gentil!

Hablado.

- MAR. —Está bien: vale un imperio  
el negrito enamorado.
- D. JUL. —Y es un hombre que lo entiende,  
que se vá derecho al grano.
- IBRAHIM. —Cuando yo le digo á usías  
que es un moreno... muy largo,

- y que sabe á todas horas  
donde le aprieta el zapato...
- NEGRO. —En cuestión de galanteos  
no ceder al castellano;  
en otros sí..., verbigracia...  
si ser negocio de cuartos.
- D. JUL. —Pues nos ha dejado el negro  
sin color.
- CONDE. —O colorados.
- ROS. —No, que rosas en la cara  
no es adorno cortesano.
- IBRAHIM. —Caballeros, yo me voy  
porque de risa me caigo.  
(Váse apoyado en el negro y todos los demás le siguen.)

## ESCENA II.

*La Reina. Ramiro.*

- RAM. —Vuestra Magestad, Señora,  
pagar puede mis cuidados  
con hacer de ellos aprecio.
- LA REINA. —No Ramiro: no habrá pago  
que corresponda al servicio  
que me hiciste
- RAM. —Vuestro agrado.
- LA REINA. —Y que á la Nación has hecho.
- RAM. —Deuda es siempre de un hidalgo  
servir al Rey y á la patria.
- LA REINA. —¡Conde-Duque, ya triunfamos!
- RAM. —Aun no cantemos victoria,  
Olivares es osado  
y ha de hacer grandes esfuerzos.
- LA REINA. —Pero serán todos vanos,  
serán inútiles todos,

- RAM. —Quizás está preparando un golpe para perderme. En aqueste mar turbado de la Corte, la Fortuna viene y vá cual por ensalmo, y apenas media una línea entre el sόlio y el cadalso.
- LA REINA. —Son muchos, son poderosos los que siguen nuestro bando.
- RAM. —Ellos serán, si caemos, los mayores adversarios.

### ESCENA III.

*Los mismos. El Rey.*

- EL REY. —Gracias á Dios que consigo no estar en medio de un campo de Agramante. Cara esposa, ya no ha de costarme caro el veros.
- LA REINA. —Si es para un hombre ser feliz lo más barato...
- EL REY. —No así cuando está en el Trono. Yo reino; pero no mando en mis gustos; más no quiero ser filósofo.
- LA REINA. —Aprobado.
- EL REY. —Pensemos sólo en las fiestas.
- RAM. —Es lo mejor.
- EL REY. —Me complazco en celebrar hoy las paces con vos.
- LA REINA. —A fe que me espanto,

- porque... ¡guerra entre nosotros!...  
No debemos ni pensarlo.
- EL REY. —Con los fieros catalanes  
voy á ser nuevo Alejandro.
- LA REINA. —Así, señor, ganareis  
grande fama, eternos lauros.
- EL REY. —Y por cierto que un pceta...  
tu ilustre recomendado... (A Ramiro)  
hará que pase mi nombre  
entre vítores y aplausos  
á los siglos más remotos,  
pues ya le tengo nombrado  
mi cronista.
- RAM. —Gran monarca  
¿y qué hareis de D. Fernando  
que está por mí padeciendo
- EL REY. —Dejadle.
- RAM. —¡Señor!
- EL REY. —No es malo  
que aprenda, pues mucho gana  
si consigue hacerse un mago.
- RAM. —Poco, señor, le quereis,  
porque supo ser hermano...
- EL REY. —Tú sí que le quieres mucho.
- RAM. —Le quiero como á cuñado.
- EL REY. —Y *acuñado* ¡gran cariño!
- RAM. —Más miro en él mi retrato  
y *en efígie* padeciendo  
estoy yo.
- EL REY. —Pues bien, le salvo;  
aunque desnudó su espada  
contra un Rey...
- RAM. —Enmascarado.

LA REINA. —A cuidar de Blanca voy,  
que temo los arrebatos  
de un noble siempre furioso  
con el honor en los labios. (Váse.)

#### ESCENA IV.

*El Rey. Ramiro.*

EL REY. —Ya que hemos quedado solos  
tengo que hablarte y aguardo  
tu opinión.

RAM. (Aparte.) —(¿Qué irá á decirme?)  
Hablad, señor. (Alto.)

EL REY. —He formado  
un plan. Como aquel suceso  
tuvo al fin visos de escándalo  
intento dar un marido  
á doña Blanca.

RAM. (Aparte.) —(¡Dios santo!)  
¿Le habeis el amor perdido?

EL REY. —Eso nunca. Soy esclavo  
de su hermosura: me rindo  
al poder de sus encantos,  
porque la Reina.

RAM. —¡Oh señor!  
sus altas dotes alabo:  
es entre todas las damas  
como el sol entre los astros.

EL REY. —Pero de noche y de día  
me rodea con sus rayos,  
y á fe que cansa y aburre  
un sol que no tiene ocaso.

RAM. —Dadme, dadme vuestro anillo,

que nos hemos olvidado  
de ese mártir inocente  
á quien cuelgan los milagros  
que hice yo.

EL REY. (Se lo dá.) —Toma. (Por cierto  
que tu interés mucho extraño.  
Sin duda que á veras toma  
el cuento que hemos forjado  
para engañar á la Reina,  
que agradece tal engaño,  
y ser galán se figura  
de mi adorada. Sepamos.)

RAM. —¿Y quién vá á ser el esposo  
de Blanca. (¡Tiemblo!)

EL REY. —Juzgando...  
Pero ya viene la Corte:  
lo sabrás dentro de un rato

### ESCENA V.

*Los mismos. Roseto, el marqués de la Florida, el Conde de  
Mirallós. Damas y demás cortesanos. Máscaras.*

Música

CORO. —Salud al gran monarca  
tan noble y justiciero,  
que en hábito guerrero  
visita al catalán:  
salud al ingenioso  
ilustre favorito.

1.<sup>a</sup> DAMA. —¡Qué sábio!

2.<sup>a</sup> —¡Qué bonito!

3.<sup>a</sup> —¡Qué atento!

4.<sup>a</sup> —¡Qué galán!

(Los cortesanos dan á Ramiro la mano; éste saluda á las damas y se retira.)

- EL REY. —Yo espero que mis súblitos  
me sigan á la guerra.
- CORO DE HOMBRES. {—Señor, en esta tierra  
no ha de quedar mujer,  
ni anciano ya decrépito,  
ni niño en la lactancia  
y la orgullosa Francia  
verá vuestro poder.
- CORO DE DAMAS. {—Iremos allí todas  
cantando las endechas  
á Francia.
- EL REY. —Y ¡ay qué flechas  
las que sabeis lanzar!  
Pues ya nada se logra  
con tajos y reveses  
¡ay tristes los franceses  
si os llegan á mirar!
- CORO. —Verán todos los siglos (Con decisión.)  
nuestro marcial denuedo.
- EL REY. —No habrá quien tenga miedo  
luego que suene el ¡bum!
- CORO. —¡Bum, bum, bum, bum! (Tristes.)
- EL REY. —Mirad que de este baile  
es bárbara la orquesta  
y es lúgubre la fiesta.
- CORO. —Según, según, según. (Desanimados.)  
Tal vez será posible  
que míseros villanos  
se olviden de sus manos  
en honra de sus pies.
- MAR. —Acaso tan cobarde  
podrá ser un coplero.
- ROS. —Y un noble caballero,

- dignísimo Marqués.
- 1.<sup>a</sup> DAMA. —Más siempre oler á pólvora  
no es grato.
- CORO. —No por cierto.
- EL REY. —Y un muerto y otro muerto  
mirar aquí y allí.
- CORO. —Y un muerto y otro muerto, etc.
- EL REY. —Pasando malos días,  
pasando noches malas;  
¡y el silbo de las balas  
que siempre dicen *sí!* (Imitándolo.)
- CORO. —¡Sí, sí, sí, sí, sí, sí!
- EL REY. —Pues ellas son señoras  
de condición amable;  
pero es más envidiable  
mil veces juzgo yo,  
que busquen á mis prójimos  
con lívidos reflejos  
y que al pasar de lejos  
me digan ¡nó, nó, nó!
- CORO. —¡Nó, nó, nó, nó, nó, nó!  
Qué habrá lucidos bailes  
y espléndidos festines  
en mágicos jardines  
de rosas y azahar,  
y caza con antorchas  
en bosques florecientes  
de límpidas corrientes  
con blando murmurar;  
y luego gran Filipino,  
habrá justas y toros,  
comedias en que moros  
saldrán á relucir;

y máscaras y fuegos  
y dulces serenatas  
y niñas poco ingratas  
de bello porvenir.

EL REY. —¡Muy triste es el morir!

CORO. —¡Muy triste es el morir!

EL REY. —Si tal hechizo tiene  
la cortesana vida,  
si el mundo nos convida  
al goce de un eden,  
¿quién es el insensato  
que pide á los cañones  
marciales diversiones?  
¿Quién es? Decidme quién.

CORO. —¿Quién es el insensato  
que pide á los cañones  
marciales diversiones?  
¿Quién es? Decidme quién.

(Retirase el Rey y pasea por el fondo. Roseto, el Marqués y el Conde quedan á la derecha del espectador. Los demás cortesanos y damas pasean por el teatro.)

Hablado

MAR. —¡Mira el Marqués de la Rada (A Roseto.)  
cómo viene á la función!  
Con su Violante violada  
está tocando el violón.

ROS. —Por eso sin duda él  
muy tierno y sentimental  
lleva ¡oh bizarro doncel!  
la violeta en un ojal.

CONDE. —Ordoñez va con su Rosa...  
y diz que no anda derecha;  
apesar de que es hermosa

sólo por ser contrahecha.  
 Ros. —Cómo comprenden mi afán  
 de hacer sátiras, que es vicio,  
 el vil diploma me dan  
 de maldiciente de oficio.

### ESCENA VI.

*Los mismos. D. Julita que entra enmascarado por el fondo, con el traje de valenciana que sacó doña Blanca en el primer acto y la firmeza en el pecho. El Rey sigue á don Julita hasta llegar á encontrarle en el lado izquierdo: en el derecho quedan Roseto, el Marqués y el Conde hablando en voz baja durante toda esta escena. Las damas 1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> ocupan el fondo del teatro.*

DAMA 1.<sup>a</sup> —¡La valenciaua!... Mirad.  
 Viene ostentando firmeza  
 y al fin por su Magestad  
 ha perdido la cabeza.

DAMA 2.<sup>a</sup> —Observad. Se acerca el Rey.

DAMA 1.<sup>a</sup> —Ya están hablando los dos.

DAMA 2.<sup>a</sup> —Y se olvidan de la ley...

DAMA 3.<sup>a</sup> —¿De cual?

DAMA 2.<sup>a</sup> —De la ley de Dios.

DAMA 1.<sup>a</sup> —¡Dicen que se adoran tanto!...  
 y... si bien yo no lo he visto...  
 ella no es santa... él no es santo...

DAMA 3.<sup>a</sup> —¡Qué lenguas, válgame Cristo!

DAMA 2.<sup>a</sup> —¿Qué dirá el hidalgo fiero,  
 el de la vista de lince?

DAMA 1.<sup>a</sup> —Dirá que es un caballero.

DAMA 2.<sup>a</sup> —Se entiende. Del siglo quince.

(Siguen hablando bajo. El Rey en tanto se ha acercado á D. Julita. Poco después las damas se retiran confundiendo con la multitud y Ro-

seto, el Marqués y el Conde, observando atentamente al Rey y á D. Julita se acercan aunque poco.

EL REY. —¡Blanca hermosa!

D. JUL. —¡Rey Apolo!

EL REY. —Por tu belleza suspiro.

D. JUL. —(¡Y yo que pensaba sólo (Aparte.)  
dar un buen chasco á Ramiro!)

EL REY. —Sabrás que muy pronto parto  
para la guerra.

D. JUL. —Señor,  
bien se vé que ya estais harto  
de las guerras del amor.

EL REY. —Apesar de mi ternura  
sólo encuentro ingraticudes.

D. JUL. —¡Oh monarca sin ventura!  
¿Dónde hallais tantas virtudes?  
Manifestadme esas perlas  
imán de vuestros antojos.  
¿Quienes son? Daré por verlas...  
las niñas de mis dos ojos.

EL REY. —(¡Oh pues antes no tenía (Aparte.)  
tan halagüena retórica!)

D. JUL. —Una Lucrecia en el día  
será... la mujer prehistórica  
que quizás viva en el cielo;  
pero yo sigo una secta  
para quien es el modelo  
de la coqueta perfecta.  
Si el candor modesto hechiza  
la virtud altiva empacha.

EL REY. —(¡Por Dios que se civiliza (Aparte.)  
con rapidez la muchacha!)

D. JUL. —Más ¿quién es el serafín  
que os causa tanto tormento?

- EL REY. —Tú, tú sola, y quiero al fin proponerte un casamiento.
- D. JUL. —Pues yo soy muy delicada.
- EL REY. —Ya ves que no te importuno con mi amor.
- D. JUL. —Y no me agrada  
*del Rey abajo ninguno.*
- EL REY. —¿Te gustará D. Julita?
- D. JUL. —No, señor, que me dá asco.
- EL REY. —¿Por qué?
- D. JUL. —Sólo porque imita á las mujeres. (*Aparte.*) ¡Qué chasco!
- EL REY. —No pienso yo como tú.  
¡Tiene una gracia y un pico!...  
Y luego, vale un Perú.  
manejando...
- D. JUL. —El abanico. (*Una pausa.*)  
Es un loco.
- EL REY. —Es caballero.
- D. JUL. —Perdónenme sus espaldas;  
pero, señor, yo no quiero  
marido que tenga faldas.
- EL REY. —Esa es frívola disculpa.
- D. JUL. —Es la mayor.
- EL REY. —Es mi gusto...
- D. JUL. —Mal gusto teneis. ¿Qué culpa yo cometí? Sois injusto.  
Si fuese Ramiro, os hablo  
con franqueza, satisfecho  
os dejára.
- EL REY. —¡Con el diablo  
quieres tú partir el lecho!
- D. JUL. —Tal vez.

- EL REY. —¿Le tienes amor?  
¡Mira que serás maldita!
- D. JUL. —¿Dónde hay demonio mayor  
que un marido hermafrodita?
- EL REY. —Es D. Julio hombre muy manso.
- D. JUL. —Pues pocas tierras posee.
- EL REY. —Las poseerá. Su descanso  
y aumento procuraré.
- D. JUL. —Cual á esposo le saludo  
si él acepta el himeneo.
- EL REY. —Será muy noble.
- D. JUL. —Lo dudo.
- EL REY. —Será muy rico.
- D. JUL. —Lo creo.  
Oro, poder y grandeza  
ganaré. Por verlo rabio.  
(Y todo con mi cabeza... (Aparte.)  
¡Qué digan si no soy sabio!)  
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA VII.

*Los mismos. D. Fernando que entra por el lado derecho y se dirige al grupo que forman Roseto, el Marqués, etc.*

- D. FER. —¿Y mi hermana?  
MAR. —Tu hermanita  
ya goza de la privanza.  
Mírala allí: por bonita  
láuros y mirtos alcanza
- D. FER. —¿Con el Rey?  
CONDE. —Con el Rey mismo.
- D. FER. —¿De máscara? ¿Con careta?  
ROS. —Nuestro Rey...
- D. FER. —¡Abrete, abismo!

- Ros. —Prescinde de la etiqueta:  
es muy fino, muy galante,  
y sabe que siempre son  
las caretas del semblante  
cristales del corazón.
- D. FER. —¡Vil hermana! ¿no te asombras?
- CONDE. —¿Y de qué? ¡viven los cielos!
- D. FER. —De que la miren las sombras  
de sus veinte y cinco abuelos.
- MAR. —Si en los infiernos están,  
ó en la gloria que es mejor,  
muy poco tiempo tendrán  
para pensar en tu honor.

(D. Fernando se separa de ellos y se dirige al fondo mirando al sitio donde supone está su hermana. Roseto, el Marqués, etc., le siguen con la vista, figurando hablar bajo con risas y gestos de alegría.)

- D. FER. —Y es ella... no cabe duda...

(Muy pausadamente.)

Vestida de valenciana...

Ya mi daga está desnuda (Lo hace.)

¡Tiembla, tiembla vil hermana!

(Una pausa y enva ina.)

¡Y la firmeza... y el lazo! ..

Está escrita su sentencia.

La mataré de un abrazo

ante el Rey, en su presencia. (Acércase.)

Vengo á besaros, señor (Al Rey.)

por la merced recibida

los pies, y á mostrar mi amor

á esta hermana tan querida.

(Abraza á D. Julita.)

- EL REY. —(Ha llegado en el momento (Aparte.)  
de declararla formal...)

D. JUL. —¡Mucho aprietas!

EL REY. (Aparte.) —¡Oh!... Ya siento

que no esté en el tribunal! (Se retira un poco.)

- D. JUL. —¡Que me matas (Con precipitación.)
- D. FER. —¡Si te adoro!
- D. JUL. —Mis costillas!
- D. FER. —¡Qué arrebató!
- D. JUL. —¡Mis pulmones!
- D. FER. —¡Mi tesoro!...
- No dirás que he sido ingrato.
- D. JUL. —¡Que me ahogas! (Con desfallecimiento.)
- D. FER. —Es cariño.
- D. JUL. —¡Que me estrangulas!
- D. FER. —¡Placer!
- D. JUL. —¡Cesa por Dios!
- D. FER. —Soy un niño.
- D. JUL. —¡Qué bruto!
- D. FER. —¡Si esto es querer!
- D. JUL. —¡Ay Jesús!
- EL REY. —¡Qué confusión! (Mirando.)
- D. JUL. —Estoy muerto.
- D. FER. —Yo estoy loco.
- D. JUL. —¡Que me asesinan! (En tono trágico.)
- EL REY. (Desnudando la espada.) —¡Traición!
- (Los cortesanos desnudan sus espadas y acuden. Cáesele la careta á D. Julita.)
- TODOS. —¡El Rey llama!
- D. FER. (Sorprendido.) —¡Poco á poco!
- (Momento de suspensión.)

Música.

- D. FER. —Perdonadme. Yo creía...
- EL REY. —¡Maldición!
- D. JUL. —Tísico estoy.
- CORO. —¡Oh que chasco te has llevado!
- D. FER. —¡Oh que estúpido que soy!
- CORO. —Sin que lo jures

- todos lo creen.  
 Eres muy bruto  
 y lo has de ser  
 per omnia secula.
- D. FER. —¡Amén. Amén!  
 EL REY. —¡Valiente chasco (Desimpresionado.)  
 les dí! (Aparte.) Llevé.  
 ¿Quieres casarte? (A D. Julita.)
- D. JUL. —¡Bruto, cruel!  
 EL REY. —Yo te he buscado  
 linda mujer.  
 (Que no conozcan (Aparte.)  
 que me enojé.
- D. JUL. —Sólo ya soy un cadáver  
 y me espera el panteón:  
 en pie tenerme no puedo:  
 dadme el brazo por favor. (Se lo dan.)
- CORO. —Mira cuan rústico eres  
 que matas de un apretón  
 y sin saber á quien matas.
- D. FER. —¡Oh que estúpido que soy!  
 D. JUL. —¡Que llamen á un cirujano,  
 que llamen á un confesor:  
 de camino iré diciendo  
 el acto de contrición!  
 ¡Que me enderecen al punto  
 las costillas, pues se yo  
 que estarán hechas un aro!  
 ¡Que pongan á mi pulmón  
 un remiendo, muchos, muchos!  
 ¡Ay qué fatigas, qué tos (Tose.)  
 qué visiones, qué mareos  
 qué angustias y qué dolor!

- CORO. —Mira cuán rústico eres  
que matas de un apretón  
y sin saber á quien matas.
- D. FER. —¡Oh que estúpido que soy!
- EL REY. —El ver á este par de bichos,  
y batiéndose los dos  
es de estas fiestas la parte  
que ofrece más diversión.
- D. JUL. —Yo estoy malo, muy malito,  
sangradme sin dilación.  
Dadme leche, dadme caldo,  
dadme sustancia de arroz,  
agua fresca de cebada  
pues me muero de aprensión.  
Yo sin duda escupo sangre,  
hético y tísico estoy:  
que me lleven á una cama  
y que llamen á un doctor.
- CORO. —Mira cuan rústico eres, etc.
- D. FER. —¡Oh que estúpido que soy!
- EL REY. —El ver á este par de bichos  
y batiéndose los dos  
es de estas fiestas la parte  
que ofrece más diversión.

(El Marqués y el Conde toman cada uno de un brazo á D. Julita y con gesto cómico le sacan de la escena por la derecha. Todos los cortesanos y damas le sigan riendo y abandonan el salón. El Rey va á retirarse por el fondo; pero en aquel instante entra Olivares que se le pone delante de rodillas.)

### ESCENA VIII.

*El Rey. Olivares.*

- OLIV. —Perdonad, señor, si siempre  
se manifiesta importuno

de todos vuestros vasallos  
el más leal.

EL REY. (Aparte.) —¡Buen saludo!

OLIV. —¿Quereis vos hacer justicia?

EL REY. —Yo siempre quise ser justo  
que es la Justicia en Dios mismo  
el más hermoso atributo.  
Habla pues y nada temas.

OLIV. —¿Aunque con rostro sañudo  
debais mirar los objetos  
que amásteis más en el mundo?

EL REY. —Habla. ¿Qué piensas?... ¿Qué dices?

OLIV. —Un gran delito os denuncio;  
más me detiene el respeto  
y el dolor me pone mudo.  
Yo que fui de aquí esta nave  
y en ello cifro mi orgullo,  
por tantos años piloto...

EL REY. —Más no fuiste un Palinuro

OLIV. —Los siglos, señor, los siglos  
me juzgarán.

EL REY. —¡Buen recurso!

que habrá de verse tu pleito,  
y caerá fallo absoluto  
cuando gocen ambas partes  
de la paz de los sepulcros  
y España de sus ruinas.

OLIV. —Aunque me dejais confuso  
con esas razones, debo  
confesar...

EL REY. —¡Oh qué disgusto  
me causas!

OLIV. —Que soy el mártir

de la lealtad.

EL REY. —¡Buen discurso!

OLIV. —Yo por serviros no duermo  
ni descanso: me consumo  
por ser útil y agradaros;  
y así estoy que me trasluzco,  
Vedme siempre caviloso  
y siempre meditabundo,  
siempre desinteresado,  
siempre leal, siempre puro;  
pero de tantos afanes  
otros cogen hoy el fruto  
que no es pequeño... Ramiro...

EL REY. —¡Buen sermón, yo te lo juro!  
Pero...

OLIV. —Decid una sílaba  
y su nombre no pronuncio...  
Ramiro...

EL REY. —Tiene talento.

OLIV. —Es verdad.

EL REY. —Hombre profundo  
posée las ciencias.

OLIV. —Ocultas,  
que para fines ocultos  
le sirven.

EL REY. —Es un gran hombre.

OLIV. —Bien lo sé.

EL REY. —Me agrada mucho.  
En las letras y en las artes  
se distingue.

OLIV. —No lo dudo.  
Como que debe al infierno  
su saber.

- EL REY. —Eso es absurdo.
- OLIV. —Pronunciad una palabra si quereis, y no le acuso.
- EL REY. —¿De qué puedes acusarle?
- OLIV. —De su traición.
- EL REY. —¡Buen asunto!
- OLIV. —¡Es tan grave su delito!
- EL REY. —Ya sus crímenes calculo cuales son: no me los digas: bien los sé: rinde tributo de amores á una doncella en quien su monarca puso los ojos.
- OLIV. —Es su perfidia más negra, que los impulsos del amor son harto nobles para el espíritu inmundo que de ambiciones bastardas se somete al férreo yugo. Finge amar; pero aborrece.
- EL REY. —¿Y á quién?
- OLIV. (Balbuceando.) —¿A quién?... Yo me turbo. ¡A... la... Rei...na!
- EL REY. —¿Qué dijiste?  
¡Pruebas!... Las pruebas al punto, ó perderás la cabeza bajo el hacha del verdugo!
- OLIV. —Tiene en su poder las joyas de la Reina.
- EL REY. —(Disimulo en este caso es preciso.)
- OLIV. —Ved esta carta que pudo un criado sustraerle. (Entrega una carta al Rey.)

- EL REY. —¡Cielos... cielos!... (Lée.) «En lo oscuro  
quiero de la noche hablaros.»
- OLIV. —Y es muy amigo del Turco  
y espía de Richelieu.
- EL REY. —Pues yo veré si este nudo  
fatal ó corto ó desato.  
¡Silencio ó mueres! (Colérico.)
- OLIV. (Aparte.) —(¡Yo triunfo!)  
(Vanse por el fondo.)

**ESCENA IX.**

*Ramiro que entra por la izquierda, y un momento después  
Doña Blanca.*

- RAM. —¿Venceremos?... ¡Dios lo sabe!  
El mar que atrevido surco  
es proceloso y terrible.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Por todas partes te busco,  
Ramiro, luz de mis ojos.
- RAM. —¡Deidad á quien rindo culto!
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Cesaron ya los temores,  
las penas, los infortunios,  
las lágrimas .. pero veo  
tu semblante taciturno!  
¿No me adoras? ¿No te alegras?
- RAM. —¡Tanto bien!
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Siempre fué tuyo  
mi corazón. Hoy mi mano...
- RAM. —¡Oh tesoro sin segundo!
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Pondrá colmo á tu ventura.
- RAM. —¿Será verdad?
- D.<sup>a</sup> BLAN. — Es seguro.  
la Reina me lo promete,

- y sin perder un minuto  
á ver al Rey se dispone.
- RAM. —Serán sus esfuerzos nulos  
¿No te ama el Rey?
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Sus caprichos  
pasan ligeros, son humo.
- RAM. —Después que se satisfacen  
los apetitos impuros:  
antes no.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Ten confianza  
en el cielo.
- RAM. —Triste anuncio  
me dá el corazón. En vano  
regocijarme procuro.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Por Dios que ya me entristeces!  
¿Estás loco?
- RAM. —Yo me fundo.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Al principio tan osado  
y al fin tan débil, tan mústio.
- RAM. —Hoy es muy grande el peligro,  
si grandes son los conjuros  
que yo empleo.
- D. FER. (Dentro.) —¡Miserables!
- RAM. —No mintieron mis augurios.

### ESCENA X.

*Los mismos. D. Fernando entrando.*

- D. FER. —¡Defiéndete! (A Ramiro.)  
(A Doña Blanca) —¡Vil hermana,  
muerta serás!
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Oh que susto!
- D. FER. —¡Mi honor!... (Sacando la espada.)

RAM. — ¡Ay de tí, Fernando,  
si la tocas! (Hace lo mismo.)

ROS. — Yo te ayudo.  
(A Ramiro al entrar desnudando su acero.)

**ESCENA XI.**

*Los mismos. Roseto.*

D. FER. — Sois dos; pero yo no temo.

RAM. — Sálvala tú, que mi espada (A Roseto.)  
es bastante.

D.<sup>a</sup> BLAN. (Poniéndose al lado de su hermano.) — ¡Deshonrada  
voy á quedar! (Riñen Ramiro y D. Fernando.)

D. FER. — ¡No te quemó  
con mis ojos!

**ESCENA XII.**

*Los mismos. Varias damas que entran asustadas.*

1.<sup>a</sup> DAMA. — ¡Un combate!

D.<sup>a</sup> BLAN. — Tendré que apurar la copa...

2.<sup>a</sup> DAMA. — ¡Sobre las armas la tropa  
(Oyese una marcha militar.)  
y el Rey furioso!

RAM. — (Se bate (Ap.)  
bien ) (Con serenidad)

D. FER. — ¡Qué tajos, qué reveses!

ROS. — Seguidme.  
(A doña Blanca que hace una seña negativa)

D. FER. — Yo ya estoy ciego.

1.<sup>a</sup> DAMA. — ¡Si entrarán á sangre y fuego  
en la corte los franceses!  
( Cáesele la espada á D. Fernando)

## ESCENA XIII.

*Los mismos. D. Julita que entra en traje militar como su primer salida en el primer acto, y seguido de un piquete de arcabuceros. Tráe un hisopo en la mano.*

D. JUL. —Dobla la fiera cerviz (A Ramiro de lejos)  
y no llames al demonio.

1.<sup>a</sup> DAMA. —¡San Antonio, San Antonio!

D. JUL. —El Rey lo manda. (Acercándose á Ramiro)

D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Infeliz!

D. JUL. —De tu cólera precita  
apagar podré el Vesubio (Le rocía)  
con un mar de agua bendita.

(Volviéndose á los concurrentes)

Las potencias infernales  
huyen... mirad que legión  
Date preso por ladrón (A Ramiro.)  
de las alhajas reales.

(Pasma general. Ramiro suelta la espada con estupor. Apodéranse de él y le sorprenden.)

D. FER. —¡Mentira!

ROS. —¡Calumnia vil.

D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Que infame intriga!

D. FER. —¡Que horror!

1.<sup>a</sup> DAMA. —Estoy llena de estupor.

2.<sup>a</sup> DAMA. —¿Quien pensára?... y tan gentil!

D.<sup>a</sup> BLAN. —El tan bueno, tan leal...!

Y al cabo suelta la espada.

D. FER. —Esta será bufonada.

—Broma, sí, de Carnaval.

ROS. —Imputar mancha tan fea

al que me dá protección...

¡Pátria, ingrata pátria, non

*possidebis ossa mea!* (Se marcha colérico)

## ESCENA XIV.

*Los mismos menos Roseto.*

Música.

D. JUL.

—Ya cayó

Lucifer:

de Satan

ya triunfó.

Las potencias del infierno  
ya gimen á nuestros piés:  
que nos ciñan estas damas  
mil coronas de laurel.

CORO {—Que nos ciñan estas damas  
DE ARCA. {mil coronas de laurel.

CORO {—¡Oh, bravos arcabuceros  
DE DAMAS. {de la España gloria y prez!

RAM. —Cuando la cumbre del cielo

lleno de gozo toqué  
envolvióme el negro abismo  
en su lodo y hediondez.

Pero el Monarca  
mi amparo fiel  
¿tan vil calumnia  
pudo creer?

¡Oh Corte, Corte indigna  
de la noble honradez!

¡Cuántas maldades cubre  
tu pérfido oropel!

Ya cayó  
Lucifer:  
de Satan  
ya triunfó.

Aunque yo soy un cadáver

soy un Cid y sé muy bien  
con una legion de diablos  
muerto batirme y vencer.

CORO {—Que nos ciñan estas damas  
DE ARCA. {mil coronas de laurel.

CORO {—¡Oh, bravos arcabuceros  
DÉ DAMAS {de la España gloria y prez!  
(Vanse todos excepto Doña Blanca)

### ESCENA XV.

*Doña Blanca*

D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Adios, dulces ilusiones  
que vinísteis en tropel  
prometiendo á mis deseos  
el encanto de un eden!

Belleza mía  
dime ¿por qué  
torpes acciones  
dictas al Rey?

¡Oh Corte, oh Corte indigna  
de la noble honradez  
¡Cuántas maldades cubre  
tu pérfido oropel!

### ESCENA XVI.

*La misma. D. Fernando que vuelve furioso.*

Hablado

D. FER. —¡Sígueme!

D.<sup>a</sup> BLAN. —¿A doude?

D. FER. —No sé,  
pero tú nada me digas

D.<sup>a</sup> BLAN. Hermano.

- D. FER. —Que no prosigas (Saca la daga)  
ó al punto te mataré.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —Te miro...
- D. FER. —Pues no me mires  
mientras de aquí no te alejes
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Ay!
- D. FER. —¡Silencio! No te quejes;  
no suspires ni respires;  
marchémonos de Palacio;  
aquí tu honor está muerto.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¿Donde vamos?
- D. FER. —Al desierto;  
pero sé muda!  
(Amenazándola con la daga)

**ESCENA XVII.**

*Los mismos. La Reina*

- LA REINA. (Entrando) —¡Espacio!  
Blanca no sale de aquí  
sin mi licencia
- D. FER. (Inclinándose) —Señora...
- LA REINA. —No prosigas .. ¿Por qué llora?  
¿La maltrataste? ¡Ay de tí  
si la dás solo un disgusto!
- D. FER. —Si yo la quiero salvar.
- LA REINA. —Pues no te la has de llevar.
- D. FER. —Pero Señora. . .
- LA REINA. —No es justo.
- D. FER. —Aquí está mal, pues se intenta  
seducirla, y hay un hombre ..
- LA REINA. —Nada. Su honor y su nombre  
van á correr por mi cuenta.  
Yo labraré su reposo,

y, aunque tiemble el hondo abismo,  
habrá de quedar hoy mismo  
muy honrada y con esposo.

D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Gracias!

D. FER. —Siempre lo creí. (Inclinándose)

LA REINA. —No tienes que agradecer: (A Doña Blanca)  
yo soy reina y soy mujer  
y mi honor recobro así. (Vanse todos)

### ESCENA XVIII.

*Los cortesanos, el conde de Mirallós, el marqués de la Florida.*

CONDE. —Señores ¿quién lo diría?

MAR. —Pues era muy de esperar:  
así suelen terminar  
estas privanzas de un día.

CORT. 1.<sup>o</sup> —y hablando muy en conciencia,  
para que un advenedizo  
mande... y hurte... con... su hechizo,  
yo voto por su Excelencia

CORT. 2.<sup>o</sup> —Olivares es muy ducho  
aunque parece algo loco

MAR. —Es hombre que sabe poco (Muy bajo)

CONDE. —Pero su afanar es mucho.

COR. 1.<sup>o</sup> —Ya está de riquezas harto.

CONDE. —Eso no, que es avariento.

CORT. 1.<sup>o</sup> —Mas hoy si llega un hambriento  
nos vá á dejar sin un cuarto.

MAR. —Tengo buen golpe de vista.

CONDE. —Si la pasión no te exalta.

MAR. —Aquí quien nos hace falta  
es el poeta.

CORT. 1.<sup>o</sup> —El cronista (Riendo y todos le imitan)

- COND. —¡Qué infeliz!
- MAR. —¡Y qué simplón!
- COR. 1.º —Desertar de nuestro bando.
- MARQ. —Y marcharse pronunciando las palabras de Escipión.
- COND. —No seré yo quien lo arguya...
- MARQ. —Llena tendrá la mollera de sesos.
- COND. —Aunque dijera también que *el Africa es suya*, y que del Africa es hijo, pues quien es mal cortesano para ser buen *africano* tiene hartas dotes, de fijo.
- MAR. —Su glorioso protector morirá con mucho lujo en un cadalso.
- CORT. 1.º —Por brujo.
- COND. —Por brujo.. y enredador.  
(Con ademan significativo)
- MARQ. —La ocasión, aunque muy calva, es á veces muy coqueta .. y morirá.
- COND. —Si el Poeta con sus versos no le salva.
- CORT. 1.º —Blanca, la cándida diosa casará con don Julita.
- MARQ. —La mujer es *muy bonita* ..
- COND. y el marido ¡*muy hermosa!*
- CORT. 2.º —¡Qué ilusiones, qué placeres! Bendito lecho nupcial!
- MARQ. —¿Contrato matrimonial pueden firmar dos mujeres?
- CORT. 1.º —Que cante el nuevo Virgilio

- su epitalámio es de ley.
- COND. —También lo será que el Rey  
al esposo preste auxilio...  
porque dicen que es muy pobre.
- CORT. 1.º —Ya le abrirá su tesoro.
- MARQ. —A quien se casa con oro  
no hay cosa que no le sobre.
- CORT. 1.º —Don Fernando vá á la guerra
- MARQ. —Esa es una gran medida,  
pues se le quita la vida  
ó al menos se le destierra.
- COND. —Muy bien hecho, que estos nobles  
del honor y de la espada  
ya no sirven para nada,  
si no es para dar mandobles.
- CORT. 1.º —Y la Reina en cautiverio  
en un claustro quedará.
- MAR. —¡Vive Dios!
- CONDE. —¿Por qué será?
- MAR. —Esto encierra gran misterio.
- CONDE. —El interés mucho crece.  
—¿Estás tú cierto?
- CORT. 1.º —Yo sí.
- MAR. —Digo, señores, que aquí  
hay más de lo que parece.
- CORT. 2.º —Terminad los comentarios,  
que viene el Rey.
- MAR. —Pues callemos.
- CONDE. —Y el Conde-Duque. Tomemos  
de nuevo los incensarios.

### ESCENA XIX

*Los mismos. El Rey. Olivares*

- MAR. —Salud á la Majestad...

- CONDE. —Que es el sol de nuestro horizonte.  
 CORT. 1.º —Y salud á su Factonte.  
 OFIV. —¿Es sátira ó necedad?  
 CONDE. —¿Con que partimos? (A Olivares)  
 MAR. —¡Señor!...  
 EL REY. —Es necesaria la guerra (Con severidad.)  
 OLIV. —Yo abrazaré cielo y tierra.  
 EL REY —Que venga el encantador.  
 (Todos quieren ir y al fin va solo el cuarto cortesano)  
 MAR. —¡Gran ministro!  
 CONDE. —¡Nuevo Atlante!  
 MAR. —Que no me olvideis os pido. (Aparte.)  
 OLIV. —Yo no perdono ni olvido.  
 EL REY. —Mas aquí está el nigromante.

ESCENA XX

*Los mismos. Ramiro que es conducido entre cuatro arcabuceros que después se retiran quedando á la puerta. Después D. Julita.*

- OLIV. —Me vé sin bajar la vista  
 y sin temer á la Parca.  
 D. JUL. —¡Cortesanos... Gran monarca  
 (corriendo y gritando.)  
 ya logré ser alquimista!  
 MAR. —¡Qué loco!  
 CONDE. —¿Pierdes el seso?  
 OLIV. —Decidle que se reporte.  
 D. JUL. —Haré que empiedren la Corte  
 con diamantes: soy un Crespo.  
 MAR. —No des voces ¡pesiatal! (Al oído de D. Julita.)  
 que el Monarca ya se irrita.  
 CONDE. —Tú no sabes, Julianita,  
 que este es un acto formal.

## ESCENA XXI.

*Los mismos. La Reina. Doña Blanca Damas.*

EL REY. —Blanca.

BLAN. —Señor.

EL REY. —Con presteza  
dad á Julita la mano.

D. JUL. —Señor, señor, mucho gano,  
mas.. me duele la cabeza.

D. JUL. —Así. Basta de tramoyas.

D.<sup>a</sup> BLAN. —Me previenen la mortaja.

LA REINA. —Esperad. (Al Rey con autoridad.)

(A la primera dama.)

Tráeme la caja  
donde se encierran mis joyas

(La primera dama se vá.)

EL REY. —¿Que pretendeis, Isabel?

LA REINA. —La verdad poner en claro.

OLIV. —¡Yo tiemblo!

CONDE. —Yo la declaro  
inocente.

MAR. Y digna y fiel

(Quedan el Rey y la Reina eumedio del escenario. A la derecha el Conde-Duque, luego Ramiro y los cortesanos. Al lado de la Reina, Doña Blanca y las damas. D. Julita pasa y se coloca al lado de Doña Blanca.)

Música.

D. JUL. —Querida Blanca,  
serás mi esposa,  
mi regocijo,  
mi luz, mi gloria.

CORO. —¡Pobre Blanquita,  
tan orgullosa  
y vá á casarse  
con una mona!

- D. JUL. — Aunque parece  
que éstas se mofan  
es que te envidian,  
es que me adoran,  
es que quisieran  
tener la honra  
de desposarse  
con mi persona.
- EL REY. — Estará Blanca  
ya tan oronda  
con sus requiebros,  
con sus lisonjas.
- OLIV. — Ved, cortesanos  
qué dicha logra  
quien mis tremendas  
iras arrostra.
- RAM. — ¡Oh si viniera  
la muerte sola;  
mas viene unida  
con la deshonra.
- D.<sup>a</sup> BLAN. — ¡Suerte inconstante!  
¡Suerte traidora!  
¡Con su suplicio  
juntas mis bodas!
- LA REINA. — No más te aflijas,  
amiga hermosa,  
que nos espera  
dulce victoria.
- CORO. — ¡Pobre Blanquita  
tan orgullosa  
y vá á casarse  
con una mona!
- D. JUL. — No hagas tú caso

de esas señoras,  
 que ya son dueñas,  
 aunque muy locas.  
 ¿Por qué te apuras,  
 gimes y lloras?  
 Tú serás reina  
 de Babilonia,  
 tendrás esclavas,  
 tendrás corona,  
 carros y trenes,  
 galas y joyas.

- EL REY. —Estará Blanca  
 ya tan oronda, etc.
- OLIV. —Ved, cortesanos  
 qué dicha logra, etc.
- RAM. —Oh si viniera  
 la muerte sola, etc.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Suerte inconstante!  
 ¡Suerte traidora! etc.
- LA REINA. —No más te aflijas  
 amiga hermosa, etc.
- CORO. —¡Pobre Blanquita,  
 tan orgullosa  
 y va á casarse  
 con una mona!
- D. JUL. —Adios querida,  
 blanca paloma:  
 goza en tus triunfos  
 inocentona.  
 Yo voy en busca  
 de las retortas,  
 de los crisoles  
 caldos y drogas

para que el oro  
tengas de sobra.  
CORO. —¡Pobre Blanquita,  
tan orgullosa  
y va á casarse  
con una mona!

Vase D. Juñita y le siguen el Marqués, el Conde y el primer cortesano.

ESCENA XXII.

*Los mismos. El 4.º cortesano. Una dama que trae la caja de las joyas de la Reina.*

Hablado.

CORT. 4.º —Yo, Señor, que de juez hago  
(Dirigese al Rey.)  
de nobles en el proceso  
criminal contra Ramiro,  
vengo á decir que no encuentro  
oro ni joyas, ni cartas  
para declararle reo  
de alta traición.

EL REY. —Tú, ¿qué dices  
Olivares?

OLIV. —Yo comprendo  
que el juez estará ganado.

LA REINA. —¡Mentís!

OLIV. —¡Yo!.. (Malo va esto.) (Apar.)

LA REINA. —¡Mentís.

CORT. 4.º —Pueden abonarme  
los testigos.

OLIV. —Todos ellos  
estar sobornados deben.

CORT. 4.º —El escribano.

OLIV. —De enredos

- buen zurcidor es... sin duda.
- EL REY. —Luego miente todo el reino  
menos tú (A Olivares.)
- CORT. 4.º —Mirad las cartas:  
son de amor. (Al Rey.)
- EL REY. —Dámelas. Quiero  
verlas por mis propios ojos.  
(Lee) «Amado Ramiro» (Representa.) ¡Bueno!  
»La Reina que es hoy el ángel  
de mi guarda» (Me conmuevo.)  
»me ofrece que de Felipe,  
»príncipe justo y excelso,  
»noble y grande» (¡Quién pudiera  
conseguirlo! (Me avergüenzo.)  
»alcanzara que la unión  
»de nuestro afán dulce objeto  
»al instante se efectúe;  
»pero nos pide que luego,  
»abandonando la Corte,  
váyamos lejos, muy lejos...»  
(Apar.) (Pues la Reina es inocente...  
(Pausadamente y reflexionando.)  
Bien claro aquí lo estoy viendo.  
¿Qué mujer que tiene amores  
piensa alejar al mancebo  
á quien ama, de su lado?  
y esto es antes de que preso  
estuviera.)
- LA REINA. —Permitidme  
que os hable solo un momento.
- EL REY. —Hablad.
- LA REINA. —Aquí están mis joyas.  
(Presenta la caja  
Ese robo fué supuesto

y Ramiro es inocente. (Suspensión.)

Yo le escribí con efecto  
que á verle de noche iría  
rodeada de misterio,  
pues no quise que en la Corte  
pudieran hacerse necios  
comentarios... de una Reina  
que empeñó sus aderezos...  
aunque es salvar al Estado  
el norte de sus deseos.

EL REY. —Y Ramiro...

LA REINA. — Sin tardanza  
buscarme supo el dinero  
que hoy mismo tiene la gloria  
de entregaros, pues remedio  
podrá ser de muchos males.

EL REY. —¿Sin prendas?

LA REINA. —Y hasta sin premio,  
que las joyas ayer mismo  
¡pese al diablo! me ha devuelto.

OLIV. —Más ¿de dónde habrá sacado...?

LA REINA. —No de sus viles cohechos,  
pues cargos no desempeña.

OLIV. —Pero pide al Rey empleos.

RAM. —Uno solo le he pedido  
en favor de un caballero  
pobre, que bebe en Castália."

OLIV. Los sacaré del infierno.

EL REY. A hechicero que el bien hace  
yo le perdono, le absuelvo.  
Pero tan bellas acciones  
¿por qué con tanto secreto?

LA REINA. —A quien obra bien le basta,

- señor, que lo sepa el cielo.
- EL REY. —A fé que sois admirable.  
¡Qué mujer la que poseo!
- LA REINA. —Pudiera tomar venganza;  
mas, soy noble y no me vengo.  
¡Harto tienen los infames  
con su conciencia!
- OLIV. —Yo muero.
- RAM. —De nigromante me acusan ..
- EL REY. —¿Por qué me sirves?
- RAM. —Protesto  
contra ese nombre. La ciencia,  
de los encantos modernos  
es madre. Si yo tesoros  
hallar supe, solo fueron  
de los grandes hombres  
que os darán hasta su aliento  
y maldicen la privanza  
del Conde-Duque funesto.
- 1.<sup>a</sup> DAMA. —¿No haceis dimisión? (A Olivares.)
- OLIV. —Es mucho  
el cariño que le tengo  
á la dorada poltrona,  
mi regalo, mi embeleso.
- EL REY. —Blanca, Ramiro, ya sois  
esposos; padrinos vuestros  
seremos los dos, si gusta  
la Reina, como yo espero.

(La Reina hace una señal afirmativa)

- Conde serás de las *Doblas*.
- RAM. —¡Señor!
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Señor!
- EL REY. —Tu talento

me ha de ser útil Virey  
eres de Valencia.

- RAM. —Temo.  
EL REY. —Tendrás también ocho villas.  
RAM. —Yo, señor, nada merezco.

### ESCENA XXIII.

*(Los mismos. Roseto. D. Fernando. El Rey se retira del grupo haciendo seña al Conde Duque de que le siga á un extremo del teatro)*

- ROS. —Y yo haré tu epitalamio,  
pues que viene á tan buen tiempo.  
*(Mirando con irónica sonrisa á los cortesanos.)*

- D. FER. —Eres noble, eres valiente,  
amigo del Rey te veo:  
terminen nuestras discordias:  
buenos hermanos seremos.

*Se abrazan con efusión*

*(Los cortesanos mudos como atontados estrechan la mano de Ramiro que les devuelve con frialdad el saludo.)*

- EL REY. —Olivares, ya no somos  
amigos.  
OLIV. —¡Ay! Yo fallezco! *Se va por el fondo.*  
EL REY —Tú serás Gobernadora,  
Isabel.  
LA REINA. —Tus plantas beso. „

*Los mismos. Ibrahim, D. Julita, el Marqués, el Conde y el primer cortesano. D. Julita viene tuerto: el Marqués cojo apoyado en su brazo y el primer cortesano mudo. El Conde manco.*

*Música.*

- IBRAHIM —Vengo fiel á despedirme  
de la Real Majestad:  
ya me han dejado cesante

- y me voy á conspirar.
- D. JUL. —Por querer enriquecerme  
jugué con fuego fatal:  
perdí un ojo y ahora pierdo  
mi carísima mitad.
- CONDE. —Yo estoy manco.
- MAR. —Yo estoy cojo.
- CORO 1.º —¡Ba, ba, ba, ba, ba, ba, ba!
- ROS. —Estos sí que ya encontraron  
la piedra filosofal.
- CORO —Estos si que ya encontraron  
la piedra filosofal.
- RAM. —Blanca hermosa, se calmaron  
nuestros anhelos: mi bien,  
vivamos como si hubiese  
en los dos un mismo ser.
- D.<sup>a</sup> BLAN. —¡Quién lo duda, si mis ojos  
solo ven lo que tú vés,  
y solo lo que tú anhelas  
es lo que puedo querer!
- LA REINA. —¡Oh, qué bello, qué dichoso  
este amor de la niñez!  
¡Quién pudiera darme un filtro  
para hacer constante al Rey!
- EL REY —Profetizanos, Ramiro,  
los sucesos que vendrán  
el siglo decimonono  
á este mundo sublunar.
- RAM. —Yo aquí miro una rueda gigante:  
la Fortuna moviéndola está:  
lleva tronos y pueblos y leyes  
que en la nada perdiéndose van.
- D. JUL. —Los sábios ministros

pasan en montón,  
y si el uno es bueno  
el otro mejor.

CORO. —Los sabios ministros  
pasan en montón, etc.

(Trasparéntase la pared del fondo y se ve como á manera de cuadros disolventes la rueda indicada.)

RAM. —Y girando y moviéndose siempre  
goza el hombre de vida feliz;  
se imagina tan fuerte, tan grande  
que no sueña mejor porvenir.

D. JUL. —Y eso que la hacienda  
lánguida camina  
con muchos bufones,  
y sin alquimistas.

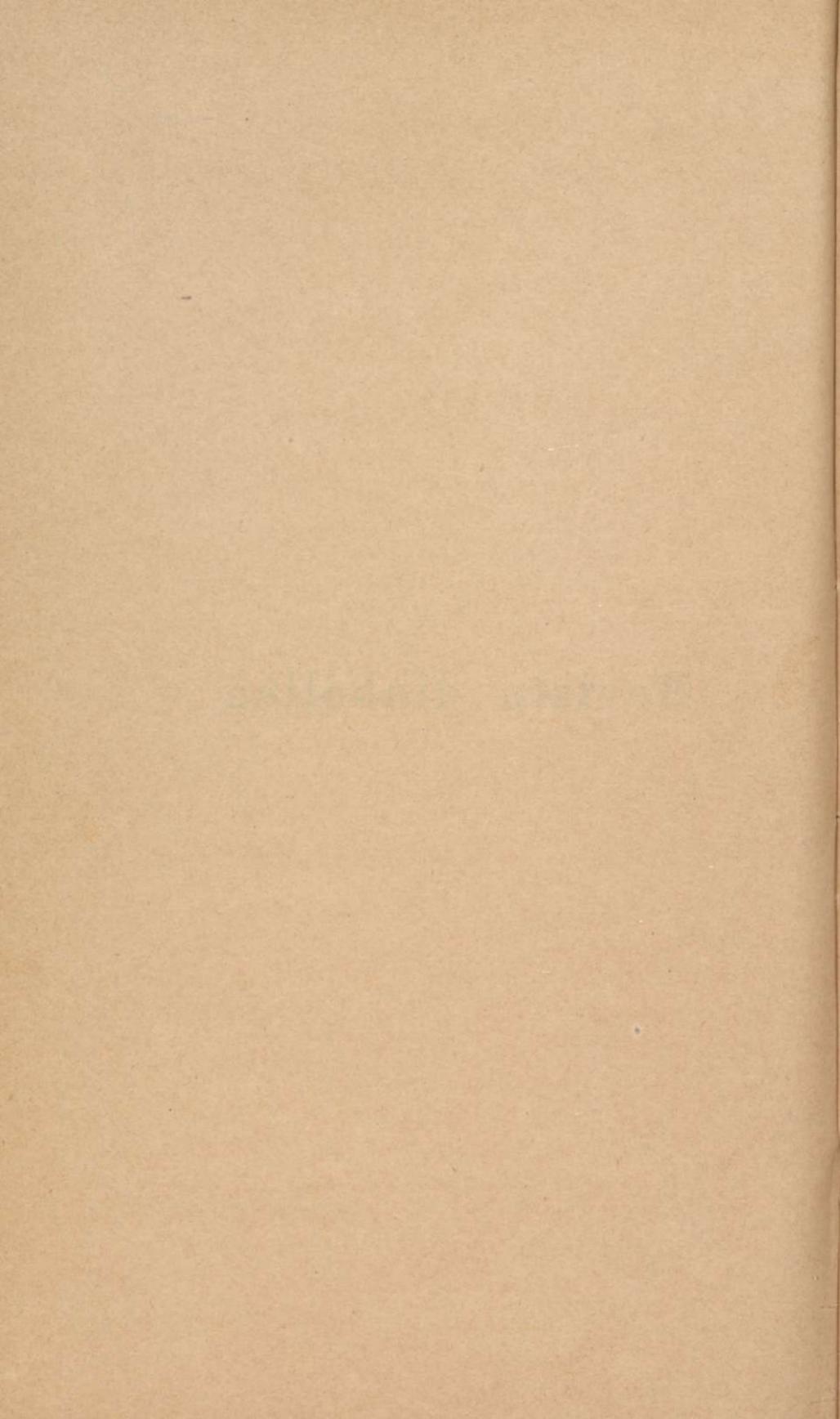
CORO. —Y eso que la Hacienda  
lánguida camina  
con muchos bufones  
y sin alquimistas.

(Cae el telón.)





**Revista diabólica**





## REVISTA DIABÓLICA (1)

---

### I

**S**EGÚN dicen, somos libres,  
aunque yo no lo comprendo,  
pues sé que todos me mandan  
y á todo el mundo obedezco.  
Si quiero salir un día  
afeitadito y compuesto,  
barbero y sastre disponen  
lo contrario; y maldiciendo  
mi suerte, presto obediencia  
á mi sastre y mi barbero.  
Si anhelo quedarme en casa,  
pues reina un calor horrendo,  
y temo hacer en la calle  
liquidación de mis sesos,  
me escribe don Nicomedes,  
procurador... por ejemplo...  
que me espera para hablarme  
dos palabras de mi pleito.

---

(1) Como juguete dialogado y dramático, insértase aquí esta lijera poesía, dada á luz, en *El Album*, Revista literaria de Córdoba, el 17 de Agosto de 1873.

Hoy que escribir me repugna,  
 hoy que reposar deseo,  
 que no tengo inspiración,  
 porque sólo tengo sueño,  
 manda el Director del *Album*  
 que escriba, ¡rayos y truenos!  
 una revista, ¡me aplasta!  
 y en verso... ¡malditos versos!...  
 Como el diablo no la escriba  
 no saldrá... pues yo... me duermo...

## II

—¿Se puede entrar?

—¡Adelante!

—¿Es usted el caballero  
 Cartulina?

—Licenciado...

—¡Muy bien!

—Y servidor vuestro.

Pero ¿á quién tengo la honra  
 de dirigirme?

—No llevo

nombre de pila, que soy  
 el diablo.

—¡Jesús!

—Sin miedo

puede usted tratarme.

—¿Cómo?

—Ya no hago daño.

—Me alegro.

—No exijo escritura.

—¡Bravo!

—Ni pido sangre.

—¡Soberbio!...

Pero usted ya no usa rabo. .

—No señor, ni tengo cuernos,

que el diablo en caricatura

ya pasó... pasó su tiempo.

Mas en cambio uso pomadas

y sortijas y quevedos,

gran corbata, reloj de oro,

guantes de paja, frac negro

y botas *á la derniere*,

y, en fin, todos los excesos

que llevan los figurines

á los profundos infiernos.

—¡Y qué busca usted en casa?

—Sacar á usted de un aprieto.

¿No me dió el fácil encargo

de hacer la revista?

—Es cierto.

—Pues aquí estoy á cumplirlo.

—Pero querrá usted un premio.

—Yo trabajo por la gloria.

—¡Qué diablo tan caballero!

—Nos hemos civilizado

mucho.

—Es verdad... bien lo veo.

—Y de educarnos se encargan

á los españoles.

—¡Bueno!

## III

—Licenciado Cartulina...

—¿Qué manda usted?

—Es preciso

que nos hablemos de tú.

—Convenido, convenido,  
que es uso republicano.

—Y clásico.

—Muy bien dicho.

Veo que eres, chico, una alhaja,  
que eres un *diablo instruido*.

—Como que vengo á ilustraros,  
como que vengo á servirlos  
de pedagogo.

—Te auguro  
hambre eterna.

—¡Qué mal piso  
hay en Córdoba!

—¡Muy malo!

—En el infierno vivimos,  
mucho mejor, que al fin es  
muy celoso el Municipio.  
Pues manda unos cuantos ángeles  
paisanos tuyos y adictos  
al infierno, y ya verás  
qué pronto los elegimos  
alcaldes y concejales.

—¿Es teatro este edificio?

—Teatro Real.

—Tú te burlas.



—Teatro Real.

—¡Qué delirio!

—Teatro Real por tres veces.

—Expílicate.

—Bien me explico.

Como exige tres reales,  
reales tres veces, de fijo.

— ¡Será bufo!

—Poco menos.

—Pues el *cancán* ya no es digno  
ni aun de los diablos. Nosotros,  
aunque diz que es nuestro oficio  
hacer mal, siempre lo hacemos  
con buenas formas.

—¡Divino!

Tendré siempre en la memoria  
la lección de este *diablillo*.

#### IV

—¿Este es el Gran Capitán?

—Y el Gran Teatro.

—¡Bien, querido!

—Tiene la gran compañía  
la gran tiple.

—Me suscribo.

—La gran contralto.

—Me abono.

—Todo es grande en estos sitios.

—Menos la Administración,  
que triste y pobre y sin brillo  
es un viviente recuerdo  
de otros hombres y otros siglos.

## V

—¿Te gusta la ópera?

—¡Mucho!

Pero, me abrasa, me quema  
este ambiente ¡Hace un calor  
como en las llamas eternas!  
Salgamos á respirar  
en el entreacto.

—Sea.

—Verás las muchachas.

—¡Bravo!

—Son muy lindas, muy modestas...  
pero dí, ¿tú que prefieres,  
las rubias ó las morenas?

—Todas, todas, porque el diablo  
ninguna mujer desecha.

—Ya está el enemigo enfrente.

—¿Pero dónde?

—Allí

—¡Tú sueñas!

Si no se mueve ninguna.  
¡Calladas y circunspectas!  
¿Pero no es esto paseo?

—Sí; pero no se pasea.

En Córdoba no te fíes  
de los nombres

—¡Oh, qué pena!

¡Murieron las infelices!

¡Y cuidado que eran bellas...!

Pero ni hablan ni respiran.

¡Cielos! ¡Qué dolor!... Al verlas

pienso que estoy contemplando  
á las estátuas de Atenas.  
Reza tú, que eres cristiano,  
por sus almas. ¡Están muertas!

## VI

—¿Con que te vas?

—Ya me voy.

Que no olvides la lección;  
Y si te ves apurado,  
descuida, que aquí estoy yo.  
—Eres, digan lo que quieran,  
un diablillo bienhechor.  
—Seré diablo, pero al menos  
no he perdido la fe en Dios  
como algunos españoles.  
—Son locos.

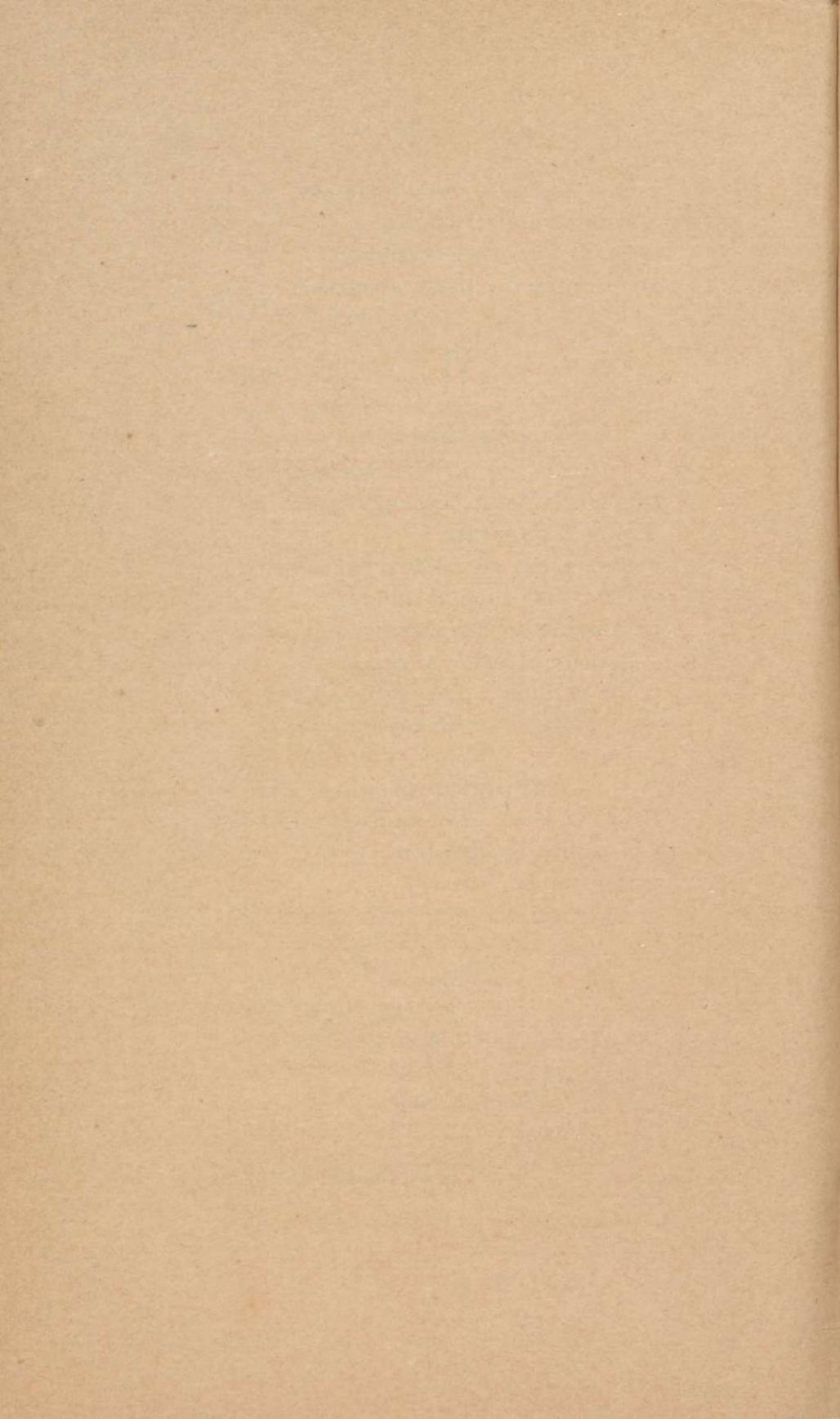
—Si que lo son.

Hasta la vista; espresiones  
á mi amigo el Director,  
y aquí tienes la revista.  
Si no te agrada ¡pérdón!

---

Esto es lo que el *diablo* dijo,  
y enseguida se marchó;  
mas yo, *cronista del diab'o*,  
te mando este borrador.

El Licenciado Cartulina.



Por complemento de las obras poéticas de Don Manuel Fernández Ruano, que damos á luz, y antes de poner término á este último volumen, ofrecemos una muestra de sus escritos en prosa: forma en que no dejó de ejercitar su pluma en producciones serias y festivas como colaborador de periódicos y socio de ilustres corporaciones.





## El Maestro de Lenguas <sup>(1)</sup>



HE aquí una de las personas más importantes de nuestro siglo.

Aunque conozcamos que el idioma de Cervantes contiene inagotables tesoros, que una gran parte de su infinita riqueza permanece en el olvido, que fuera mucho más acertado dedicar los momentos de ocio y aun las horas de trabajo, al estudio concienzudo y severo de nuestra lengua natal, es tanto el prestigio de la moda, es tal el encanto de la novedad, es tan grande la fascinación que sobre nosotros ejerce lo desconocido, que no vacilamos en dejar dentro de casa lo cierto por ir en busca de lo dudoso.

Achaque es este, ya muy antiguo en los españoles, que siempre han desdeñado lo propio y mirado lo extraño con singular predilección. No hace aún muchos años que, unidos al carro de Francia, no vivíamos, no respirábamos sino con el aliento que nos pudiera venir de las márgenes del Sena: no veíamos

(1) De la obra *Los Españoles de ogaño*.

horizonte sino más allá de los Pirineos y parecíamos unos verdaderos desterrados dentro de los límites de nuestra península; pensábamos, hablábamos, vestíamos, comíamos, y en una palabra, hacíamos un género de vida completamente á la francesa. Nuestros autores dramáticos y novelistas más distinguidos parece que habían hecho la solemne abdicación de su génio y originalidad como un holocausto ofrecido en aras del ídolo consagrado por la Moda y la Fortuna, esas dos caprichosas divinidades que casi siempre vienen á tener unas mismas obras y un mismo pensamiento; las mujeres elegantes, que beben en el teatro y en la novela como en las dos únicas fuentes de sus inspiraciones, y que, en el uno y en la otra hallan, puede decirse, el molde de sus ideas, también forzosamente se habían afrancesado y España, en fin, era París en compendio, ó para expresarnos con más propiedad, París en su completo desarrollo, París corregido y aumentado, París en toda la perfección de su ideal, pues éramos más franceses que los franceses mismos y una copia mucho más acabada que el original.

Hoy todo vá cambiando de aspecto. El ídolo fué derribado repentinamente, y en ese terrible espectáculo que acabamos de presenciar, hemos conocido que la estatua, casi pulverizada, tenía muchas más partes de barro que de oro. Ya la *gulomanía* ha decaído, si bien no es posible extinguirla con facilidad, y á pesar de todo, el estudio del idioma francés es considerado tan de rigor como antes; pero un nuevo coloso se presenta en lontananza dispuesto á empuñar el cetro que abandonára el francés en la desesperación de su caída; es el Imperio Germánico.

Las artes, las ciencias, la literatura, la filosofía.

los suaves acentos de la música entre el horrible estruendo de las armas, las ideas más puras y altamente especulativas al lado de las invenciones que son por su naturaleza prácticas y aplicables á los usos de la vida real, todo viene ya de las orillas del Rhin, hasta ese precursor de las nuevas ideas, ese apóstol de la civilización, ese ser destinado á marchar delante de los pueblos en sus históricas evoluciones, estrechando por medio de la palabra los lazos que en el porvenir deben unirlos; ese tipo que bajo una apariencia humilde oculta una misión social muy importante, el maestro de lenguas.

Figuraos un alemán que se acerca á pasos de gigante á la vejez; con un rostro casi marchito, pero animado todavía por una sonrisa jovial, con esa flema que siempre, y con justicia, hemos atribuido á los hijos de aquel país, flema que hoy, no obstante, miramos como cualidad de mucho precio, viendo en ella uno de los elementos generadores de esas lucubraciones admirables y de los continuos adelantamientos que han colocado á ese pueblo joven y lleno de esperanzas á la cabeza de la civilización.

Su estatura es elevada, su mirar franco, su paso lento y tranquilo, sus vestidos, siempre cubiertos de una ligera capa de polvo, están tan distantes de obedecer á los preceptos de la moda, como de someterse al influjo de la Arqueología.

No ha conseguido ni solicitado los "favores de la moda, á quien considera una deidad extravagante y voluble; pero dentro del círculo que ha sabido crearse, figura como un oráculo y es oído con el más religioso respeto. Sus amigos le rodean á todas horas para escuchar el relato de sus viajes, de los peligros de que es

ha salvado, de los naufragios en que ha estado á punto de perecer, de los volcanes que visitara, de los mónstruos que le salieran al encuentro, y no falta algún aspirante á turista de esos para quienes nunca hay en Madrid un plato delicado y succulento, que le envidia un bisteks de carne de mono de Africa, y sus tragos de agua salada en el Pacífico.

Con la exactitud del cronómetro, aunque sin la velocidad del vapor, concurre diariamente á clase, y después se dedica á sus lecciones particulares, que cada dia ván en aumento. En todas partes es perfectamente recibido y logra captarse la benevolencia de sus distintos auditorios, porque los estudiantes hallan en él, si nó un estilo sublime, bastante gracia y claridad para aprender, sin ímprobos trabajos por lo menos, la parte teórica de los principios gramaticales. Jamás han conocido un maestro que los entretenga con la historia de tan curiosos viajes, ni que se haya hecho el narrador constante de tan curiosas aventuras. Lleno de aplomo y de inocente vanidad, nuestro héroe se pavonea en el completo goce de su triunfo. Muchas veces es una carcajada el indispensable final de su cuento y un polvo de tabaco el final de la carcajada como para cerrar aquel conducto que ha dado paso á los aires del amor propio. Después golpea ligeramente su nariz, que si no es la pirámide corva de que nos habla un festivo escritor, es un cono perfecto de no menos capacidad y poderío.

Pero lo que más llama la atención en el tipo de que nos ocupamos, es que, aunque aparezca en algunos casos refractario á las leyes de la elegancia y del buen tono, no es mal recibido de las mujeres. Estas, por más que no vean en nuestro polígloto un elegante, un ga-

lán, un hombre *coní il faut* que sepa hablar el lenguaje apasionado y ardiente de la juventud, ni conozca el estilo cortés y atildado de los salones, lo miran sin repugnancia, pues en él hallan un objeto extraño como las exóticas aves traídas del nuevo mundo, como una especie no clasificada todavía de seres extraordinarios exhibida á la universal curiosidad en la última exposición de fieras.

Enemigo implacable de la promiscuidad en materia de lenguas, cree que cada una debe girar dentro de su órbita y riñe fácilmente con cualquier español que en sus conversaciones usa de los manoseados galisismos hechos ya patrimonio de la plebe. Preceptúa el purismo, y sin embargo él, como la mayor parte de los políglotos, no dice seguidas dos palabras en un mismo idioma. A veces principia una frase en alemán y la concluye en árabe. A veces, si tiene necesidad de saludar á dos personas, emplea para dirigirse á una el castellano y para la otra el Sanscrito. No está semejante conducta muy de acuerdo con las teorías anteriormente explanadas; mas si cualquiera le arguye sobre tan palpable contrasentido, responde, dándose aire de maestro y de hombre superior, que él es una de las excepciones de la regla establecida. y está destinado por la Providencia, como todos sus compañeros, para efectuar la fusión de las razas y de los pueblos, la fraternidad universal, objeto de tantos cálculos y de tantos sueños, por medio de la fusión de todos los idiomas. En una palabra, en sus manos está la solución al pavoroso problema planteado en la torre de Babel y que tanto ha asustado nuestra mente.

Aunque parece que debiera tener algunos puntos de contacto con el dómine, no hay verdaderamente

nada de que esté más distante, nada que más se le oponga, nadie con que se encuentre en más decidido antagonismo. Tradicionalista, firme y fervoroso en religión, y en ciencias amigo más de Aristóteles que de Kant, y más apasionado de Plinio que de Buffon, solo en materia de lenguas es donde se ha dejado ir con las corrientes del racionalismo. Sólo en este terreno es filósofo, solo acerca de este punto cree que las modernas escuelas han acertado. Declárase adversario terrible de la rutina, condena sin apelación á los métodos antiguos, y cree que el fuego sería el mejor destino que pudiese darse á las gramáticas admitidas en las escuelas, antes de que la novísima á que el pertenece hubiera venido á regenerar el mundo de los sonidos articulados, ó sea de los idiomas. Bajo este aspecto no extraña, como extrañaba en otros casos, tratándose de ciencias, que nuestra generación sea más ilustrada que las anteriores, y cree que en la actualidad se han llevado á cabo adelantamientos de inmensa importancia, y conseguido preciosas conquistas que perfeccionan nuestra civilización.

No va con mucha frecuencia á los cafés ni le gusta mezclarse en cuestiones de política palpitante. Considera esta una ocupación muy natural y muy propia de ociosos, rutinarios y romancistas. Su misión es más elevada. Aspira á nada menos que á pacificar el mundo, á llegar á la suprema unidad, paraíso aún no encontrado por los sabios y personas más eminentes. Quisiera hacer una política universal, tomando por base el estudio de los idiomas, y cree que cuando los hombres de todas clases, condiciones y jerarquías sociales, sean bastante instruidos para saber tres ó cuatro lenguas, no será necesario ni go-

bierno, ni leyes, ni ningún linaje de sistemas repressivos.

Algunas veces en el retiro de su casa discute con varios amigos á quienes considera más dignos de sus polémicas que á los marmitones de los cafés, disputadores eternos que gritan sin temor de Dios, manifestándose tan huecos de pulmones como durísimos de cabeza. Allí se habla de la dispersión de las razas y del lenguaje primitivo, cuestionándose á menudo sobre si Dios enseñó á Adán los nombres de todas las cosas, explicando vocablo tras vocablo la denominación de cada objeto, ó si la palabra brotó espontánea de sus labios como el pensamiento de su mente cuando los rayos de la luz se aposentaron en sus pupilas. Mas apesar de ese infalible criterio que ellos tienen para no faltar nunca á la claridad cuando discuten, es lo cierto que en muchas ocasiones no logran entenderse, no obstante sus esfuerzos por sostener toda tesis con inexorable rigor gramatical, pesando y midiendo escrupulosamente cuantas se emplean en el discurso.

Nadie para él es verdadero escritor, porque nadie antes que él entendía el griego, el árabe y las demás lenguas sabias. Así que, en concepto suyo, Platón es hoy perfectamente desconocido, y Aristóteles permanece tan obscuro como los geroglíficos de Menfis. Pitágoras debió llegar á un grado tan alto de ciencia, que á ser conocida eclipsaría toda la que nosotros poseemos; y ese mundo antiguo, si se le estudiase bajo el aspecto de las lenguas, monumentos los más imperecederos y los más propios para dar idea exacta del genio peculiar de cada pueblo, no se asombraría con los portentos que supo efectuar lujos de

su inmensa ilustración y de su genio arrebatado y poderoso; como que tendió por primera vez sus alas bajo el espléndido sol y sobre los ricos y pintorescos paisajes del Oriente.

Pero ocupado de todas estas eminentes teorías no cuida de sus intereses lo mas mínimo, y en tanto que da café con leche á su perro, que siguiendo el dogma de la metempsícosis, debió ser algún sabio de la antigüedad cuando él lo trata con tanto regalo y cariño, su criada, apesar de ser una záfia y grosera romancista, conjuga por *rapio rapis*, y su fámulo, que es también un español incorregible y no conoce el *musa musæ*, cada vez que caen en su mano monedas de su señor, que le encarga alguna compra, gusta con entusiasmo y en buen latín, *jópima spolia!* y admirablemente le sisa cuanto es posible, tratando á su dueño como á enemigo vencido.

Para presentar el último rasgo, debemos decir que nuestro héroe está por primera vez enamorado, y no es que el fuego del amor le tenga en esa insoportable inquietud que experimentan los jóvenes y noveles amantes cuando se inflama su cabeza, se abraza su corazón y despiden centellas sus ojos. Nuestro alemán quiere solo probar una cosa desconocida, como quien estudia un nuevo idioma, como quien se dispone á visitar un país del que no tiene ni aun noticia. Pero un gran inconveniente se le ha presentado, y hasta vencerlo no puede seguir adelante. No sabe en qué lengua hacer su declaración.

No quiere valerse del alemán, completamente desconocido de su presunta novia.

Tampoco del francés, porque lo juzga muy esquinado y anguloso y con demasiado ásperas terminaciones para expresar los ecos de la ternura.

Menos aún del inglés, lengua propia de mercaderes y que no sirve para conceptos de amor.

Al italiano no puede darle la preferencia. Alemania é Italia parece que son hoy rivales en cuestiones de bellas artes y música, y nuestro amigo es sobrado patriota.

Resta el español, pero tampoco en la lengua de Cervantes quiere explanar su atrevido pensamiento. Sobre ser en extremo vulgar el recurso, lleva el grave inconveniente de ser al instante y por completo comprendido, lo cual privará á ese amor del encanto del misterio, que sin duda es el mejor de sus adornos.

Será probable que en estas dudas y vacilacionse permanezca toda su vida, porque á tantas debilidades viven sujetos los hombres más eminentes.





TIPOS MORALES





## TIPOS MORALES

### LOS TIBIOS

---

#### I



Por temor de que los aficionados á hacer caricaturas, que son tantos en España, busquen agradable pasatiempo en la inocente ocupación de torturar nuestro modesto artículo, no le hemos encabezado, como debiéramos, con un texto bíblico que vendría de molde á nuestro objeto, y que en dos palabras dice todo lo esencial, todo lo que debe saberse para caracterizar acertadamente al peregrino tipo que hoy nos proponemos presentar á las miradas del público.

Y le hemos calificado de peregrino, por la extrañeza con que la razón le contempla siempre que le somete al severísimo análisis propio de esta facultad de nuestra alma, porque en él viene á encontrar un ente

inverosímil y absurdo, por más que su presencia en nuestras calles y plazas no ofrezca la menor novedad, no nos cause la más mínima sorpresa. Todo lo contrario: estamos acostumbrados á ver á este tipo, á disfrutar de su agradable presencia á todas horas y en todas partes; como que de sus numerosos y varios ejemplares se compone la colección de seres exóticos, rara por los diversos caracteres y matices que ostenta, que ha recibido el nombre de humanidad.

*No hay espectáculo más curioso para el hombre que el hombre mismo.* Esta sentencia contiene una gran verdad. El hombre se mira en el espejo de su conciencia, y dentro de ese microcosmos que le acompaña á todas partes, dentro de ese pequeño mundo pasional, que sin embargo de su aparente pequeñez lleva en sí los caracteres de lo infinito, encontrará cosas más raras que los dardos agudísimos de que va erizado el lomo del puerco espín y que la preciosa sustancia que algunas focas encierran en su organismo.

Si fuéramos filósofos, si nos gustasen esas peligrosas investigaciones en que la razón frecuentemente se extravía y enferma sólo por el deplorable afán de curarse en salud, hallaríamos ancho campo á nuestros discursos, razonando á diestro y siniestro sobre la disparidad que encontramos en los elementos de nuestra existencia, sobre lo heterogéneo de los componentes de este que algunos llaman todo armónico, y que á pesar de sus faltas de armonía y sus continuos desacuerdos ha recibido el título de rey de la creación, y es vulgarmente conocido por la palabra *hombre*.

En grave apuro nos veríamos si no soñando nada más allá de la materia nos propusiésemos explicar

el problema de la vida y el ejercicio de nuestras facultades psicológicas por un sistema puramente químico de secreciones de ideas y filtración de sentimientos: si estuviésemos precisados á subordinar las nociones de la metafísica á las leyes de la física; si nos hallásemos en la necesidad de demostrar qué combinación de átomos retorcidos, redondos ó puntiagudos debemos las ideas de virtud, de belleza, de Dios y del infinito.

A estos profundos pensadores preguntaría yo, dando desde luego por muy excelente su hipótesis, cuál es la causa de que la voluntad no se identifique muchas veces con aquellas verdades que la razón le pone á la vista como inconcusas, y el por qué de que la sensibilidad se pronuncie á menudo en contra de la voluntad y la razón á quienes debiera estar ciega-mente sometida.

¿Cuál es el motivo de que cada una de estas facultades del alma, según antes se decía, y resultados ó accidentes de la organización, como ellos dicen, tenga su cierta independencia y se coloque en un aislamiento misterioso é inexplicable? ¿Por qué la voluntad no sigue decididamente las lógicas direcciones de la razón? ¿Por qué fluctúa entre dos determinaciones contrarias? ¿Por qué no hay la debida correspondencia entre los efectos de los distintos sistemas orgánicos del cuerpo del hombre? ¿Por qué los átomos inteligentes no tienen á veces ninguna acción ni aun influencia sobre los átomos volitivos? ¿Qué clase de máquina es esta dentro de la cual el yo no sabe si mueve ó es movido? Hay en ella fuerzas opuestas, y no solo opuestas sino que conspiran á fines contrarios. ¿Dónde tiene su origen, su principio cada una de

ellas? ¿De dónde nace la actividad de estos múltiples motores desconocidos para nosotros, y que sin embargo nos animan?

Acaso parecerán impertinentes ó inoportunos todos ó la mayor parte de los argumentos que dejamos apuntados, pero no lo son, si se atiende á que los fenómenos que en ellos se indican, y parecen frecuentes, forman el carácter peculiar del alma de los tibios á quienes consagramos estas líneas. Frecuentes son, sí, pues por fortuna ó por desdicha, tanto abunda nuestro tipo que en algunas ocasiones parece componer totalmente la humanidad, y es de notar que hay épocas favorables á la propagación de esta horrenda plaga, que no podremos llamar plaga de Egipto porque nunca ha abandonado nuestro país, el cual podría reclamar en este caso el derecho de preferencia para darle la parte debida en el epíteto destinado á servirle de propia denominación y adecuado distintivo.

No se crea que hablamos del idiota, del hombre de razón casi nula. No: el tibio raciocina, discurre perfectamente; pero las conclusiones de su inteligencia no se convierten casi nunca en actos de su voluntad. No es tampoco el excéptico, el indiferente, pues el tibio es más bien una especie de excéptico de corazón: su enfermedad no está en la cabeza. Error será también confundirle con el perezoso: en éste predomina la torpeza de los órganos para obedecer á la voluntad: en aquél es la impotencia de la voluntad para mandar á los órganos: allí está el mal en los elementos gobernados: aquí está en la facultad gobernante. Algunos podrían creer que retratamos al egoísta, pero se equivocan: el egoísta quiere su bien y le busca: el tibio no quiere nada: es una voluntad con signo negativo.

El Espíritu Santo ha lanzado contra él un terrible anatema.

*Sed quia tepidus es, et nec frigidus, nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo.*

Vers.º 16, cap.º 3.º del Apocalipsis de San Juan.

*Mas por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca.*

AMAT.

Este es el testo de que hablábamos. Réstanos ahora ver el rostro y oír la voz de nuestro tipo.

## II

D. Arturo y D. Deo-Gracias \*\*\* son dos hermanos que han heredado de sus padres una cuantiosa fortuna.

El primero rinde culto á las ideas modernas, es partidario del progreso indefinido, habla algunas veces del *yo* y el *no-yo*; aplaude las gloriosas conquistas de la actual civilización y se reúne diariamente con racionalistas y hombres de opiniones avanzadas.

El segundo se muestra aficionado á las cosas y costumbres del mundo antiguo: diserta de vez en cuando sobre la sabiduría y la virtud que solo ve en el gremio de la Iglesia Católica; tiene la teoría si no la práctica de la cristiana moral; confiesa que la sociedad camina á dar en un abismo si se separa de esta senda, que, aunque á veces áspera y difícil, nos conduce á la única felicidad verdadera. De sus labios sale siem-

pre la verdad, aunque el bien no salga de su corazón casi nunca.

Los dos son muy parecidos. En sus facciones no hay nada notable, nada que revele una sensibilidad esquisita: en sus ojos no brilla la poderosa hoguera de las buenas pasiones, no dá sus destellos ese fuego soberano que á los hombres hace acometer grandes empresas: en sus semblantes se vé pintada una eterna serenidad, pero no la serenidad de los Justos que á todo es superior, que todo lo domina; sino la de los tibios que á todo es indiferente, que á todo se doblega.

No hay en sus rostros más diferencia que la que marcan algunas picadas de viruelas, única cosa que dá, sino una distinción, un distintivo á la faz de don Deo-Gracias.

D. Arturo es, á juicio de algunos, elegante, pues todo el entusiasmo de que es capaz lo consagra á los vestidos y al adorno de su persona. Natural es que en algo se conozca su decisión por las ideas y las cosas modernas.

D. Deo-Gracias es muy poco amigo de innovaciones. Aunque no pueda decirse de él que es hombre *chapado á la antigua*, tarda más en aceptar los caprichos de la moda. Los critica; pero al fin los adopta. No tiene bastante fuerza de voluntad para rechazar lo que vé generalmente admitido.

Ambos han adquirido reputación de enamorados, pero dentro de los más estrechos límites. En semejantes corazones no hay fuerza suficiente para amar ni para aborrecer. Jamás se verá en ellos un afecto que salga de la esfera de lo vulgar.

El Amor en figura de mosquito revoletea algu-

nas veces en torno de sus lechos y zumba en sus oídos durante las silenciosas horas de la noche; más las heridas que les hace solo son *picada de mosquito*, y es de notar que si el amor profano es en ambos débil y flojo, el amor divino ni siquiera lo conocen. A pesar de esto piensan en casarse. Carecen de valor para oponerse à la fuerza de la costumbre.

Ambos tienen carreras muy lucidas; pero jamás han pensado en consagrarse al ejercicio de ellas. Don Arturo es médico, D. Deo-Gracias abogado.

Después de largas horas de reflexión notaron que el asistir à los enfermos y amparar y defender à los desvalidos imponen sagrados deberes cuyo estricto cumplimiento exige un temple de alma superior al suyo.

No se puede decir que no sean compasivos y benéficos. Uno y otro hacen pequeñas limosnas, uno por caridad y otro por filantropía.

Fuera de esto por nadie ni por nada se interesan; por nadie ni por nada se sacrifican.

D. Deo-Gracias habla y discute con los amigos de su hermano, mas nunca se acalora. D. Arturo también entabla largas polémicas con los camaradas de D. Deo-Gracias, pero jamás se irrita. Son admirables estos ejemplos de prudente tolerancia.

Si se juntan las acciones y omisiones de uno y otro viene à resultar una suma de cantidades positivas y negativas.

¿En qué consiste esta igualdad? ¿Ideas contrarias, principios diametralmente opuestos pueden producir acciones semejantes, equivalentes? ¿Cómo es que habiendo paralelismo en las ideas hay convergencia en los actos?

Y están sanos: duermen bien, tienen apetito, nunca les duele la cabeza y el corazón mucho menos.

Jamás pasan un mal rato, puesto que por nada se interesan.

¿Serán felices? Ellos indudablemente tienen algo adelantado, pues con una sensibilidad casi nula y una voluntad casi negativa se libran de la mayor parte de los padecimientos morales que á otros agobian.

Parece que en semejantes hombres ¡triste felicidad! sobran las ideas, sobra el elemento espiritual, sobra el alma.

Nos convenceremos más de esto cuando asistamos á algunas de sus conversaciones.

### III

Una mañana estaba D. Deo-Gracias sentado á la chimenea fumando descuidadamente un cigarrillo, mientras D. Arturo registraba las últimas noticias de *La Correspondencia*.

*El hombre á la moderna* interrumpía de vez en cuando la sabrosa lectura que había destinado para desayuno con objeto de dirigir tal cual pregunta al hombre de las *antiguallas*, ó de hacerle esta ó la otra oportuna advertencia.

Cruzábanse á menudo, entre las juiciosas observaciones que solían hacer los dos hermanos, algunas picantes bromas, que salpimentaban discretamente el diálogo, haciéndolo, si no muy animado y festivo, en extremo curioso, interesante y agradable.

El viento silbaba azotando con violencia los vidrios del balcón, y el agua caía á torrentes

—¡Buena noche para el baile de la marquesa del Nardo!—dijo D. Arturo.

Me alegro, contesto D. Deo-Gracias. Algo deben costar sus diversiones á los que tan partidarios de ellas se muestran, y razón es que el viento, la lluvia y la escarcha, pesando sobre su organismo, les exijan un tributo que el Gobierno se ha olvidado de imponer sobre sus bienes de fortuna.

—Te equivocas mucho, querido Deo-Gracias, porque siempre pierdes de vista las diferencias sociales, y nunca paras mientes en la superioridad que el siglo actual ostenta sobre aquellos otros que, llenos de oscuridades y aberraciones, se hundieron para siempre en los abismos de la nada. ¿No sabes que la intemperie ha perdido ya su jurisdicción sobre el mundo *fashionable*? ¿No sabes que hoy sólo ejerce su funesto imperio sobre la gente *cursi*, en cuya dilatada colección están comprendidas, y ocupando un lugar preferente, todas las personas que conservan una deplorable afición á las rancias costumbres del tiempo de *Mari-Castaña*? ¿Qué es la lluvia para una mujer elegante? ¿Qué es el granizo para un opulento banquero? ¿Qué significa la palabra frío en el atildado y culto lenguaje de los salones? Nada. Chocheos peculiares de los hombres que vivieron en otras edades menos perfectas. ¿Acaso piensas que uno solo de los convidados á esa magnífica *soirée* tendría el original y democrático capricho de ir á pie?... ¡Humoradas tienes que me hacen feliz!

Y terminó lanzando una estrepitosa carcajada.

—Mucho gozo en oírte hablar de esa manera en

ver que te dejas arrastrar de un *casi entusiasmo* hasta ahora desconocido en tí, y que parecía ageno á la indole de tu organización y al temple de tu alma. Pero lo que más extraño es ver que, si calzas el trágico coturno, es sólo para deshacerte en ditirambos de honra y gloria de una clase de la sociedad de la cual parece debieras estar más separado por el giro de tus ideas. Pero está visto que las ideas y las costumbres de los hombres pocas veces están en una racional armonía. Yo también noto en mi género de vida esos inexplicables desacuerdos.

—Desacuerdos que lo son nada más que en apariencia, repuso D. Arturo, porque es vicio muy común en los discutidores que tienen poca solidez en sus pensamientos, en los lógicos que después de esforzarse heroicamente por ser exactos descubren una pueril inexperiencia en sus juicios y raciocinios, el confundir bajo un sólo concepto ideas y cosas distintas y aun opuestas formando un *totum revolutum* que da lástima y risa. Si yo amo el progreso, y creo que debe buscarse el modo de mejorar la condición de algunas clases sociales, no es esto una prueba de que tengo afición á esas clases por sí mismas, y sobre todo en su actual estado, porque si el médico asiste con esmerada atención á los enfermos para llenar sus sagrados deberes, necio será el que crea que ha de buscar á alguna tísica ó clorótica para dirigirle sus galantéos y gustar en sus apagados é inciertos ojos las plácidas delicias con que el amor, según dicen, enloquece á los mortales.

—Y, *según dicen*, á tí también te enloquece.

—¡No tanto! Yo no he de morir ni de locura de amor, ni de *empacho* de patriotismo.

—Lo creo, respondió D. Deo-Gracias, por más que otras noticias cundan entre tus amigos.

—Cada cual puede pensar del modo que juzgue más conveniente.

—Esas son tus doctrinas, y es lamentable que no pongas empeño en hacerlas triunfar, ya que tan constante defensor de ellas te muestras.

—No me creo llamado á realizar ningún hecho importante.

—¡Notable modestia que parece reñida con el espíritu del siglo!

—Si he de hablarte con la confianza que debe reinar entre hermanos, dijo D. Arturo dando á sus facciones una marcada expresión de franqueza, te confesaré que no pocas veces me he sentido lleno de pasajeras inquietudes, cuya causa atribuyó al influjo maligno de ese génio, atormentador perenne de la humanidad, que yo llamaría *el demonio de la ambición*, si hubiese de hablar en el lenguaje exclusivo de la escuela filosófica que llena de brillantes risueños tu cabeza y la de todos tus correligionarios; pero como sobre mí no tiene poder eficaz ningún dominio, porque en la inercia de mi corazón hay fuerza bastante para rechazarlos, pasan esas ligeras incomodidades, y vuelvo á quedarme tan tranquilo y satisfecho.

—No puedo condenar esa conducta, que imito como tu ves, un día y otro.

—Verdad es que si yo no soy un *Marat* tú tampoco pareces un *Tertuliano*.

—Mi corazón no es capaz de grandes esfuerzos y yo procuro no violentarlo.

—Haces bien: el fanatismo es el pecado más feo

y ridículo de todos aquellos que suelen manchar la conciencia humana.

—¡Y qué temible es el ridículo! Yo soy católico; pero no se me caerá ninguna iglesia encima.

—Ni á mí me verás nunca adornado con los harapos en que la demagogia hace consistir sus más ricas y codiciadas preseas...

Al llegar aquí los dos tibios se despidieron con nuevas risotadas y un apretón de manos que indicaba la extraña identidad de sus corazones.

## IV

—¿Con que se decibe V. á viajar? decía una joven encantadora á D. Arturo, veinte días después de aquel en que se efectuó la entrevista de los dos hermanos que acabamos de narrar.

—Sí, querida Magdalena: dispense V. si pongo un ligero paréntesis al amor que me inspiran esos encantos.

—Yo creo, repuso la joven, que en ese paréntesis pueden quedar comprendidos todo el amor y todos los encantos de que V. habla.

Y se columpió con impaciencia en su hamaca, golpeando los brazos de ésta con sus dedos nacarados.

—Es V. demasiado severa, y no tiene razón. El que haya pedido á V. permiso para alejarme por un breve plazo, que no llegará al trimestre, antes de que se efectúe nuestro dichoso himeneo, no es motivo para que V. me lance una filípica...

—¡Filípica! ¡Dios me libre! respondió Magdalena con desdeñoso acento.

—Filípica elegante, filípica de buen tono; porque esa sonrisa de incredulidad y esos epigramas con que V. me abruma no otra cosa significan.

—Pues nada, Arturo, soy completamente de la opinión de V., y apruebo sin reserva de ningún género el plan que ha formado. Solo le ruego una cosa.

—Hable V., dijo helado D. Arturo.

—Que después de partir me escriba V. avisándome el día de su regreso.

—No adivino...

—Pará viajar yo entonces por espacio de otros tres meses.

—¡Magdalena!

—Quiero seguir la prudente conducta de V., quiero seguir su noble ejemplo. Ya ve V., Arturo, cuán inclinada soy á su modo de obrar, que me propongo en adelante ajustar á él todos los actos de mi vida, y que en todo y para todo me sirva de norma.

—Magdalena, V. ha dado á mis palabras un sentido y una significación que no tienen.

—No, Arturo, no. Yo las he tomado en su natural sentido, en su genuina significación, y lo que siento es que nadie, por más que ponga empeño en pensar caritativamente, podrá interpretarlas de otra manera. Su escusa de V. para llevar á cabo nuestro enlace es tan frívola que todos han de creerla un modo de tronar guardando las formas que exige el buen tono.

—¿Y qué importa á V. la opinión de los necios?

—La opinión de los necios es, por desgracia, la que da su *opinión* á las mujeres, y esta *opinión* es el

título por el cual tenemos derecho á llevar alta la frente. Por más que yo crea injusto que no se nos someta á tribunal de más ilustración y competencia, la verdad es que ese inmenso jurado compuesto de personas de ambos sexos que se forma en los salones, cafés y casinos, ese inexorable jurado lleno siempre de pasioncillas innobles, entre las cuales no es la envidia la que más tarda en presentarse, pronuncia su *veredicto* acerca de nuestra fama, y nos salva ó condena sin oírnos, sin permitirnos defensa y sin recurso de apelación en esta vida.

D. Arturo se encogió de hombros y contestó con su calma acostumbrada.

— Da V. una importancia tan grande á lo que no la tiene, y se alarma de tal modo por lo que no lo merece, que cualquiera al oíros podría creer en peligro de perder una reputación tan acrisolada.

— No quiero ser blanco de las burlas de mis amigas, respondió con viveza la joven interrumpiendo á su interlocutor. No quiero tener que dar explicaciones á todo el mundo sobre las excentricidades de usted, la rareza de su carácter y la inconstancia de su corazón; ni me conviene dejar envuelto en un misterio incomprensible y que se brinda á comentarios poco piadosos una página de mi vida, quizás la que sobre mí ha de atraer la atención de todos los desocupados, curiosos y murmuradores de oficio. Por iniciativa de usted, y casi cediendo á sus súplicas, habíamos convenido en efectuar una unión que no sé hasta qué punto podrá hacernos venturosos; y cuando por librar á usted de una posición desairada, más bondadosos que prudentes hemos dado publicidad á la noticia, asegurando la aproximidad del enlace, usted quiere

ahora ponernos en berlina yéndose á viajar; sin un pretexto honroso que oponer al cúmulo de conversaciones que podrán surgir de las oscuridades de este suceso. Pues bien, caballero; sepa usted que desde este momento quedan rotas nuestras relaciones para siempre, y que soy yo quien las rompe.

Y la joven se marchó precipitadamente, dejando á D. Arturo con la palabra en la boca.

## V

Una hora después D. Arturo conversaba con don Deo-Gracias con la eterna serenidad que le caracteriza.

—Sabes que acabo de tronar con Magdalena.

—¿Qué me cuentas? Es lástima. Parecía buena muchacha.

—¡Encantadora!

—¿Y por qué te has portado así?

—La dejo por demasiado buena y bella: la dejo porque empecé á sentir, ó más bien, á adivinar los primeros síntomas de una pasión insensata.

—¡Qué rareza!

—Tal vez podré casarme con una mujer que me sea casi indiferente; pero nunca con una de quien esté enamorado.

—¡Cómo!

—Desde que sospecho que estoy en peligro de perder mi serenidad me pongo en cura.

—Luego para tí el amor....

—Es una enfermedad terrible. Repara en los síntomas con que se presenta. ¡Palpitaciones de corazón... insomnio... desvario... demencia!... Nada. ¡Dios me libre!

—Haces muy bien. Y por lo que veo tú has sido...

—Yo la he llevado las calabazas; pero la he firmado el recibo de ellas.

—Eso está muy en regla.

—He querido que ella se quede con todo su pun-donor, y yo con toda mi tranquilidad.

—Lo apruebo. *Antes que te cases mira lo que haces.* Cuando un hombre vive con gusto en un estado, no es acción discreta buscar otro donde quizás encuentre disgustos, sobresaltos, incomodidades. Pero ¿sabes que el día ha sido fecundo en acontecimientos de esa índole?

—¡Cómo!

—Yo también he tronado con unas cuantas sociedades benéficas y patrióticas á que pertenecía. Esto de las sociedades es muy chistoso. ¿Quieres hallar el modo de disponer del tiempo y dinero de todo el mundo? Es muy fácil. Funda una sociedad.

—Cierto.

—Ya no quiero pasar por hombre benéfico, ni patriota, ni religioso. Por que haya un tonto más no creo que han de salvarse la religión ni la patria; pero si por este medio se salvarsen, ten por cierto que el tonto no he de ser yo.

—Estás hecho un sabio.

—También he despedido dos periódicos que dicen ser de mis ideas, y voy á poner un anuncio en *La Correspondencia* prohibiendo que me conviden para el entierro del que no me hubiere convidado para su boda.

—Es muy justo.

—Yo no apetezco más que vivir tranquilo con mis vicios ó virtudes.

—La *vida es sueño*.

—Y si no es *sueño* por lo menos es *reposo*.

—Yo también he mandado á paseo á un antiguo amigo y correligionario, que dice se ha batido por la causa que me es tan simpática, y hoy que está pobre y enfermo se me quiere pegar á las costillas. Me pedía doscientos reales para curarse, y yo le he contestado con esta pregunta:

—¿*Quién te mandó meterte en el colmenar sin careta?*

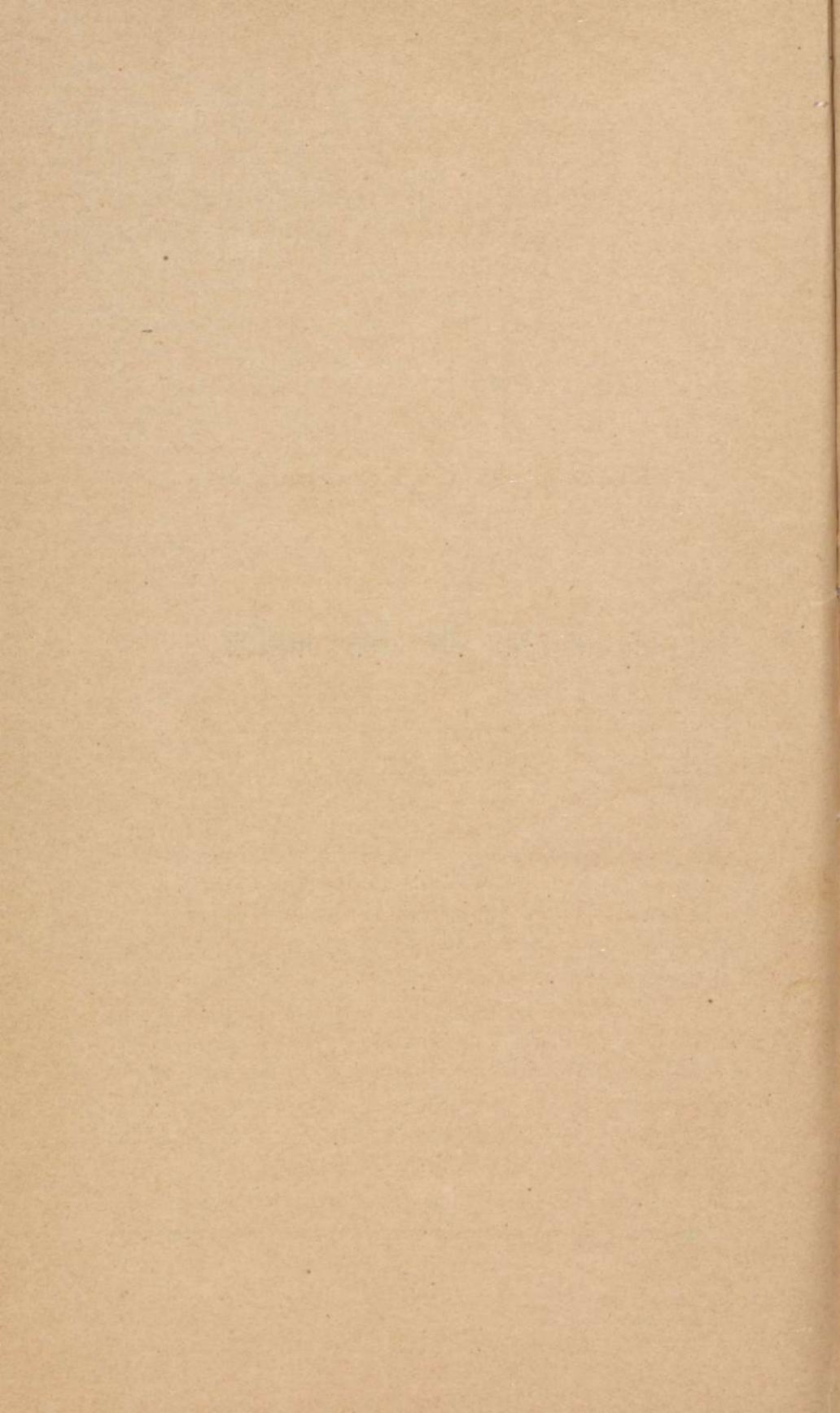
—No has podido estar más acertado. Somos los dos hermanos más hermanos que hay sobre la tierra.

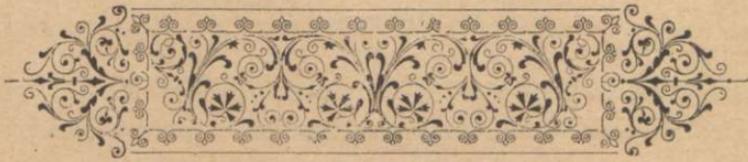
Después de oír hablar á estos hombres creemos inútiles los comentarios, y por lo tanto concluimos.





El mayor de los males





## El mayor de los males

---

**L**A indiferencia de que, en materia de religión, adolecen los hombres en nuestro siglo, es la fuente de todos los infortunios que nos abruman, de todas las calamidades que afligen á los pueblos en nuestros días.

Amamantado por Voltaire y los enciclopedistas que por desgracia mecieron su cuna, el espíritu de nuestro siglo fué después creciendo entre el humo de la pólvora, entre el fragor de los combates, entre la hiel de las civiles discordias. Educado en tan funesta escuela, que desde luego le enseñó á perder el miedo, y, lo que es más grave aún, el respeto al principio de autoridad y el amor á las glorias tradicionales que habian formado el carácter enérgico y heroico de todas las nacionalidades modernas, se despojó de todos los elementos de grandeza sobre que pudiera cimentar su fuerza, así como también las esperanzas de futuro poderío. Muy en breve hizo corte de cuentas con la Divinidad, á quien consideraba hartamente distante de

la humana pequeñez, y muy embebida en las delicias de la felicidad suprema para que quisiese sostener relaciones de ningún género con los habitantes de este desventurado planeta, entregado por completo á sí mismo y regido por el impulso de las desatentadas pasiones de sus moradores.

Sin embargo, á la par que separado del cielo, de la supernaturalidad, y encerrado cada vez más dentro de su propia esfera, se hacía cada instante más positivista más apegado al oro, representante de todos los placeres á que pudieran extenderse sus aspiraciones, más adorador de los intereses materiales, ya que sus ojos no vislumbraban nada más allá de la materia, un espíritu novelesco y aventurero se apoderó de él, como haciéndole nueva revelación de aquella grandeza que en vano intentaba aniquilar en la locura que precede al suicidio. Soñó un progreso indefinido, soñó descubrir nuevos horizontes, soñó encerrar lo divino en lo humano, lo inmenso en lo limitado, la eternidad en el tiempo.

Este fué el momento que aprovechó la filosofía alemana para presentarse. Llena de pensamientos más altos, más grandes, más brillantes que los que recibiera nuestro siglo en herencia de los enciclopedistas, estaba destinada también á sembrar en la inteligencia errores más vastos y á influir más poderosamente en el porvenir de las naciones modernas. El hombre no podía subir hasta Dios, y esta filosofía quiso hacer descender la naturaleza de Dios hasta el hombre, y confundir ambas naturalezas y adornar la frente humana con la aureola de la divinidad.

Oigamos lo que dice acerca de ella el padre Ventura de Raúlco:

«En suma: estimando como se merece á la noble y generosa nación alemana, no estoy por sus filósofos, exceptuando á Leibnitz. ¿Qué han sacado en limpio de sus tenaces investigaciones, de sus inmensas tareas? Han demolido lo que restaba de verdades cristianas, de verdades primitivas, de verdades tradicionales, y que tres siglos de protestantismo habían dejado en pie. Lejos de haber descubierto verdad alguna nueva, ni siquiera han podido inventar un nuevo error. Todo lo que han hecho se reduce á exhumar y presentar al mundo en traje moderno, que por cierto vale menos que el antiguo, ya el *dualismo*, ya el *pan-teísmo*, ya el *ateísmo* y el *materialismo*, ya el *excepticismo* de los tiempos pasados. Cuando se leen los escritos de los filósofos alemanes de ahora, se cree uno estar leyendo los de los filósofos paganos; solo que se echa de menos en aquellos la franqueza, la claridad y el estilo que en éstos se encuentra.»

La filosofía alemana, bien mirada, no es otra cosa que el esfuerzo que hacen espíritus enfermos de enfermedad de orgullo para obligar á que se acepten palabras sin significación, ideas sin realidad, doctrinas sin importancia, cuando no funestas. Semejante esfuerzo ha tenido, como debía tener, gran éxito en un pueblo que con frecuencia se deja llevar por las teorías mejor que por cosas prácticas; por lo ideal mejor que por lo positivo; por lo abstracto mejor que por lo concreto. Equivocando aquel pueblo lo oscuro con lo profundo, lo ininteligible con lo verdadero, no admira, ni tiene por filosofía sino lo que no comprende, y solo reputa por filósofos á aquellos que no se dejan entender ni se entienden á sí mismos. De aquí el gusto por esa monserga que nadie entiende, ni aun

los mismos que la usan, y que no obstante, hace todo el gasto de la filosofía alemana. Allí no se habla más que del *yo*, de la *razón pura*, de la *razón refleja*, de la *razón trascendente*, de lo *subjetivo*, de lo *objetivo*, de lo *absoluto*, de lo *finito*, de lo *infinito*, de lo *indefinido* y de otras voces tomadas en sentido contrario, de las cuales se hace un detestable abuso. Pero despojad esas doctrinas escarpadas, esas ficciones más propias aún de imaginaciones delirantes que de entendimientos ciegos; despojadlas del galimatías en que se esconden, tan repugnante al buen gusto, como oscuro para la razón; traducidlas á un lenguaje inteligible, y ¿qué venís á descubrir? Nada original, fuera de la temeridad de la paradoja y del atrevimiento del absurdo; pero en cambio descubriréis todas las necedades, todas las groserías, todas las contradicciones, todos los errores de la filosofía antigua, al modo que en el fondo de un vaso de vinagre no se descubren más que sabandijas.»



# ÍNDICE

---

Páginas

Bufón y alquimista.—Zarzuela en 3 actos.	1
Revista diabólica. . . . .	127
El maestro de lenguas. . . . .	139
Tipos morales. . , . ' . . . . ,	149
El mayor de los males.† . . . . .	169